This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 46420

865
1346

TEATRO

TOMO UNDÉCIMO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO UNDÉCIMO

Rosas de Otoño.—Buena boda.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1905

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ROSAS DE OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Español el 13 de Abril de 1905.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	Sra. Guerrero.
MARÍA ANTONIA	Srta. Suárez.
CARMEN	Sra. Guillén.
LAURA	Srta. Cancio.
JOSEFINA	» Torres.
LUISA	» Asquerino.
GONZALO	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
PEPE	» Díaz de Mendoza (M.)
RAMÓN	» Cirera.
MANUEL	» Medrano.
ADOLFO	» Santiago.
UN CRIADO	» Cayuela.

ROSAS DE OTOÑO

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

GONZALO, un CRIADO y después ISABEL.

GONZALO

(Al criado.) A las siete lleva usted la ropa al Casino, y si ha venido alguna carta...

ISABEL

¿Vas á salir? ¿Volverás pronto?

GONZALO

¿Porqué?

ISABEL

¡Qué memoria! ¿No recuerdas que hoy comen aquí María Antonia, Pepe y amigos?...

GONZALO

Es verdad. No me acordaba.

ISABEL

¿Pensabas comer fuera de casa?

GONZALO

Sí, en el Casino, con Aguirre y con un socio suyo, para tratar de esos negocios de Bilbao. Pondré dos letras. *(Al criado.)* Espere usted. *(Se sienta á escribir.)*

ISABEL

¿Te contraría?

GONZALO

No. Siento no haberme acordado antes... Y que hoy no estoy de humor para recibir gente...

ISABEL

Casi toda es de confianza.

GONZALO

¿Quién viene?

ISABEL

Además de María Antonia y Pepe, Laura, Ramón y Carmen con la chica; Manolo Arenales, y de más cumplido los recién casados, el hijo de tu corresponsal y su mujer. En su obsequio es la comida. ¡Pero qué memoria la tuya!

GONZALO

¡Ah, sí... el matrimonio joven!... ¡Cuánto lo siento!

ISABEL

Pues disimula el mal humor, porque los prime-

ros días te desviviste por obsequiarlos, y extrañarán el cambio tan brusco. A mí no me son nada simpáticos; él parece tonto, y ella... ¡Qué sé yo! Muy atrevida... por hacernos ver que domina el castellano, se expresa en unos términos...

GONZALO

¿Puedes callarte? Me has equivocado dos veces.

ISABEL

¡Ay! Perdona. ¿Porqué no lo has dicho antes?

GONZALO

(Al criado.) Esta carta al Casino. Y no lleve usted la ropa; prepáremela usted en mi cuarto. *(Sale el criado.)* ¿Y á qué hora es la comida?

ISABEL

Para las siete y media, media hora antes que de costumbre; también en obsequio á los de París; como allí se come más temprano... Arenales se descolgará á las nueve, y la francesa tendrá motivo para decir que aquí estamos muy mal educados.

GONZALO

¿Quién es la francesa?

ISABEL

La mujer de ese muchacho. ¡Qué pregunta!

GONZALO

Como no es francesa... Eso sí que es de mala

educación, poner motes á la gente. Si sabes que es española... porque haya vivido siempre en París... Es una muchacha muy agradable y muy inteligente.

ISABEL

Perdona, perdona si te he molestado.

GONZALO

No digas tonterías. ¡Siempre lo mismo!

ISABEL

¡Siempre lo mismo! ¡Pobre de mí!

GONZALO

Ahora hazte la víctima. Eres insoportable.

ISABEL

¡Gonzalo! Está visto que no puedo hablar. No puedo callar tampoco.

GONZALO

Prefiero que hables, que hables siempre, y nunca con medias palabras, ni con reticencias. ¿Si sabré yo porqué te molesta esa muchacha? Porque ya creiste también que me gusta; crees que me gustan todas las mujeres.

ISABEL

Todas, no.

GONZALO

Tendré que ser un grosero para que vivas tran-

quila; no podremos recibir más que á Laura... es la única que te inspira confianza.

ISABEL

Sí, Laura; de esa no te enamoras, es solo ella la que está enamorada de ti.

GONZALO

Una leyenda...

ISABEL

Que yo prefiero á muchas historias.

GONZALO

¡Muchas historias! Don Juan Tenorio. Si conmigo no hay mujer segura. No adviertes que te pones y me pones en ridículo con tus celos; debes pensar que ya no somos niños. Yo no lo era ya cuando nos casamos; viudo desde muy joven, con una hija ya mujer; de modo que no pudiste creer que buscaba en ti, como otros viudos con hijos, una institutriz de confianza. Si hubiera tenido ese corazón tan volandero y tan fácil que tú me otorgas, no hubiera vuelto á casarme. ¿Quién me obligaba?

ISABEL

Es que nunca reparaste en nada para conseguir lo que te propones.

GONZALO

Y ¿qué?

ISABEL

Conmigo no había otro medio.

GONZALO

Pero á ti te quedaba otro, si creías eso, mandarme á paseo.

ISABEL

Creí que me querías.

GONZALO

¡Que te quería! No te quiero, ¿verdad?

ISABEL

Sí me quieres: ¡es tan fácil quererme!...

GONZALO

¡Qué bonito y qué simpático es el papel de víctima!

ISABEL

No lo sé; sé que es muy triste, y más triste procurar con todas mis fuerzas no parecerlo. Tienes una disculpa, la única. Haces el daño sin saber que lo haces.

GONZALO

Sí, acabaré por creerlo. Soy un monstruo, un tirano. El genio del mal. Este pobre y pacífico burgués, solo preocupado de sus negocios, de su casa, de su mujer, de mi hija, mis únicos cariños.

ISABEL

De mí, no digo; sé á qué atenerme. ¿De tu hija? Nuestra, porque sabes que no la querría más si fuera también mía... ¿A que juzgas como de mí

que debiendo ser muy dichosa se aficiona demasiado al papel de víctima?

GONZALO

¿María Antonia? ¡Estaría gracioso! Se habrá contagiado... No, si tú eres capaz...

ISABEL

No, Gonzalo; no soy yo, no es ella; sois vosotros, los hombres, que sois como Dios os ha hecho, ó el mundo en que vivimos, ó... ¡qué sé yo! la ley que habéis hecho vosotros, tan tolerante para vuestras faltas como severa para las nuestras.

GONZALO

Vamos á elevar la discusión á principios filosóficos y sociales... ¡Ea! voy á vestirme. No quiero ponerme de peor humor.

ISABEL

Está bien. ¿No quieres saber nada de tu hija?

GONZALO

Pero ¿qué voy á saber? Que está quejosa de su marido, como tú lo estás siempre de mí, y con el mismo fundamento... ¡Pobre Pepe!

ISABEL

Conste que María Antonia tiene razón, y conste que sabiéndolo yo, te lo digo á ti solo; á ella, aunque tú creas lo contrario, le digo lo mismo

que tú dices, que no tiene importancia, que Pepe no es mejor ni peor que otros maridos, que no debe estar triste ni considerarse desgraciada...

GONZALO

¿Tú le dices eso á María Antonia? Me cuesta trabajo creerlo.

ISABEL

Sí, se lo digo y procuro convencerla; porque María Antonia no es como yo; es muy exaltada, no se resigna; además, no quiere á su marido como yo te quiero; se casó sin reflexionar, enamorada de otro hombre...

GONZALO

Con quien pudo casarse; nadie se oponía á ello. ¿Porqué rompió de pronto sus relaciones con Enrique? Yo no me lo he explicado todavía. Su madre y tú anduvísteis de cabildeos; María Antonia, de la noche á la mañana, dijo que ya no le quería; el muchacho se fué de Madrid... ¡Cualquiera entiende á las mujeres!

ISABEL

Te lo dije; la única disculpa que tienes es la inconsciencia. ¿Para ti no había obstáculo alguno que se opusiera á la boda de tu hija con el hijo de Carmen?

GONZALO

Ya... como tú supones que yo tuve relaciones con Carmen... Te lo dije todo... fué antes de casarnos, antes de enviudar.

ISABEL

Es un consuelo. Sí, lo sé todo. ¡Carmen es mi mejor amiga! Ha llorado mucho su falta, y su confesión ha sido más general y más sincera que la tuya. Por eso mismo, porque su conciencia no estaba tranquila, me lo confesó todo, rogándome por lo más sagrado que hiciera lo posible porque María Antonia olvidara á Enrique; como ella, por su parte, haría todo lo posible por convencer á su hijo...

GONZALO

¿Es que ella cree?...

ISABEL

Bastaba con dudarlo. Ya ves cómo contra vuestras leyes y vuestro criterio la falta del hombre y la de la mujer tienen las mismas consecuencias. En vuestras aventuras de amor, los hombres tenéis derecho á dudar cuáles son vuestros hijos; la mujer debe temer que puedan ser esposos los que pudieran ser hermanos... ¿Comprendes, comprendes cómo tu hija puede ser desgraciada por tu culpa? Como también vuestros pecadillos, vuestras ligerezas tienen importancia. Y perdona que te haya dicho todo esto que me había propuesto callar siempre..., pero es que temo por tu hija...; es que no quisiera, y sin poderlo remediar, de tarde en tarde dejo hablar á mi corazón porque temo; sí, temo que interpretes mi resignación por indiferencia, porque yo estoy segura que si tú supieras cómo destrozas mi corazón cada vez que leo en

ti..., porque lo leo... (en disimular no eres muy hábil; tienes la alegría insolente), una nueva traición, una nueva aventura..., no serías capaz de martirizarme. Pero eres así; si no oyes la queja, no piensas que hiciste el daño; si no me vieras llorar, no creerías nunca que mi vida es muy triste...

GONZALO

(Emocionado.) ¡Isabel!... ¡Isabel!... Bien está. ¿Sabes que nos disponemos para recibir con agrado á esa gente?

ISABEL

Tienes razón; si yo no quisiera molestarte nunca con mis quejas; pero en estos días he sufrido tanto...

GONZALO

¿En estos días? ¿Porqué?

ISABEL

Bien lo sabes. ¿Crees que estoy ciega? ¿Que no advierto tus preocupaciones?

GONZALO

Mis asuntos... los negocios... ¡Qué tontería!

ISABEL

No; para los negocios eres muy sereno; tus preocupaciones no cambian tu carácter por días, por momentos. Si te quiero demasiado para no adivinar en seguida tu mal humor cuando apáren-

tas más alegría; tu alegría, cuando quieres parecer más serio...

GONZALO

¡Tu imaginación!... ¡Claro! Conocías mi vida pasada de soltero...

ISABEL

De casado.

GONZALO

Me casé muy joven...

ISABEL

De viudo.

GONZALO

Enviudé muy pronto...

ISABEL

Tu vida de siempre.

GONZALO

¡De siempre! Desde que me casé contigo, ¿qué puedes decir?

ISABEL

No hablemos, Gonzalo, no hablemos de eso. Si proponiéndome no averiguar nada; si cerrando ojos y oídos á la evidencia he visto tanto y he averiguado tanto..., ¿porqué me pides cargos que no puedes rechazar sin mentir? ¡Y sabes que para mí no hay nada tan odioso como la mentira!

GONZALO

[illegible] alguna vez? ¿Por quién has [illegible] de mis tonterías?

ISABEL

[illegible] conformes; pero no por tu lealtad [illegible] imprudencia.

GONZALO

Ser imprudente es un modo de ser leal. *(Entra el criado.)*

CRIADO

Con permiso. En el Casino he recogido estas cartas para el señor. *(Sale.)*

GONZALO

Circulares, anuncios... ¡Hombre! Esta es de Aguirre, excusándose, á su vez, de no comer conmigo, como habíamos acordado. ¡Me luzco si voy!

ISABEL

Sí; te luces...

GONZALO

¿Y esta? ¿De quién es esta? ¡Ah, sí!... Vaya, ¿quieres leerlas todas? Ahí las tienes. ¡Léelas, léelas!...

ISABEL

Muchas gracias. Dije que eras imprudente, pero no tonto. Ya sé que tu correspondencia no tiene nunca nada de particular. Pero yo tampoco me tengo por tonta, y sé que para dar un aviso ó una

contraorden no hay que comprometerse escribiendo cartas... Para mí, todas esas misivas tienen el mismo crédito; lo mismo la del sastre, que te anuncia los géneros nuevos para la presente estación, que el besalamano de la Presidencia del Consejo, recomendándote la puntual asistencia á una votación...

GONZALO

¡Qué celos más graciosos! Sí, en el fondo me encantan y me halagan; á mi edad, cuando me advierto cada día más viejo, física y espiritualmente, decir que todavía me consideras capaz de enamorar...

ISABEL

De enamorarte, que no es lo mismo. No seas vanidoso; la vanidad te pierde, como á todos los hombres. ¡Claro!; desde muy joven, todos fueron á celebrar al señorito mal criado; los papás, la familia, los amigos, las cotorronas amigas de la casa. ¡Qué bonita figura! ¡Qué simpático!... Y así dieron alas al caballerito... Era yo una chiquilla, y ya me mandaban salir de las visitas cuando contaban tus aventuras.

GONZALO

Pero tú te quedabas á escucharlas detrás de la puerta.

ISABEL

Y me causaban tal horror, que por ti llegué á odiar á todos los hombres.

GONZALO

Menos á mí, por lo visto; porque antes de casarme te hice el amor.

ISABEL

Y te di calabazas.

GONZALO

Es verdad. Y que fueron tremendas. Pero no pude olvidarte, y tú tampoco debías haberme olvidado, porque no tuviste otro novio.

ISABEL

Fuí tan tonta como todo eso.

GONZALO

No es tan fácil olvidarme.

ISABEL

¡Pero qué loca vanidad! ¡Ay, qué ganas tengo de verte calvo, lleno de canas, con tu respetable panza, con tus patas de gallo!... ¡Cuidado que se lo pido á Dios!; pero nada, el demonio te ha tomado por su cuenta, y el caballero con sus cuarenta y...

GONZALO

¡Calla, calla!...

ISABEL

Anda engañando al mundo todavía... Por supuesto, el pelo y el bigote... ¿eh?

GONZALO

Te juro que no; ¡frota, frota!...

ISABEL

La perfumería ha progresado mucho. Yo daré con el secretito. Ese color natural sería un insulto.

GONZALO

¿De veras te alegrarías de verme viejo?

ISABEL

Me alegraría de que ya no pudieras gustar á ninguna mujer; de que se burlaran de ti cuando te atrevieras á presumir; que pudiera yo decir, por fin: ¡gracias á Dios, es mío; solo mío!...

GONZALO

¿Pero de quién soy? ¿Qué mujer ha podido llamarme suyo como tú, por completo, ante Dios, ante el mundo, en mi corazón?... ¡Solo tú, mi Isabel!... *(La besa.)*

ISABEL

¡Si no sabes cuánto te quiero; si no sabes cuánto me atormentas!

ESCENA II

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE

PEPE

¡Bravo, bravo!... ¡Muy bien!

GONZALO

¡Hola, hola!

ISABEL

¡María Antonia! ¿Cómo estás?

MARÍA ANTONIA

¡Isabel!

PEPE

Si venimos á interrumpir... Continúen ustedes; continúen ustedes.

GONZALO

Ya lo veis; el mejor ejemplo. Conste que no os habíamos visto llegar; no estaba preparado. Nos habéis sorprendido; lo que se dice sorprendido; eso os probará que estos momentos de dichosa intimidad no son tan raros en nuestra vida. Sería mucha casualidad que llegárais á punto de presenciar uno si fueran tan raros. Creedme, hijos míos: fuera del matrimonio, de la familia, no hay verdadero cariño, no hay nada; esta es la única, la verdadera felicidad.

MARÍA ANTONIA

Hoy está papá de buen humor.

ISABEL

(Bajo á María Antonia.) Desde hace un instante; desde que recibió unas cartas; por fortuna era el último correo, el del Casino.

MARÍA ANTONIA

¡Pobre Isabel! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

ISABEL

Yo no. ¡Qué tontería! ¿Seguimos así?

MARÍA ANTONIA

¡Ya te contaré!

GONZALO

Oye, Pepe. Tenemos que hablar muy seriamente.

PEPE

Cuando quieras.

GONZALO

Ya tendremos ocasión. Oye, ¿en qué piececilla trabaja esa muchacha de que me hablaste? Porque fuí al teatro la otra noche, por casualidad, y no vi nada que valiera la pena.

PEPE

Ha estado unos días sin trabajar; estuvo despe-

dida de la Compañía por un disgusto con el director, muy justificado; la está repartiendo un trabajo imposible; todo porque él tiene que ver con la Vélez, que canta como un gato y se viste...

GONZALO

¿Se viste? No hará fortuna.

PEPE

La otra, en cambio, es una monada. El público va por ella; un éxito en cada obra; tiene no sé qué..., ¿sabes?, mucho saliente, mucha personalidad...

GONZALO

¡Calla, calla! Pareces una mamá de tiple.

PEPE

¿Era de eso de lo que tenías que hablarme?

GONZALO

No; ¡qué disparate! Son cosas serias; algo que me ha dicho Isabel. Ya te lo diré. ¿Dices que ya trabaja esa chica?

PEPE

Sí, todas las noches; á segunda y cuarta, en «La liga de la mujeres» y en «La corazoná», las obras de la temporada.

GONZALO

¿Tú vas todas las noches?

PEPE

Todas, no; cuando no voy á otra parte.

GONZALO

Sí; pero nunca vas á otra parte. Haces muy mal; á las mujeres les asustan mucho las aventuras de teatro; luego, todo el mundo se entera...; los teatros no han sido nunca mi género; no se los aconsejo á nadie.

MARÍA ANTONIA

¿Qué hablará papá con ese?

ISABEL

Le estará riñendo; ya le he dicho yo algo.

MARÍA ANTONIA

¿Á papá? ¡No, por Dios!, no le digas nada; dirá que soy muy tonta.

ISABEL

Si no tuvieras razón, lo serías; aun teniéndola, haces mal en atormentarte, y mucho peor en atormentar á tu marido.

MARÍA ANTONIA

No le atormentaré mucho; te lo aseguro.

ISABEL

¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

MARÍA ANTONIA

Yo no me he casado para sufrir desprecios ni humillaciones de mi marido.

ISABEL

Pero ¿ha ocurrido algo más grave?

MARÍA ANTONIA

Hoy mismo, sin ir más lejos.

ISABEL

¡Calla!

MARÍA ANTONIA

No; ya verás...

PEPE

Bueno, chiquita; te dejo para volver cuanto antes, si es que por fin puedo volver como quisiera.

ISABEL

¡Ah! Pero ¿no sabes si vas á volver? ¿No comes con nosotros?

MARÍA ANTONIA

No.

PEPE

Digo que haré lo posible.

MARÍA ANTONIA

Déjate de farsas. Demasiado sabes que no.

PEPE

¡María Antonia!

GONZALO

No seas así. Nada tiene de particular. Yo mismo he estado también á punto de no poder comer con vosotras. Las mujeres creéis que los hombres podemos sujetar nuestra vida á vuestras combinaciones. Formáis planes á plazo fijo y á plazo largo: el teatro para tal día; la comida para tal fecha; pero uno no puede estar pendiente de esas menudencias. El caso es que sois las primeras en reprendernos si dejamos de atender á nuestros asuntos y á nuestras relaciones, y al mismo tiempo queréis tenernos en casa á vuestra disposición, cuando os conviene; sois incomprensibles, verdaderamente incomprensibles.

MARÍA ANTONIA

Sí; somos muy raras las mujeres. No hay quien nos entienda. Desde el lunes sabía de sobra que hoy debíamos comer aquí, y precisamente para hoy...

PEPE

¿Quieres que no vaya? Corriente; no iré, no voy.

MARÍA ANTONIA

Irás; vaya si irás; ahora soy yo quien lo desea. No tengo gana de verte con mala cara toda la noche.

PEPE

Sí, que tú, vaya ó no vaya, tendrás que ver en unos días.

MARÍA ANTONIA

Si yo pongo mala cara por cualquier cosa.

PEPE

Si yo doy á cada paso motivo para que la pongas.

ISABEL

Pero, ¡por Dios! ¡Qué chiquillos!

PEPE

Antes de salir podías haber anunciado que traías preparada esta escena.

MARÍA ANTONIA

En marchándote se ha concluído. Cuanto más pronto... Y si me hubieras dejado venir sola, como yo quería, se hubiera evitado.

PEPE

Es que me importa mucho que Isabel y tu padre no crean...

MARÍA ANTONIA

No te importe nada. Papá te dará siempre la razón. Isabel es demasiado prudente para intervenir entre nosotros...

GONZALO

No sé porqué dices eso... Le doy la razón porque supongo que tiene razón, porque me pongo en su caso.

MARÍA ANTONIA

Eso sí, en su caso...

GONZALO

En su caso, sí, en su caso. Estoy seguro de que solo por un verdadero compromiso deja hoy Pepe de comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA

Sí; es un asunto muy serio y muy importante para él. Ya ves, para un agente de negocios, asistir á la lectura de una zarzuela...

PEPE

Es de un íntimo amigo mío, y la idea de la obra es casi mía, y el empresario es compañero mío, y ¡señor!... si mi única afición es el teatro, es lo único que me distrae de mis ocupaciones y de mis asuntos fastidiosos. Yo por mi gusto hubiera sido actor, y si tuviera tiempo escribiría cosas para el teatro, y no serían peores que otras muy aplaudidas. Se me ocurren cosas muy nuevas... Sobre todo, no me equivoco nunca, me basta con ver un ensayo de cualquier obra para saber si aquello gusta ó no gusta... Si yo fuera empresario ganaría mucho dinero.

MARÍA ANTONIA

... nada más ridículo? No pien-
... teatro, mejor dicho en un teatro.

PEPE

... en un teatro... Porque el empre-
... teatro es amigo mío.

ISABEL

... Pepe, es gracioso. Yo no sospecha-
... entusiasmo.

PEPE

... chifladura... Después de todo es más ino-
... que otra cualquiera. ¿No es verdad?

GONZALO

Todas las chifladuras son inocentes. Pero la verdad, yo creí que era más serio el motivo que te impide comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA

¿Lo ves? Cuando ni papá te defiende... Lo importante que será esa lectura y la falta que harás tú en ella...

PEPE

Sí, volveré; diré á los amigos que la dejen para otro día ó que prescindan de mí... Voy corriendo... Pero estás con mala cara; no demos espectáculo delante de gente, ¡por Dios!, que es lo más desagradable...

GONZALO

(Bajo á Pepe). Sí, corre, yo te prometo que la sobremesa no será larga. Yo también tengo que salir. No disgustes á María Antonia.

PEPE

Sí, vuelvo; conste que vuelvo.

MARÍA ANTONIA

Haz lo que gustes.

PEPE

Hasta ahora; no hables mal de mí.

MARÍA ANTONIA

Descuida.

PEPE

Isabel, tú que eres mujer razonable, dile á María Antonia...

ISABEL

Sí, hombre sí; no tengas cuidado, pero si no piensas volver, dilo...

PEPE

No; que vuelvo, que vuelvo; he dicho que vuelvo. *(Sale Pepe.)*

ESCENA III

Dichos, menos PEPE

GONZALO

Ahora vas á decirme toda la verdad. Isabel asegura que no eres dichosa, que estás quejosa de tu marido... ¿Porqué son esas quejas? ¿Qué fundamento tienen?

MARÍA ANTONIA

Ninguno. Fué una tontería mía decirle á Isabel ni á nadie... Es que me parece ridícula esa afición que le ha entrado á Pepe por el teatro; porque á un amigote suyo, á ese tronera de Castrojeriz, que está en relaciones con no sé qué tiple, se le haya antojado concluir de arruinarse metiéndose á empresario, para que su amor luzca todo lo que hay que lucir delante del público, no es razón para que Pepe no salga del teatro en todo el día, como si fuera el apuntador ó el director de orquesta... Con deciros que ya vienen á casa á pedirnos recomendación para que contraten artistas y representen obras... Ayer tuve yo que recibir á una señorita que quería ser del coro, con su mamá...

ISABEL

Sería graciosa la entrevista.

MARÍA ANTONIA

Empeñada la mamá en que la niña me cantara la romanza de «El cabo primero».

GONZALO

Todo eso es ridículo y molesto si quieres; pero si no es más que eso... Pepe se ha educado sin ver mundo. Su padre, que era muy severo, le obligó á trabajar desde muy joven; es natural que ahora se divierta con cualquier niñería. Se le ha presentado la ocasión de conocer un teatro por dentro... ¡Un teatro! Para él que no ha visto nada... Estará encantado; pero eso no tiene nada de particular; hay mucha gente muy respetable, que ni por su posición ni por su carrera tiene nada que ver con el teatro, y se pasa las horas por saloncicillos y escenarios muy al tanto de cuanto se estrena y cuanto se ensaya. A nuestro médico, sin ir más lejos, siempre que le necesitamos hay que enviarle recado al teatro, y el diagnóstico de las enfermedades lo explica siempre del mismo modo. Si es una cosa ligera: ¡Phs!, esto no es nada, podrá usted asistir al estreno de mañana; si es algo más grave, ¡caramba!, esto es muy serio; me parece que se queda usted sin ver el estrenito. Y ya ves, es una persona seria y muy digna y un excelente médico.

MARÍA ANTONIA

No te canses en convencerme; ya sé que Pepe tendrá siempre en ti el mejor defensor.

GONZALO

De lo que yo quiero convencerte es de que has elegido el peor sistema, el de aburrirle con enfados y quejas, si quieres evitar que busque distracciones lejos de su casa y de ti.

ISABEL

Eso es verdad.

GONZALO

¿Es que estás celosa? ¿Sospechas que te engaña?

MARÍA ANTONIA

Si lo sospechara lo sabría en seguida; y una vez segura, desde antes de casarme tengo muy pensada la conducta que había de seguir.

ISABEL

Malo es tener pensado ni previsto nada en la vida; sin querer nos encariñamos con la actitud que pensamos tomar cuando llegue el caso previsto, y el caso llega tal vez porque deseábamos que llegara. No, no prevengas nunca resoluciones; la vida nos sorprende siempre, y sin nuestra intervención lo resuelve todo, y es siempre sabia y siempre justiciera. Si alguien nos engaña, aunque el engaño parezca que causó la desventura de toda nuestra vida, si en verdad y en conciencia podemos decir, no merecí el engaño, ya somos más felices que quien nos engañó. Yo creí siempre que la única tristeza sin consuelo en la vida es la tristeza que se ha merecido.

GONZALO

Es verdad. ¿Oyes? Bueno, es muy tarde. Voy á vestirme antes de que vengan los convidados. Es que nos hemos propuesto recibirles con cara de funeral.

MARÍA ANTONIA

No. ¿Porqué? No hay que hablar más de esto. Son tonterías mías. Tienes mucha razón; mis quejas son ridículas. Debo ser muy dichosa... y lo seré.

GONZALO

Debes serlo. No hay motivo para que no lo seas. *(Vase.)*

ESCENA IV

ISABEL y MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA

¿Porqué le has dicho nada á papá? Yo no quería que supiera...

ISABEL

¿Vas á tener más confianza conmigo que con tu padre?

MARÍA ANTONIA

¡Ya lo creo! Tú puedes comprenderme; los hombres no sienten como nosotras; como ellos dan tan poca importancia á sus aventuras, como ponen tan poco del corazón en ellas, juzgan que

á nosotras aún deben importarnos menos. Y se engañan. Por un gran amor, por una pasión violenta, aún puede disculparse que todo se olvide y que nuestra tristeza, nuestros celos, nuestra humillación, nada importen ni valgan; pero que no duden en causarnos pena por un capricho que para ellos significa muy poco. Eso es lo que no tiene disculpa; eso es lo que demuestra cómo nos estiman.

ISABEL

Pero ¿es que Pepe?...

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; me engaña como un miserable, porque su engaño comenzó cuando yo debía ser más respetada, si no por mujer, por madre de su hijo. Dios no ha querido que lo fuera, y quién sabe lo que pudo influir la horrible pena de una traición tan cruel y tan cobarde... una mujer cualquiera... Por eso no sale de ese teatro.

ISABEL

¡Ah! ¿Es por eso?

MARÍA ANTONIA

Sí; él cree que yo no lo sé. Su amigote, Castrojeriz, le saca dinero para la empresa; será la ruina y el ridículo, que yo no he de soportar con paciencia; te lo aseguro; yo no soy como tú.

ISABEL

¿Como yo?

MARÍA ANTONIA

¡Sí, pobre Isabel!... ¡Pobre madrecita mía!... ¡Tan buena y tan mártir como mi madre!... Desde muy niña, la vida no tuvo secretos para mí; sola, con mi padre, sin él, mejor dicho, porque le veía muy poco; entre ayas y criados que no se recataban de mí para murmurar de cuanto sabían; el único cariño, el de tía Rosario, y ese cariño consistía en un odio profundo hacia mi padre; la hermana de mi madre no le perdonó nunca, y sin compasión de mi inocencia, implacable en su odio, no pensó nunca en el daño que podía hacerme destruyendo en mí el respeto á mi padre y la confianza en su cariño. Hasta después de muerta quiso legarme su odio, y al morir, con gran misterio, me entregó unas cartas, cartas de mi madre, encomendándome que no las leyera hasta después de casada.

ISABEL

¿Y esas cartas?

MARÍA ANTONIA

¡Qué tristes, madre mía! ¡Qué vida de martirio la de mi pobre madre! Has de verlas, y comprenderás que no quiera confiar mis penas á mi padre; que se abra solo á ti por entero mi corazón y que llore desesperada por haberle entregado á un hombre miserable, traidor... como todos.

ISABEL

Como todos, no.

—

MARÍA ANTONIA

Déjame creer que lo son todos, porque aún podría ser más desgraciada si creyese que alguno no lo era.

ISABEL

¿Qué quieres decir? No me lo has dicho todo. ¿No vas á engañarme? En tu tristeza hay más rebeldía que resignación; por eso me asusta. Tú quisiste á otro hombre antes que á Pepe; le quisiste mucho; dices que desde muy niña la vida tuvo pocos secretos para ti; acaso no comprendiste porqué debías separarte de aquel hombre, acaso no has podido olvidarle...

MARÍA ANTONIA

Sí; comprendí, debí comprender. Ya veis que acepté sin discutir vuestras razones. No era preciso que Enrique se hubiera alejado de mí para que yo le olvidara.

ISABEL

Entonces, es el cariño de otro hombre que te acecha, te persigue... Tu corazón está amenazado, lucha... Y ¿quién es ese hombre? No, no lo digas; ahora recuerdo: sin darte cuenta has repetido demasiado su nombre en estos días para que yo no adivine, con razón, dónde está el peligro. Pero tú no puedes creer en ese cariño; tú no puedes hacerte traición á ti misma, porque al dolor del desengaño pienses que la única satisfacción es la

venganza; no, no será mientras creas en mí como creerías en tu madre. Ella, desde el cielo, yo á tu lado, sabremos defenderte, y bien puedes creer en las dos. Leiste esas cartas de tu madre; ya sabes cuál es mi vida entonces, la misma tristeza para las dos; no puede ser más la tristeza de tu vida, que no sea menos tu resignación... ¡Laura! Seca esas lágrimas; se burlaría de nosotras.

ESCENA V

Dichas y LAURA

LAURA

¡Querida Isabel! ¡María Antonia!

ISABEL

¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

LAURA

¿Sí? Como haya querido ponerme la doncella; ni me he mirado al espejo. He llevado un día... Siete horas de coche acabo de pagar en este momento. Todo por amor á la humanidad.

ISABEL

Siempre con tus Juntas y Sociedades benéficas.

LAURA

Soy vicepresidenta de dos, secretaria de tres y

tesorera de cuatro. Y eso es lo de menos; lo peor es que siempre me encomiendan los asuntos difíciles. Laura, usted que no tiene familia; usted que no tiene hijos; usted que no tiene que pensar en nada... y mi familia y mis hijos es todo el mundo, y yo tengo que pensar en todos. En fin, de algún modo hay que rescatar la culpa ó la desgracia de ser solterona.

ISABEL

¡Por Dios! En ti, ni culpa, ni desgracia. Es que para tu gran corazón la casa y la familia no bastarían; tu genio pide mayores empresas.

LAURA

Eso es una vulgaridad. Yo gobierno mi casa y me parece que es un modelo de orden. Además, tú sabes si hago vida de sociedad.

ISABEL

Y te sobra tiempo para todo; es admirable.

LAURA

Es que no soy de espíritu encogido como...

MARÍA ANTONIA

Como nosotras, ibas á decir.

LAURA

No; como la mayor parte de las mujeres. Claro que la casa y la familia son cosas muy respetables y para la mujer las más atendibles, pero no con-

viene tampoco un espíritu demasiado casero. Si yo me hubiera casado hubiera impulsado á mi marido á las empresas más atrevidas en vez de acobardarle y atarle como hacen casi todas, como hacéis vosotras.

MARÍA ANTONIA

¿Nosotras?

LAURA

Sí, sí; con el talento de tu padre y sus condiciones de posición, de familia, debía ser un personaje; debía ya estar harto de ser ministro y lo que le diera la gana. ¿Sabes lo que le ha faltado á tu padre en su vida? Una mujer.

MARÍA ANTONIA

Pues no son esas nuestras noticias.

LAURA

Digo una mujer que fuera lo menos mujer posible. A los hombres superiores no se les puede querer como á los demás hombres. Al lado de un hombre de talento el cariño debe velar como al lado de un enfermo: á distancia y en silencio, para cuando el enfermo llame y nada más. Importunarles con zalamerías ó con celos ó con menudencias caseras es un crimen. Perdonadme el discursito, pero desde que llegué estoy percibiendo en el aire el disgustito doméstico; tenéis las dos unos ojos de haber llorado...

MARÍA ANTONIA

Pues te equivocas; sí, hemos llorado, pero no eran disgustos, son recuerdos.

LAURA

Sí, sí; no os conoceré yo; algún asunto grave: que si llegó una carta; que si el marido salió sin decir adónde iba; que si se retrasó en volver... Alguna escena por cosas así.

MARÍA ANTONIA

No me remuerde la conciencia de haber malogrado ningún genio con mis escenas en mi señor marido.

LAURA

No hablo de tu marido. Pepe es un muchacho de muy poco mundo, listillo, pero nada más. Pero tu padre, con su inteligencia, con su don de gentes, con su ilustración...

ISABEL

Sí, ya lo sabemos; no le ha faltado más que una musa inspiradora, que yo no he sabido ser.

LAURA

No te molestes. Pero ahora mismo le ofrecen la dirección en París de esa Sociedad, gran idea suya, una Sociedad que está llamada, por los negocios que abarca, á dominar en todo el mundo, á ser árbitro de la Banca, y por lo tanto, de la política y de los destinos de Europa, y sé que tú,

en vez de animarle para que acepte, te asustas ante la idea de dejar tu casa, de salir de España.

ISABEL

- No soy ambiciosa... María Antonia no lo es tampoco. Somos bastante ricas para permitirnos el lujo de vivir tranquilas entre nuestros afectos y nuestras relaciones de toda la vida. Gonzalo acepta la representación en Madrid y está muy satisfecho.

MARÍA ANTONIA

¡Marcharnos á París! ¡No faltaba más!... ¡Separarnos!...

LAURA

Podíais ir vosotros también. Pepe podía desempeñar algún cargo de confianza.

MARÍA ANTONIA

¡Mi marido en París! No, gracias... Con la afición que le ha entrado al teatro...

LAURA

¿Al teatro? ¿Qué me dices?

ISABEL

Tonterías de María Antonia.

LAURA

¡Ah, vamos! Serás capaz de tener celos de alguna cómica, porque te haya dicho alguna amiga

chismosa que ha visto á tu marido dos noches en cualquier teatro. ¡Qué ridiculez!

MARÍA ANTONIA

Pues sí, soy muy ridícula, soy celosa, soy mujer; quisiera tener á mi marido muy sujeto y muy pegadito á mis faldas. Como yo no soy como tú, y por lo tanto no he tenido gracia para hacer de mi marido un Napoleón, un Bismark ó cualquier otro talento por el estilo, cuando sale de casa y tarda en volver más de lo justo, no me consuela la idea de que habrá conquistado un reino ó habrá descubierto la dirección de los globos.

ESCENA VI

Dichos, CARMEN, LUISA y RAMÓN

ISABEL

Carmen con su marido y Luisita. ¿Cómo va? ¡Luisita! ¡Querida!

CARMEN

¿No llegamos tarde? Ramón viene riñendo.

RAMÓN

¡Calle usted! La *toilette* de las señoras es inaguantable. ¡Tres horas para vestirse! Y siempre igual. Luego quieren que las abone al teatro. ¿Para qué? Cuando tengo interés en ver una comedia ó en oir una ópera tengo que dejarlas en casa;

con ellas, ya se sabe, al segundo acto lo más pronto. ¿No es una tontería gastarse un dineral para eso?

MARÍA ANTONIA

¡Qué mona estás, Luisita!

LUISA

Ya oyes á papá. Como he estado tres horas componiéndome... ¡Qué exageración!

RAMÓN

¿Y Gonzalo?

ISABEL

Saldrá en seguida... ¿Qué noticias de Enrique?

RAMÓN

Ninguna. No hemos tenido carta. No sé en qué piensa ese muchacho.

CARMEN

(Bajo á Isabel.) Yo sí. Ya le diré á usted, Isabel. Estoy muy disgustada. No quiero que sepa nada Ramón, ya le conoce usted.

LAURA

¿Ha estado usted en Bolsa esta tarde?

RAMÓN

Sí, no hay nada; está tranquila.

LAURA

Tengo que consultar á ustedes. Traigo un proyecto en la cabeza, no sé si será un disparate.

RAMÓN

No; usted siempre sabe lo que se hace, querida Laura; puede usted andar sola por el mundo.

LAURA

Bien solita ando... gracias á los consejos y á la buena amistad de ustedes.

CARMEN

Me admira esa resolución que tiene usted para los negocios. A mí me asusta solo pensar en ellos. Si por desgracia me quedara sola, me sería imposible decidirme como usted, á vender, á hacer jugadas de Bolsa.

LAURA

¡Pobre de mí si hubiera pensado lo mismo! Mi padre me dejó un capital muy modesto, que ya hubiera desaparecido si yo me hubiera acobardado ante los negocios. Por fortuna confié á Gonzalo mi capital, y en sus manos se ha duplicado en poco tiempo.

RAMÓN

Y ya verá usted, ya verá usted, con la nueva Sociedad constituída; la esfera de nuestros negocios se ensancha y sobre bases muy seguras, nada de castillos en el aire.

LAURA

Ya lo sé, ya lo sé, todo el mundo lo dice. Estoy encantada. *(A Isabel y á Carmen.)* Parece mentira que á ustedes no les interese.

RAMÓN

Sí, sí; hable usted á las mujeres de esas cosas. Mi mujer todavía, como ha visto y sabe lo que cuesta empezar, aún lleva algún orden en el gasto de la casa; pero Luisita, como nació cuando todo era holgura, cree que el dinero llueve del cielo, y si la dejáramos salirse con todos sus caprichitos de niña mimada, nos arruinaría en dos meses.

LUISA

¿Y me preguntabas si tenía novio? Ya ves, con los informes espontáneos que da papá, cualquiera se anima.

RAMÓN

¡Novio! ¡Novio! Cualquiera es el valiente que se atreve con una niña de éstas. No es natural que ningún hombre joven se halle en posición muy brillante; empieza á luchar en su carrera, ó en sus negocios, no heredó todavía; pues en esas condiciones cargue usted con una señorita acostumbrada á lucir y á gastar sin haber sabido nunca lo que cuesta ganar el dinero. Antes, para cualquier muchacha, aun de la clase más elevada, el matrimonio significaba el primer vestido encargado á una modista, la primera ropa blanca de lujo, las prime-

ras alhajas de precio, la verdadera presentación en sociedad; pero ahora, todo lo contrario, casarse, para ellas, es reducirse, es venir á menos, es tener peor casa, peor mesa, peor servicio, sustituir el coche propio por un simón ó por el tranvía, es reformar diez veces un traje y catorce un sombrero, es oir al marido que se gasta mucho, que no podemos vivir así, y los maridos dicen estas cosas con otra cara y otro tono que los padres. Y si hay hijos, las mujeres de ahora no saben criarlos sino á fuerza de dinero; entre nodrizas, ayas y médico á cada paso, apenas estornuda el chiquillo... y un dineral en batistas y en encajes, para educarlos bien desde pequeñitos... y qué sé yo... hasta un sacerdote francés para enseñarlos á rezar, porque ya no saben hacer ni eso las madres del día... Con que á ver quién es el bravo que se casa con un sueldo de los que se usan en España ó una renta de las que aquí llamamos modestitas.

LUISA

Papá cree que el dinero es la razón suprema de todo.

LAURA

Y cree muy bien. El dinero no puede hacer que seamos felices; pero es lo único que nos compensa del no serlo.

ESCENA VII

Dichos y GONZALO

GONZALO

Amiga Laura, tanto gusto... Carmen... ¿Cómo estás, Luisita? ¡Hola, Ramón! ¿Qué hay de cosas? ¿Alguna novedad?

RAMÓN

Toda va bien.

LAURA

Muy enfadada con usted, porque es usted un ingrato.

GONZALO

Ya sé porqué lo dice usted, porque no contesté á su última consulta. No le convenía á usted de ninguna manera vender en esas condiciones. En caso afirmativo me hubiera apresurado á ponerme á sus órdenes.

LAURA

Ya sabe usted que tengo fe ciega en usted.

GONZALO

Yo temo que confíe usted demasiado; no soy infalible.

LAURA

Siguiendo á usted en su suerte me arruinaría gustosa.

GONZALO

No lo sentiría yo menos, aunque fuera por seguirme, como usted dice.

LUISA

(Bajo á María Antonia.) Pero, Laura es que está loca por tu papá, no lo disimula. No sé cómo Isabel lo tolera.

MARÍA ANTONIA

No tiene importancia. Es una pasión platónica y bursátil. Eso sí, nadie como Laura sabría poner tanto fuego y tanta expresión en frases tan prosaicas como estas: ¿A cómo quedó el exterior? ¿Y el fin corriente? ¿El amortizable? Figúrate á Romeo y Julieta discutiendo en la ventana una cotización de Bolsa, en vez de discutir si es el ruiseñor ó la alondra la que canta.

LUISA

¡Qué importaría! La escena sería la misma; el cariño sabe hablar con todas las palabras por vulgares y prosaicas que sean.

ESCENA VIII

Dichos, JOSEFINA y ADOLFO

MARÍA ANTONIA

(A Luisa.) El matrimonio de París. Ya verás; dos figurines.

ADOLFO

Señores... *(Á Isabel.)* Querida señora...

ISABEL

¿Cómo va?, Josefina...

GONZALO

Permítanme ustedes que les presente, Ramón. Adolfo Barona, hijo de nuestro corresponsal.

RAMÓN

Sí, sí; ya sé; su padre es gran amigo mío, el gran Barona.

GONZALO

Su esposa. Presenta á la tuya y á tu hija.

RAMÓN

Mi mujer, mi hija. Aunque no hayamos tenido el gusto de vernos hasta ahora, debemos considerarnos como antiguos amigos, como familia. Su padre de usted es como un hermano para mí y para Gonzalo; trabajamos juntos desde muy jóvenes, usted lo sabe.

ADOLFO

Sí, sí. Mi papá me hablaba siempre de ustedes. Parece que se han divertido ustedes mucho en su tiempo, que han hecho ustedes muchas... barbaridades...

RAMÓN

¡Hombre, barbaridades!...

ADOLFO

Bueno, *de... bêtises...* Quise decir tonterías...

RAMÓN

Eso, vaya...

GONZALO

Aunque habla muy bien el castellano, sin acento alguno, para el tiempo que ha vivido en París, á veces no domina el valor de las palabras.

ADOLFO

En casa, con mi padre, hablo siempre español; pero la costumbre de pensar en francés sin poder querer hago... como se dice... *une gaffe*, Josefina... *une gaffe...*

JOSEFINA

Meter la pata. ¿No dicen ustedes así?

MARÍA ANTONIA

Sí, así se dice... *(Bajo á Luisa.)* Y dicho y hecho.

GONZALO

Josefina es la que habla muy bien, como una madrileña de pura raza.

JOSEFINA

No, ¡por Dios!, no se queden ustedes conmigo, eso es una tomadura de pelo.

MARÍA ANTONIA

Se ve que el castellano no tiene secretos para ella.

GONZALO

Es muy graciosa. ¿Y está usted más contenta en Madrid?

RAMÓN

¿Es que no le gusta á usted?

JOSEFINA

Sí, me parece muy agradable. Hemos hecho las visitas de presentación; muy amable todo el mundo.

ADOLFO

¡Ah, sí; muy amable! Pero las casas, ¡qué mal tenidas! ¡Qué falta de *confort*, de gusto! La de ustedes es excepcional...

ISABEL

No lo crea usted.

ADOLFO

¡Ah, sí! Hay aquí buen gusto; hay aquí la mano de una mujer artista, delicada, todo es armonioso. ¿En qué casa hemos visto un salón con muebles imperio y tinturas Luís XV. ¡Qué horrible!... ¿Cómo se dice, Josefina?... *mélange*.

JOSEFINA

Revoltijo. ¿No es así?

MARÍA ANTONIA

Sí, así es. *(Bajo á Luisa.)* Pero, ¿con quién hablaría español en París esta señorita?

ADOLFO

A mí estas faltas de gusto me enervan. Y las damas también en sus *toilettes* son algo *criardes.*

MARÍA ANTONIA

Chillonas...

ADOLFO

Eso es, gritonas. ¿Qué señora nos ha recibido con un *tea-gown* azul niza y lazos grandes amarillos?... ¡Horrible! Yo la hubiera desnudado.

JOSEFINA

Adolfo tiene un temperamento artístico.

ADOLFO

La vida sin arte es una triste cosa. Y la *toilette* es media mujer; una *toilette* encontrada puede ser un poema.

LUISA

(Bajo á María Antonia.) ¿Quién te parece la madame en este matrimonio de París?

RAMÓN

(Bajo á Gonzalo.) ¿Y á ese chico es á quien tú quieres que confiemos nuestra gerencia en Madrid?

GONZALO

¿Porqué no? Es muy inteligente. Ya te convencerás. Habla así por agradar á las señoras.

RAMÓN

Pues ahora me parece más tonto, porque demuestra conocer muy poco á las mujeres.

GONZALO

¡Bah! Al lado de su padre ha trabajado siempre en los negocios. El cargo no requiere gran inteligencia.

RAMÓN

Pero es de gran responsabilidad, y teniendo aquí á Jiménez...

GONZALO

Jiménez está contento con su puesto... ¿Cómo vamos á negar á Barona lo que pide para su hijo?

RAMÓN

¿Lo que pide? Si no pide nada. A mí me escribió que su hijo venía á Madrid en viaje de recreo, de novios.

GONZALO

Pues á mí me ha dicho el muchacho que el objeto de su padre al enviarle era el obtener ese puesto. Parece que antes de casarse había tenido en París relaciones con una mujer de cierta clase, y no le conviene residir allí por ahora... es una exigencia de su mujer.

[illegible]

RAMÓN

[illegible] tuya... Te conozco: [illegible] que te interesaba.

GONZALO

¡Qué idea! Yo no sé qué os habéis figurado... Iba yo á atreverme... una muchacha recién casada... con el hijo de un amigo...

RAMÓN

Sí, sí, que tú respetas esas cosas.

GONZALO

¿Eh?

RAMÓN

Yo creo que á la única mujer que has respetado ha sido á la mía, y no es que crea en ti, es que creo en ella.

GONZALO

No digas tonterías... Mañana en la Junta propondrás conmigo ese nombramiento, y no hay más que hablar.

LAURA

(A Adolfo.) Y dígame usted... ¿qué se opina en Francia de las acciones de Panamá? Yo compré unas cuantas en excelentes condiciones, y todo el mundo me augura que son de gran porvenir.

ADOLFO

Es un negocio que duerme, pero el día que despierte... Otro Canal de Suez... *(Fijándose en los*

pendientes de Laura). ¿Permite usted? ¡Preciosas perlas! He visto pocas de Oriente tan puro... y yo me entiendo en perlas. La perla es la joya femenina por excelencia.

LAURA

Las que heredé de mi tía Leonor son las únicas alhajas que tengo. Es una tontería gastarse el dinero en alhajas, un dinero muerto. Se van á comprar y cuestan un dineral; va uno á venderlas...

JOSEFINA

Veo que tiene usted un talento muy práctico, yo también; todo lo contrario dé mi marido, que tiene alma de artista y se gasta todo el dinero en cosas inútiles.

MARÍA ANTONIA

Y eso que ha vivido siempre entre gente de negocios.

ADOLFO

Por eso mismo los detesto. ¡Ah! La vida sin poesía, sin ideal...

JOSEFINA

Le digo á usted que tenemos cambiados los papeles.

MARÍA ANTONIA

(A Luisa.) Ya lo habíamos conocido.

JOSEFINA

Adolfo se pasa la vida soñandó.

GONZALO

JOSEFINA

GONZALO

... es dormir... Y no es esa la ac-
... responde á un marido novel.

JOSEFINA

... En España no hablan ustedes nunca
... Por eso empiezo á no fiarme de usted.

GONZALO

...

JOSEFINA

... palabra. ¿Ha recomendado usted á sus
... nombramiento de Adolfo?

GONZALO

Ahora mismo hablaba de ello, es cosa segura.

JOSEFINA

Veremos. Sentiría reñir con usted... pero si usted quiere torearme....

GONZALO

¡Ja, ja!...

JOSEFINA

¿Se ríe usted? ¿He metido la pata?

GONZALO

Me río de su lenguaje...

JOSEFINA

¿No es correcto?

GONZALO

Es graciosísimo.

JOSEFINA

No se ría usted de mí. Es usted un guasón que quita el sentido.

GONZALO

Qué más quisiera yo. Adorable, adorable.

MARÍA ANTONIA

Pero ¿ven ustedes esa mujer? ¡Qué descaro! Está coqueteando con papá, como si aquí existiera el divorcio. Y el marido tan fresco. Por las señas está explicando á Laura y á Luisa la caída de alguna falda... ¡Qué pareja!

RAMÓN

Querida Isabel, debe usted prevenir á su marido. Se empeña en que demos un puesto de gran responsabilidad á ese joven; dice que su padre le recomienda á ustedes, ¿no es cierto? El padre sabe demasiado que su hijo es un pobre tonto; se empeñó en casarse con esta muchacha de familia y de antecedentes algo escabrosos, y le envió á Madrid para que se le colocara, pero no en cargo de tanta importancia. Aconseje usted á Gonzalo.

ISABEL

¿Yo? Carmen me conoce. Nunca me permito aconsejarle y menos oponerme á su voluntad.

Nada fío ni espero de las palabras por cariñosas y bien intencionadas que sean. Para conseguir algo más que promesas de enmienda, olvidadas cada ocho días, hay que hacer algo más que hablar...

RAMÓN

Ya... pero usted ¿qué hace, amiga mía?

ISABEL

¿Yo? resignarme y esperar.

RAMÓN

¡Pobre Isabel!

ESCENA IX

Dichos. Un CRIADO y después MANUEL

CRIADO

Con permiso... Esta carta *(dándosela á María Antonia)*, para la señorita.

MARÍA ANTONIA

¿No espera contestación?

CRIADO

El que la traía no hizo más que dejarla.

MARÍA ANTONIA

Está bien. *(Vase el Criado.)* De Pepe. No ne-

cesito leerla. Excusándose de venir, lo que yo sabía, lo que yo esperaba.

ISABEL

Pero lee...

MARÍA ANTONIA

¿Para qué? Léela tú... ¿No es eso?

ISABEL

En efecto, que los amigos no le dejan, que la lectura es urgente.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí. Enterados.

LUISA

¿No viene tu marido?

MARÍA ANTONIA

Toma, guarda esta carta para que se la leas á tu novio... cuando le tengas; le servirá para después de casado... todos hacen lo mismo.

LUISA

¿Todos? No. Yo no lo creo. Si te hubieras casado con Enrique, sí...

MARÍA ANTONIA

¡Calla, calla! Sé lo que vas á decirme. No me hables de Enrique, te lo suplico, me hace daño.

LUISA

¡Pobre hermano mío! ¡Me escribe tan triste!

MARÍA ANTONIA

¡Tan triste! Tristes todos... ¡Que Dios perdone á los que sin pensar, por capricho, por aventuras como estas que ahora distraen á mi marido, causan para toda la vida la tristeza de quien no tiene culpa.

LUISA

¿Qué quieres decir?

MARÍA ANTONIA

Nada, nada. *(Entra Manuel.)*

MANUEL

¡Señores! ¿Soy puntual? ¡Isabel!...

ISABEL

Por hoy, sí, y lo agradezco, porque hoy no somos todos de casa.

MANUEL

Ya sé... Preséntemе usted.

ISABEL

D. Manuel Arenales... Monsieur Adolfo Barona, su esposa...

MANUEL

Encantado... encantado...

GONZALO

Aquí tienen ustedes un madrileño neto. Acabará de levantarse; empieza su vida á estas horas.

MANUEL

¿Porqué no? La medida del tiempo es puramente caprichosa; ¿porqué ha de marcar la salida del sol el principio del día? Yo soy galante, y concedo ese privilegio á la luna. Me someto al eterno femenino.

LAURA

¡Cuántas veces me he horrorizado al encontrarle á usted de madrugada cuando yo iba ya á mis asuntos de mis conferencias y de mis juntas!...

MANUEL

¿Usted iba á sus asuntos á esas horas? Pues yo regresaba de los míos. Ya ve usted para quién estaba el día más adelantado.

LAURA

Calle usted, le detesto. Es usted el oprobio de la clase de solteros. ¿Para qué sirve usted en el mundo?

MANUEL

Que otros lo pregunten... Para que cada lunes y cada martes me mande usted billetes para sus funciones benéficas y listas de suscripciones á todas sus obras piadosas, á todo lo cual, bromas á parte, contribuyo gustoso, querida Laura.

LAURA

Ya lo sé, y por esa puertecilla puede ser que consigamos salvarle á usted y halle usted indulgencia á sus muchos pecados.

MANUEL

Ya sé que Pepe no come con nosotros.

MARÍA ANTONIA

¿Le ha visto usted?

MANUEL

Sí, acabo de verle.

MARÍA ANTONIA

¿Dónde?

MANUEL

En la calle de Alcalá.

MARÍA ANTONIA

¿Iría con unos amigos?

MANUEL

No, iba solo.

MARÍA ANTONIA

Solo, y dice en su carta...

MANUEL

¿Qué?

MARÍA ANTONIA

Nada... nada... Solo, ya lo oyes, iba solo.

GONZALO

¡Qué indiscreto eres! A los casados no se nos ve nunca en ninguna parte, cuando no vamos con nuestra mujer.

MANUEL

¿Indiscreto? Porque he dicho que le he visto en la calle y solo... ¿Iba á decir que le he visto subir á Fornos con unos amigos y unas amigas... de los tres, suyas, tuyas y mías?...

GONZALO

¡Mías, no; haz el favor!

MANUEL

Supongo que las conoces. ¿A qué mujer no conocerás tú? *(Entra el Criado.)*

CRIADO

La señora está servida.

ADOLFO

Los tonos de moda, *le dernier cri*, toda la gama de los amarillos... azufre... limón... naranja... yema de huevo... albaricoque...

RAMÓN

Pero este hombre no sabe hablar más que de trapos ó de golosinas.

MARÍA ANTONIA

No lo crea usted... de trapos siempre... es divertido...

ISABEL

(A Gonzalo.) Un momento, Gonzalo. Como esa señora se sienta á tu lado, y supongo que insistirá en el nombramiento de su marido...

GONZALO

¡Qué tenemos!

ISABEL

Nada... Es que Ramón se opone á que eso sea, y se opondrá en la Junta de Accionistas.

GONZALO

Ya he visto que conspirábais.

ISABEL

¿Yo? Es que quiero evitar que te pongas en ridículo. Por ti, solo por ti, ¿lo entiendes? De mí ¿qué me importa? ¡Una vez más! Estoy acostumbrada... ¡Haz lo que quieras, como siempre! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN y RAMÓN

(Dentro se oye hablar á los demás personajes. Piano.)

RAMÓN

He comido muy bien, amiga mía, he comido muy bien.

ISABEL

Y yo me alegro.

CARMEN

¿Quién toca el piano? Ahora no es Luisita.

ISABEL

No; es el joven recién casado, y toca muy bien, con mucho gusto.

RAMÓN

¿Por eso conociste que no era Luisita?

CARMEN

Ese joven es un estuche. Su mujer debe ser muy dichosa.

RAMÓN

Pues no lo parece.

ISABEL

¡Bah! ¿Porqué?

RAMÓN

Mire usted, Isabel, yo soy muy franco. Esa parejita es lo único que no he podido pasar de la comida; los tengo aquí.

CARMEN

¡Qué cosas dices! No haga usted caso.

ISABEL

Las antipatías y las simpatías son instintivas.

RAMÓN

¡Parece mentira que este chico sea hijo de Barona!; un hombre tan serio, un carácter enérgico; verdad es que él siempre se lamentaba de su mujer, que le había educado muy mal á los hijos; y éste ¡con quién ha ido á casarse! Mire usted, Isabel, yo soy muy claro.

CARMEN

¡Ramón, por Dios!...

RAMÓN

¿Por Dios, qué? Somos como de la familia; Isabel es para mí, ¡qué sé yo!, como una hermana; tengo yo hermanos á quien no quiero tanto: á Gonzalo le quiero mucho también; toda la vida trabajando juntos; para mí ha sido siempre muy bueno. Tiene sus defectos, pero bueno, ¿quién no los tiene? Á mí no me ha molestado nunca con ellos, ¿para qué voy á quejarme? Ahora sí, querida Isabel, teniendo Gonzalo las mismas noticias que yo tengo de esta joven, casada con el hijo de nuestro amigo y corresponsal, permítame usted que le diga que no ha debido presentarla en su casa de usted.

CARMEN

¡Ramón, Ramón!

RAMÓN

Yo sé lo que me digo.

ISABEL

Dice usted que Gonzalo sabe...

RAMÓN

Claro está; la madre de esta muchacha es una cualquier cosa; una española que se escapó á París con un viajante. Esta joven quiso dedicarse allí al teatro, ¡qué digo al teatro!, al café-concierto, una trapisonda. Después, entre la madre y la hija, envolvieron á este pobre tonto... Y, mire usted, eso de que ahora venga aquí á dárselas de señora

á la sombra de ustedes y de nuestras hijas, no me parece que deben ustedes consentirlo, y Gonzalo hace muy mal en autorizarlo. Y esa plaza que pretende no la tendrá mientras mi voto signifique algo. Y, sobre todo, Isabel, yo la quiero á usted mucho, ya lo sabe usted, y estaré siempre de su parte, siempre.

ISABEL

Gracias, Ramón, muchas gracias. *(Se levanta, y lentamente pasa y entra en la habitación donde se supone que están los demás.)*

CARMEN

Si no te conociera, no sabría qué pensar de estas expansiones de sobremesa. ¿Para qué pones á Isabel en cuidado?

RAMÓN

Serás capaz de creer que hablo así por algún excesillo de champagne.

CARMEN

No, ya sé que no; pero me da pena la pobre Isabel.

RAMÓN

Y á mí también, y la conducta de Gonzalo me indigna; por eso no puedo callarme. Bueno que al hombre no se le deba exigir una fidelidad tan absoluta como á la mujer en el matrimonio, pero que no pase de una aventurilla ligera, de tarde en tarde, que no comprometa mucho; pero eso de no hallarse nunca sin algún amorío..., con una mujer

como Isabel..., ¿Y tienes valor para quejarte alguna vez de mí?... Compara, compara.

CARMEN

¿Yo de ti? No...

RAMÓN

Sí, sí; las mujeres tenéis mucha imaginación; sois muy dadas á la novela. ¿Ves á Isabel, con ese aire de mártir? Pues en el fondo le halaga, le complace que su marido sea así; esas historias de amores, de mujeres locas por él; eso de no tenerle nunca seguro, le realza á sus ojos, le poetiza y, créelo, Isabel está cada día más enamorada de su marido, como no lo estaría seguramente al cabo de algunos años de matrimonio, si Gonzalo fuera un marido... como yo; un marido sin accidentes ni novela. Con franqueza, ¿á que tú no me has agradecido nunca mi fidelidad inverosímil? ¿Á que no puedes creer que ha sido virtud, sino falta de gracia para seducir y enamorar? Sí, sí; estoy seguro. Tú no me quieres como Isabel á Gonzalo; yo soy un burguesote todo prosa, que no sabe más que trabajar, hacer cuentas, pensar en el porvenir de sus hijos, que si, lo que Dios no permita, alguna bribona me trastornara el juicio, aunque no fuera más que media hora, ¡qué sé yo!..., me parecería que os robaba á ti y á mis hijos, y aunque vosotros me perdonárais, yo no podría perdonarme nunca.

CARMEN

Sí; hay cosas que no se las perdona uno nunca.

Pero no mortifiques más á Isabel. ¿Tú crees que ella no ha notado, como todas, las coqueterías de esa mujer con su marido?

RAMÓN

¡Coqueterías! ¡Coqueterías!... ¡*Cocoterías* y poquísima lacha, como diría ella; esa es la palabra!

CARMEN

¡Vuelve Isabel! ¡Por Dios, calla!

ESCENA II

Dichos, ISABEL y MANUEL (Carmen y Ramón siguen hablando aparte, y á poco pasan al saloncito donde se supone están los otros personajes.)

ISABEL

(A Manuel.) Pero ¡qué torpe es usted, amigo mío! Hace media hora que le estoy tirando á usted de la manga para que me siga usted aquí, y usted sin entenderlo. Tengo que hablar con usted.

MANUEL

Pero ¿usted no ha observado que María Antonia me tiraba de la otra con más fuerza para que no viniera, porque también deseaba hablar conmigo?

ISABEL

Pero entre la madre y la hija, aunque el cora-

zón se incline á la amable juventud, la cortesía debe sacrificarse á la respetable ancianidad.

MANUEL

En este caso, el corazón y la cortesía estaban de acuerdo, pero los tirones de María Antonia eran terribles; estoy satisfecho, siempre en mi papel.

ISABEL

¿En su papel? ¿Qué papel es el de usted?

MANUEL

Pero ¿no lo sabe usted, mi querida amiga? El de confidente universal, el de amigo de todo el mundo; mejor dicho, el de amigo de los amigos de todo el mundo; algo así como la Central de Teléfonos, á la que nadie se dirige más que para pedir comunicación. El papel, como usted ve, no es muy lucido.

ISABEL

Pero muy necesario.

MANUEL

Eso decía Cervantes de un cargo muy parecido al mío; que era muy necesario en toda república bien ordenada.

ISABEL

Ahora no pido comunicación; al contrario, procuro interrumpirla.

MANUEL

¿No digo?... De todos modos, estación intermedia siempre.

ISABEL

Usted es muy amigo de Federico Reinosa, el escritor.

MANUEL

¡El soñador, querrá usted decir!

ISABEL

Más temible. Los que escriben sus sueños se quedan muy descansados, pero los que sueñan no escriben y quieren vivir lo que sueñan, ni descansan, ni dejan descansar. Creen que la vida es una página en blanco, que ellos pueden emborronar á su capricho.

MANUEL

Sin rodeos; usted sabe que Federico...

ISABEL

Sí; que está locamente enamorado de María Antonia. Que usted es su confidente...

MANUEL

Su consejero.

ISABEL

Buenos consejos...

MANUEL

Naturalmente. Estimo en mucho á María Antonia. Sé cuánto vale el buen ejemplo en la edu-

cación, y María Antonia solo ha tenido ejemplo de virtud en su madre primero, después en usted.

ISABEL

Pero si el ejemplo de virtud lo es también de tristeza, ¿usted cree que á los veinte años puede afrontarse con resignación la perspectiva de toda una vida muy triste, sobre todo cuando el corazón no está defendido por un amor tan apasionado, tan ciego, que haga parecer las tristezas más dulces que alegrías?

MANUEL

Es verdad. María Antonia no se casó muy enamorada. Pero Pepe es un buen muchacho. Algunas ligerezas sin importancia...

ISABEL

¡Ligerezas! Ligerezas como esas han sido causa de que María Antonia no pueda ser nunca dichosa. Por eso me asustan las ligerezas; por eso quiero evitar que María Antonia pueda cometerlas. Ella tiene mucha confianza en usted... Usted es íntimo de Federico... Dígame usted con lealtad todo lo que usted sepa... Su amigo de usted ¿le habla mucho de María Antonia?

MANUEL

Eso sí; siempre. Está locamente enamorado.

ISABEL

Pero ¿él espera?...

MANUEL

¡Qué me pregunta usted! Yo solo puedo aconsejarle bien, y para ello no tengo más que repetirle las reflexiones que tantas veces he debido hacerme á mí propio.

ISABEL

Es verdad... Ese gran amor de su vida, al que todavía permanece usted fiel. Pues, en nombre de ese amor que sintió usted por la madre de María Antonia, y que fué todo adoración y respeto, ayúdeme usted á proteger á la hija de la mujer que usted quiso tanto.

MANUEL

Y respeté siempre.

ISABEL

Por eso pudo usted hacer del recuerdo de ese amor la religión de su vida. ¿No vale más así? Confío en usted; no puedo ocultarlo, tengo miedo por María Antonia; advierto en ella algo que me hace temerlo todo. Sea usted bueno conmigo; adviértame usted del menor peligro. ¡Mire usted que quiero á María Antonia como si fuera hija mía!

MANUEL

Lo sé. Descuide usted. Federico no puede sospechar el interés que me lleva en este asunto y se confía á mí por completo.

ISABEL

Gracias, amigo mío, amigo bueno, amigo leal.

MANUEL

Amigo de todo el mundo. ¡Siempre amigo! La gente vive á mi alrededor; todos aman, ó luchan, ó sufren..., y á mí me lo cuentan... Y así vivo.

ISABEL

Con el recuerdo de ese gran amor... Ya es algo.

MANUEL

No fué amor... Fué también una gran amistad.

ESCENA III

Dichos y MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA

¿Secretean ustedes?

ISABEL

Traes cara de fuga. ¿De qué se habla por allí dentro?

MARÍA ANTONIA

¡Qué sé yo! No me importaba. Manuel, no acabó usted de contarme esa historia, y era muy divertida.

ISABEL

¿Qué historia?

MARÍA ANTONIA

De Federico Reinosa; rarezas suyas, locuras de artista.

ISABEL

Ahora no va tanto por vuestra casa, ¿verdad?

MARÍA ANTONIA

No; tuvo una discusión con Pepe; una discusión de arte; se acaloraron... Pepe, cuando se acalora, no sabe lo que se dice.

ISABEL

¿Pepe solo?

MARÍA ANTONIA

Federico es un hombre muy bien educado, incapaz de una incorrección, ¿verdad, Manuel? *(Á Isabel.)* Tú le has tratado muy poco.

ISABEL

En cambio oigo hablar mucho de él.

MARÍA ANTONIA

¿Sí?... ¿Á quién?

ISABEL

Á ti. Creo habértelo advertido ya. ¿Es que no te das cuenta? Pues mira que puede ser que no sea yo sola quien lo haya notado.

MARÍA ANTONIA

No será Pepe. Pepe, que seguramente andará como un Otelo cuando se trata de alguna de esas

princesas de teatro. Tratándose de su mujer, como todos los maridos, le parezco tan insignificante que no se preocupa por nada; le dirían que cualquiera estaba enamorado de mí y no lo creería.

MANUEL

Exagera usted. ¿Verdad que exagera?

MARÍA ANTONIA

Sí, sí, sí... Me abruman las pruebas de cariño, de consideración. Soy muy dichosa, ¡muy dichosa! ¿No ha notado usted lo alegre y lo comunicativa que he estado toda la noche?

MANUEL

Al principio, sí. Yo le pregunté á Isabel: ¿Qué le ocurre á María Antonia, que está tan contenta?

MARÍA ANTONIA

¡Contentísima!

ISABEL

Era alegría nerviosa, esa falsa alegría con que tratamos, más que de engañar á los demás, de engañarnos á nosotros mismos, en el primer instante da una gran tristeza. Las grandes tristezas son así; se clavan tan hondo, tan hondo, en el corazón, que parecen perdidas, y el mismo corazón no las siente con asombro nuestro; pero dura poco el engaño; están bien clavadas para toda la vida: primero es llanto, quejas, rabia quizá; después... es la resignación, una sonrisa; una sonrisa triste, dolorosa, como una herida abierta siempre.

MARÍA ANTONIA

Isabel sabe de esas tristezas y de esas sonrisas.
(Se oye reir dentro.)

MANUEL

¡Qué divertidos!

MARÍA ANTONIA

Algún éxito de papá. Está ocurrentísimo. Mírenle ustedes, mírenle ustedes, rodeado de todas ellas, y todas en adoración ante él. Desde Carmen, la que debió ser modelo de esposas si no hubiera tropezado con papá en su camino, y Laura, tan calculadora y tan metalizada, y la recién casadita que, aunque es algo loca, no lleva más que dos meses de casada..., ya ven ustedes; hasta Luisita, recién salida del cascarón, con su primer vestido largo, ahí la tienen ustedes extasiada ante el eterno Don Juan. Hay para pintar un cuadro, un cuadro simbólico. Es lo que yo le digo á Isabel: de lo que le ocurre á papá con las mujeres no tiene él toda la culpa.

MANUEL

No; créanlo ustedes. Eso de enamorar es un dón, algo genial. Tengan ustedes por seguro que los mayores conquistadores son los que ponen menos de su parte por serlo. ¿Recuerdan ustedes aquello de Don Juan? «... Uno para enamorarlas, otro para conseguirlas...» Á mí no me digan eso, no es natural; para eso hay que llamarse Tenorio;

á Don Luís ya debían costarle el doble las conquistas..., y al Capitán Centellas y Avellaneda, ¡no digamos!; esos tienen traza de no haber enamorado á nadie en su vida; por eso se entretienen en apostar por los amigos. Yo siento mucho estos papeles.

ESCENA IV

Dichos, CARMEN, LAURA, JOSEFINA, LUISA, GONZALO, RAMÓN y ADOLFO

LAURA

Venimos huyendo de tu marido. Nos ha escandalizado.

MARÍA ANTONIA

Ya veo que huyen ustedes, pero con él...

LAURA

Es que aquí no se atreverá á repetir lo que nos ha dicho. ¡Qué hombre! Verdad es que cuando se dicen las cosas bien, todo puede decirse.

MARÍA ANTONIA

Y aun cuando se digan mal; cuando parece bien el que las dice, todo puede escucharse.

JOSEFINA

Tiene la mar de gracia. Yo me he reído los imposibles.

MARÍA ANTONIA

(A Manuel.) Menos mal que no ha dicho las tripas.

ADOLFO

Oye, Josefina. ¿Te parece el momento de anunciar mis imitaciones de artistas de París ó algún monólogo ó *petite fantaisie*?

JOSEFINA

De ningún modo. Esta gente es muy seria. No descuides á la señora de la casa; su simpatía puede importarnos mucho; dile algún cumplimiento sobre su *toilette*.

ADOLFO

Los he agotado todos.

JOSEFINA

Y procura intimar con Don Ramón. ¿No dices que era tan amigo de tu papá? Pues no lo parece. Ha estado muy poco expresivo contigo, y cuando le pedí que influyera en tu favor me contestó de un modo...

ADOLFO

¡Hélas! ¡Ma petite femme! Me parece que nuestras ilusiones...

JOSEFINA

¡Cállate ya!... Sería lo primero que yo me propusiera... Tú déjame á mí.

ADOLFO

Sí, te dejo; sí, te dejo. *(Siguen hablando.)*

GONZALO

(A Carmen.) Procure usted convencer á Ramón de que no hay inconveniente en conceder ese puesto á este chico. Se trata del porvenir de un matrimonio enamorado. Todos podemos contribuir á su felicidad, usted que es tan buena...

CARMEN

Se lo ruego á usted, Gonzalo; con usted no es posible saber nunca si habla usted en burlas ó en veras; pero burlas ó veras, no pretenda usted mi complicidad en sus combinaciones. Yo solo puedo decirle á usted que hace usted mal, Gonzalo, hace usted mal, ahora... y siempre.

GONZALO

¿No perdonará usted nunca?

CARMEN

Lo he perdonado todo. Yo sí que no puedo perdonarme. Á pesar mío, debí seguir tratando á usted como amigo, porque no estamos solos en el mundo, y cuando se casó usted con Isabel, para considerarme algo menos indigna de su amistad creí que debía confesárselo todo. Aunque no fué en su ofensa, bastaba para que me hubiera cerrado las puertas de su casa, justificando con todo el mundo el motivo ó exponiéndome á no poder

justificarlo... Pero supo perdonarme ó compadecerme, á lo menos, y cree usted que puedo corresponder á su generosa lealtad con la sombra siquiera de una traición que Isabel no merece de nadie, de usted y de mí mucho menos.

GONZALO

Pero ¿quién dice que es una traición lo que yo propongo? ¿O es que la amistad de Isabel le hace á usted participar de sus celos?

CARMEN

¡Oh! Sí, tiene usted derecho á creerlo. ¿Porqué ha de parecerle á usted más verdadero el arrepentimiento de ahora que la virtud de entonces?

GONZALO

No he querido ofender á usted.

CARMEN

Lo supongo. No es usted tan cruel. Piense usted que aún no he llorado bastante á solas, para que no me cueste mucho todavía contener mis lágrimas delante de todos.

ADOLFO

(A Luisa.) Mandaré á pedir esos valses y todo lo que usted quiera.

LUISA

Para destrozarlos, porque ya ha visto usted que soy una calamidad.

ADOLFO

Será falta de estudio, de práctica, porque tiene usted condiciones... ¡Oh, sí! Condiciones de gran pianista; tiene usted dedos, tiene usted corazón, siente usted la música; no le falta á usted más que aprovecharse de todo eso... y tocar. Y la música es la medicina del alma; cuando está uno triste, no hay nada que consuele como la música. Si no hubiera sido por la música yo no hubiera podido soportar mis amores con Josefina... ¡Cuántas contrariedades!... Todo se oponía á nuestro amor... una novela, señorita. Nuestras familias, Capuletos y Montescos... nosotros Romeo y Julieta. Hubo día en que pensamos morir como ellos para que nos sepultaran en la misma tumba.

LUISA

¿Sí? ¡Qué felices serían ustedes!

ADOLFO

¿Usted no ha amado nunca, señorita?

LUISA

Nunca, nunca. ¿No ve usted que papá me espanta á todos los pretendientes? En seguida les pregunta con qué cuentan, y los más simpáticos son precisamente los que no cuentan con nada. En cambio los que tienen dinero y quieren casarse en seguida, ya se sabe, todos tontos de capirote.

GONZALO

(A Isabel y María Antonia.) Vosotras ¿no queréis venir al teatro? Hemos pensado ir á ver esa pieza nueva que ha gustado tanto. A Josefina y Adolfo les divertirá mucho, es muy española; cantan y bailan jotas y tangos.

ADOLFO

¡Oh! ¡Ya lo creo! La música y las danzas españolas me entusiasman. Nosotros hemos sido siempre españoles de corazón. En París yo siempre que iba á un baile *masqué*... ya se sabe, de torero.

MANUEL

¿De toreador?

ADOLFO

¡Ah! Un traje precioso, auténtico, de peluche *rose*, *paillette* de oro y verde, el fígaro con claveles bordados, el sombrero redondo con su cocarda roja, embozado en mi gran capa española y en la faja mi gran espada para matar al toro.

MARÍA ANTONIA

(A Josefina.) ¿Y usted?

JOSEFINA

Yo, de Carmen.

MARÍA ANTONIA

¿Con la navaja en la liga?

JOSEFINA

No; no se hubiera visto. En el peinado, un cuchillo precioso atravesado en el pelo, así, entre dos peinas, con la hoja brillante abierta y un letrero grabado que decía. «¡Tu corazón!»

RAMÓN

¡Anda, salero!

ADOLFO

También decía eso ¡anda, salero! Se lo escribiría á usted papá.

RAMÓN

Sí. No tenemos que escribirnos otras cosas cuando nos escribimos.

GONZALO

Si hemos de ir al teatro... *(A Isabel.)* Tú has dicho que no quieres venir, ¿verdad?

ISABEL

Sí, ya lo has oído.

MARÍA ANTONIA

(Bajo á Isabel.) Sí, ya lo ha oído... pero tú no se lo has dicho.

ISABEL

(A Josefina.) Ustedes perdonarán... Sería despedir á estos amigos.

GONZALO

(A Ramón.) ¿Si quieres acompañarnos?

RAMÓN

Nosotros, no. Yo tengo que pasar un instante por el Casino; vosotras podéis acompañar un rato más á Isabel; en seguida os mandaré el coche.

LAURA

Yo también me retiro, tengo que madrugar mucho. ¡La de cosas que debo hacer mañana!

MANUEL

¿Sí? Dígame usted el itinerario para hacerme el encontradizo.

LAURA

¿Piensa usted madrugar?

MANUEL

Pienso no acostarme.

LAURA

Pues verá usted. Tengo que ir al Banco á firmar.

MANUEL

Allí no me encontrará usted. Sería inverosímil.

LAURA

Después á una Junta; después á la sopa.

MANUEL

Allí puede que me encuentre usted el mejor día.

LAURA

Después... ¡Ay! Digo que ya debía haber ido hoy á llevar á San Antonio la participación que le ofrecí en un décimo de la lotería.

MANUEL

¿Le ha tocado á usted la lotería?

LAURA

Nada, un premio chiquitín, treinta pesetas.

RAMÓN

¿Y qué le corresponde al santo?

LAURA

Dos pesetas. ¡Pobre santo mío, es más bueno!

RAMÓN

Y de la última venta de acciones ¿no le dió usted participación? Porque de eso sí le hubiera correspondido un buen pico.

LAURA

No tomen ustedes á broma estas cosas.

RAMÓN

Las acciones, ¿verdad?

LAURA

No, señor; á los santos.

RAMÓN

No, amiga mía; la que parece que los toma á broma es usted.

GONZALO

Cuando ustedes quieran...

RAMÓN

(Despidiéndose.) Isabel, siempre suyo.

ADOLFO

Señoras, hasta muy pronto. El placer de visitar á ustedes es tan grande, que abusaremos de él con frecuencia.

JOSEFINA

Acabarán ustedes por decir que somos unos pelmazos.

MARÍA ANTONIA

De ningún modo.

ADOLFO

(A Carmen y Luisa.) Señora, señorita... encantado... encantado... *(A Laura.)* Recibirá usted los figurines. *(A Luisita.)* Y usted, los figurines y los valses.

GONZALO

Carmen... Luisita, muy buenas noches. Hasta luego, Isabel.

LAURA

(A Isabel.) Tardaremos en vernos. En toda esta semana no se puede contar conmigo. ¿Usted se queda, Manuel?

MANUEL

Un ratito todavía. *(Saludos, despedidas, etc., etc. Salen Laura, Josefina, Gonzalo, Ramón y Adolfo.)*

ESCENA V

ISABEL, MARÍA ANTONIA, CARMEN, LUISA y MANUEL

MANUEL

¿Dejamos que lleguen siquiera al portal para murmurar?

ISABEL

No lo permito. Ya sabe usted que no me agrada.

MARÍA ANTONIA

¡Qué matrimonio! Estos son de los que vienen decididos á la conquista de Madrid y se salen con la suya. Ya lo verán ustedes. *(Pausa.)*

MANUEL

¡Qué silencio!

LUISA

Habrá pasado un ángel.

MARÍA ANTONIA

O un demonio... ¿Quién sabe? Cuando se calla tan á tiempo suele ser porque todos piensan en lo mismo, y no es preciso hablar para entenderse.

CARMEN

Puede que tengas razón.

MARÍA ANTONIA

Yo dejo á ustedes.

ISABEL

¿No esperas á Pepe? Decía en su carta que vendría á buscarte.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; puedo esperarle sentada. Sabe Dios á qué hora se descolgará. Y si viene y no me encuentra, mejor.

ISABEL

Espera un poco. Sí vendrá.

MARÍA ANTONIA

No, no; por lo mismo. Además estoy muy nerviosa, de muy mal humor. ¿Para qué voy á ocultarlo? Tengo una idea y cuando yo tengo una idea, hasta que no la veo realizada...

ISABEL

¿Qué será? ¡Dios mío! Me asustas.

MARÍA ANTONIA

Ya lo sabrás. Hasta... hasta mañana, sí, hasta mañana, Carmen, Luisita...

ISABEL

Que te acompañe Manuel.

MARÍA ANTONIA

¿Para qué? Si él está aquí muy á gusto, muy tranquilo...

MANUEL

¡No faltaba más! Voy con usted; señora, Luisita, Isabel...

ISABEL

¿Cumplirá usted su palabra?

MANUEL

Descuide usted.

CARMEN

Adiós, María Antonia; que se calmen tus nervios; no sabes lo que siento verte triste.

MARÍA ANTONIA

Lo sé. Adiós, adiós... ¿Vamos?

MANUEL

Cuando usted quiera. *(Salen los dos.)*

ESCENA VI

ISABEL, CARMEN y LUISA

CARMEN

¡Pobre María Antonia! Son las primeras desilusiones de su matrimonio.

ISABEL

Las más tristes, las más crueles. Nosotros sabemos algo de esto, ¿verdad? Luisita nos escucha asustada. No te asustes, eres muy niña; por mucho que te advierta nuestra experiencia triste, no perderás ahora ninguna de tus ilusiones, no evitarás después ningún desengaño. Nadie aprende á vivir por la experiencia ajena. Lo mismo que tú á nosotras, oímos nosotras á nuestras madres, y nuestras madres oirían á las suyas, y todas entregamos el corazón enamorado con la misma fe y las mismas ilusiones. La vida sería aún más triste si al empezar á vivir supiéramos ya que solo vivíamos para renovar el dolor de los que vivieron antes.

LUISA

María Antonia no debió casarse con Pepe; ¡para ser feliz solo debe una casarse muy enamorada! Yo no me casaré de otro modo; con un hombre á quien yo quiera con toda mi alma, que me quiera lo mismo, y entonces, ¿qué razón habrá para que no seamos muy felices? Como lo hubiera sido María Antonia si se hubiera casado con Enrique. ¡Pobre hermano mío! Fué una locura de los dos; yo no he podido comprender todavía porqué dejaron de quererse. Supongo que la culpa fué de Enrique. Alguna ligereza suya que María Antonia no quiso perdonar.

CARMEN

Calla, hija mía... No sabes cómo me atormenta...

ISABEL

¿Y qué dice Enrique? ¿Qué les escribe á ustedes?

LUISA

Escribe muy triste. Papá le despidió con tanta severidad. Es muy severo con todos nosotros. Cree que no le queremos bastante.

CARMEN

Ramón es muy bueno; pero cree que no puede darnos mayor prueba de cariño que trabajar sin descanso para enriquecernos. Cuando rechaza con mal humor una caricia de sus hijos, porque está preocupado con algún negocio, quisiera que sus hijos agradecieran el mal humor porque representa unos cuantos miles que gana para ellos.

LUISA

No sabe agradecer que el corazón no sepa tanto de cuentas.

CARMEN

A mí también llegaron á parecerme odiosas. Después, á costa de muchas tristezas, ya sé que si el cariño verdadero existe, solo está en esa prosa de la vida, y entre su aridez y su vulgaridad hay que saber encontrarlo, si no queremos llorar toda la vida algún error irreparable.

ISABEL

Los hombres, siempre egoístas, siempre indiferentes á nuestros sentimientos... Pero estamos

asustando á Luisita; esta noche vas á soñar con algún matrimonio desgraciado, como cuando somos chicas y hemos oído cuentos de ladrones ó fantasmas. No, no hagas caso de nosotras, no te preocupes; son cuentos de viejas... ¡Ah! Pepe cumple su palabra, y María Antonia que no quiso esperarle...

ESCENA VII

Dichos y PEPE

PEPE

¿Cómo va? Carmen. ¡Luisita, estás guapísima! ¿Y María Antonia?

ISABEL

Creyó que no venías... Dijo que tenía mucho sueño y no quiso esperarte.

PEPE

Sí. Habrá estado de un humor toda la noche...

ISABEL

Nerviosilla. ¿Y esa lectura, era tan interesante?

PEPE

No, no era interesante, no lo preguntes con intención; pero era un compromiso de amistad... María Antonia no se hace cargo de nada.

ISABEL

Y los hombres tampoco os hacéis cargo de nada. No es que yo dé la razón á María Antonia, pero hemos de hablar los dos. Por primera vez, sin título absoluto para ello, voy á sentirme suegra.

PEPE

En otra ocasión, porque ahora voy corriendo á casa; quiero que María Antonia sepa que he venido temprano.

ISABEL

Espera un momento. No será larga la conferencia.

CARMEN

¿Quiere usted preguntar si ha vuelto nuestro coche?

ISABEL

No es secreto, no se retire usted por eso; ustedes son de la familia... Porque estén ustedes delante no he de hablar menos seria con Pepe, ni él ha de oirme con menos paciencia.

CARMEN

Por lo mismo que hay confianza entre nosotros dejamos á ustedes. Que la reprensión no sea tan pública y que sea más severa. *(Isabel llama y sale un Criado.)*

ISABEL

¿Sabe usted si espera el coche de la señora?

CRIADO

La señora llegó hace un rato.

CARMEN

Adiós, entonces... Isabel... Pepe... tenga usted la seguridad de que será por su bien cuanto Isabel le diga.

PEPE

No lo dudo, señora... Si María Antonia fuera como ella...

CARMEN

Cierto; si todos fuéramos como ella... pero quién sabe las lágrimas que le ha costado ser como es.

LUISA

Isabel...

ISABEL

Adiós, hija mía... Y perdona si hemos empañado un poco el cielo de tus ilusiones. Es que hoy había nube. *(Salen Carmen y Luisa.)*

ESCENA VIII

ISABEL y PEPE

PEPE

¿Qué ha dicho María Antonia? ¿Qué dice de mí? ¿En qué motivos funda su disgusto?

ISABEL

No dice nada; no funda su disgusto en ningún motivo particular... Es inquietud, presentimiento de algo que tú mismo has de confesar, que todos hemos tenido motivos para conocer, y una mujer antes que todos.

PEPE

Pues no hay razón, todos estáis equivocados.

ISABEL

¡Bah, Pepe! Fingimientos conmigo... Dí que te importe más ó menos; que por la importancia que tú le des juzgas la que debe darle tu mujer y debemos darle los demás; pero no digas que no hay algo y que tu vida no ha variado por completo de algún tiempo á esta parte. La mejor cualidad que tenéis los hombres es que no sabéis fingir; la vanidad hace siempre traición á vuestra prudencia y aun á vuestro interés. La mujer más humilde podía ser enamorada de un rey, y es posible que nadie lo supiera por ella; ¡pero desdichada la reina enamorada de un hombre cualquiera! él se encargaría de contárselo á todo el mundo, aunque le fuere la vida en ello.

PEPE

Si tienes esa opinión de nosotros...

ISABEL

En serio, Pepe... Si el cariño no sacrifica nada, ¿en qué podemos distinguirlo de la indiferencia?

Yo sé bien que para los hombres, sin propósito de vuestra parte, hay siempre mil ocasiones de aventuras en las que no ponéis nada de vuestro corazón... pero atormentáis el de la mujer que os entregó el suyo por entero, con todas sus ilusiones, para toda su vida. Los hombres os creéis muy seguros de vosotros mismos, antes de comprenderlas, ya fijáis el límite á vuestras aventuras de amor y pretendéis que esa seguridad sea también la nuestra; pero del corazón no puede responderse nunca, es peligroso jugar con él, ni con el propio ni con el ajeno. Resignarse es muy difícil, lo sé por experiencia... y acaso no es virtud, es temperamento, pero hay quien no se resigna y protesta y lucha... y ya te lo dije, con el corazón no se debe jugar, es muy peligroso.

PEPE

Pero ¿cómo podría yo convencerte? ¿Quién puede haberte dicho?...

ISABEL

¡Pobre Pepe! Pero ¿crees que á mí puedes engañarme? Al lado de mi Don Juan, el que yo tengo... ¿qué valen tus recursos ni tus protestas? Y solo con mirarle á la cara leo de corrido en su pensamiento.

PEPE

¿Y crees que todos somos lo mismo? Empiezo á sospechar que eres tú quien pone en cuidado á María Antonia.

ISABEL

Si eres capaz de creerlo, te aseguro que no volveré á decirte una palabra. Me intereso por vuestra felicidad, quise avisarte á tiempo. ¿No lo agradeces?... Bien está. ¿Qué es eso? María Antonia.

ESCENA IX

Dichos y MARÍA ANTONIA

PEPE

¡María Antonia! ¿Qué significa?

ISABEL

¿Cómo vuelves?

MARÍA ANTONIA

No quería que me encontrases en casa, pero me alegro de encontrarte aquí. ¿No me esperabas? Ya te dije tenía una idea, y que no dormiría tranquila hasta salir con ella... Mira... *(arrojando unas cartas y unos retratos)*. Ya sabes lo que es, ya lo conoces...

PEPE

¡María Antonia!

ISABEL

¿Qué has hecho?

MARÍA ANTONIA

Ahora niega; ahora di que son mis nervios de

niña mal criada; ahora di que no es posible soportarme, que no te dejo vivir. ¿Qué más vida quieres? Mira... mira... retratos, cartas... ¡Qué caprichosos todos! ¡Qué bonitos!

PEPE

¡Qué locura! Si eso quiero, que Isabel se entere de todo; que juzgue si hay motivo para esta escena de celos de sainete; ¿unas cartas? Muy interesantes... Cartas que se le escriben á cualquiera, á un amigo... cartas de una artista... retratos de artistas... porque no es una sola ni de una sola persona.

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; pero no todos son lo mismo.

PEPE

Creerás que tienen mucho valor para mí estos tesoros. Antes de ahora lo hubieras visto si no hubiera estado seguro de que antes, como ahora, creerías lo mismo.

MARÍA ANTONIA

Si no hubiera podido ver nada ni antes ni ahora, no tenía que creer nada. ¡Qué las cartas no dicen nada! ¡Ya lo creo!... Lee cualquiera, ésta... Como te dije ayer... Otra... Como ya sabes... y aquí... Como quedamos ayer... Cada carta supone una entrevista, y es claro, para qué decir nada si estaba todo dicho. Si no tienen nada de particular.

ISABEL

¿Quién sabe?

PEPE

Por eso las guardaba yo, y muy bien, cuando tan fácilmente has dado con ellas, entregándote por lo visto á la tarea de descerrajar mis muebles, con ayuda de algún criado tal vez, para mayor discreción.

MARÍA ANTONIA

Nunca me olvido del respeto que me debo á mí misma. Me basto yo sola para averiguar lo que tengo derecho á saber de cualquier modo.

PEPE

Y yo me alegraría si fuera para saber la verdad y para creerla, no para inventar lo que solo existe en tu imaginación.

MARÍA ANTONIA

Sí; he soñado... nada de esto es verdad, es que estoy loca, son los nervios; por eso he decidido ponerme en cura, y vengo aquí á buscar tranquilidad y reposo y olvido sobre todo.

PEPE

Sí; te ha faltado tiempo para venir aquí á dar el espectáculo. ¿Qué dirá tu padre? ¿Qué dirá Isabel? ¿Qué dirá todo el mundo?

MARÍA ANTONIA

Solo debías pensar en lo que yo digo. Y yo te

digo que no vengo aquí á dar espectáculo de ningún género, sino, al contrario, á no dar ninguno, á quedarme aquí muy tranquila como si nada hubiera pasado, como si nunca nos hubiéramos visto, como si todo esto lo hubiéramos soñado. ¿Entiendes?

ISABEL

¡María Antonia!

PEPE

¿Qué estás diciendo? Pero ¿tú crees que eso es posible?

MARÍA ANTONIA

Lo veremos.

PEPE

Claro está que lo veremos. ¿Puedes consentir que nos pongamos en ridículo ante tus padres, ante todo el mundo? Si por suposiciones fuera, yo también podía haber supuesto que, cuando un íntimo amigo mío se atreve á declararse á ti, es porque algo podía justificar ese atrevimiento.

MARÍA ANTONIA

¿Oyes qué infamia?

ISABEL

¡Por Dios, Pepe! ¿Qué dices?

PEPE

No; si yo no he creído, ni puedo creerlo. Hallé un pretexto para distanciarle de mi amistad sin

que á nadie pueda extrañarle, y no dirás que me di por entendido de nada, ni que te ofendí nunca con la menor sospecha, como haces tú conmigo.

MARÍA ANTONIA

¡No faltaba más! No estamos en el mismo caso.

PEPE

No lo sabemos. No es cuestión de motivos: es cuestión de prudencia.

MARÍA ANTONIA

Pero ¿te atreves á decir?... ¡Oh! ¡Qué infamia, qué infamia! Se atreve á decir que podía haber sospechado de mí... Y callaste por prudencia, ¿verdad? Pues esa prudencia es una prueba más de tu cariño..., porque, ya ves, yo no puedo callar: yo soy más imprudente.

ISABEL

¡Por Dios, María Antonia!

MARÍA ANTONIA

Hemos concluído; que me deje..., que se vaya...; yo me quedo aquí, en mi casa..., con mi padre..., contigo..., contigo sobre todo. ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

ISABEL

No por mí, ¡por tu madre te lo suplico, reflexiona!, no puede ser.

PEPE

No; es inútil. Estaba previsto: era lo que buscaba, un escándalo.

MARÍA ANTONIA

Sí, he sido yo...; ¡son mis nervios, mis nervios!

ISABEL

¡Silencio! Vuelve tu padre...; por lo que más quieras, que no se entere; que no sepa... Pepe, ¡por Dios, María Antonia!, que no os vea si no sois capaces de disimular.

PEPE

Yo, por mí...

MARÍA ANTONIA

Sí, sí; lo seré. Sabré fingir; ¡será por tan poco tiempo!...

PEPE

Sí; mañana espero que podremos hablar con tus padres con más tranquilidad.

ISABEL

Sí; mañana, mañana. ¡Por Dios, seca esas lágrimas!

ESCENA X

Dichos y GONZALO

GONZALO

¡Hola, hola! ¿Todavía por aquí?

PEPE

Sí; ya nos íbamos; es muy tarde; esperamos un poco por despedirnos de ti.

GONZALO

Me fuí al teatro con el matrimonio de París, por acompañarles... ¿Y esa lectura?

PEPE

¡Phs!... No puede juzgarse por una lectura.

MARÍA ANTONIA

Hasta mañana, Isabel; adios, papá.

GONZALO

¿Pasó ya el nublado?

MARÍA ANTONIA

Sí, ya pasó todo.

GONZALO

Tienes ojos de haber llorado... Las lágrimas las del perdón...

MARÍA ANTONIA

Sí..., ó del arrepentimiento.

PEPE

¿Piensas salir temprano mañana?

GONZALO

No. ¿Porqué?

PEPE

Para venir á verte. Isabel... ¿piensas decirle algo?

ISABEL

No lo sé; ahora no puedo pensar en nada... ¡Por Dios, Pepe!... María Antonia, ¡ten prudencia!; yo iré á verte mañana temprano. *(Salen Pepe y María Antonia.)*

ESCENA XI

ISABEL y GONZALO

GONZALO

¿Qué?... Hubo escena, ¿verdad?

ISABEL

No; como siempre... ¿Qué tal el teatro? ¿Se han divertido esos señores?

GONZALO

Mucho. La música es bonita; muy agradable.

Á ella le ha encantado, ¡naturalmente!... ¡Bailan un tango!...

ISABEL

Josefina habrá llamado la atención. Estaba muy guapa y muy bien vestida.

GONZALO

Sí; todo el mundo miraba al palco. Ya sabes: en Madrid, cuando se ve una cara nueva...

ISABEL

Y si la cara vale la pena...

GONZALO

Voy á mi despacho á escribir unas cartas, antes de acostarme... Mañana tengo que madrugar.

ISABEL

Pues no escribas esta noche.

GONZALO

No tendré tiempo mañana. ¡Ahora que me acuerdo: le dije á Pepe que no saldría temprano y tengo que salir!

ISABEL

¿Para qué?

GONZALO

Para ver á Ramón antes de la Junta.

ISABEL

Sí; para convencerle de ese nombramiento.

GONZALO

Y para otros asuntos... Voy á escribir esas cartas. *(Entra en el despacho.)*

ISABEL

¡Oye!...

GONZALO

(Dentro.) ¿Qué quieres?

ISABEL

Nada, nada... *(Isabel llama y entra un Criado.)* Avise usted á Lucila que vaya á mi cuarto. Voy á acostarme. *(Gonzalo canta dentro.)* ¡Estás muy alegre!

GONZALO

Es esa musiquilla que sin querer se pega al oído.

ISABEL

Pero no será así, porque sería horrible.

GONZALO

Es que ya sabes el oído que yo tengo. *(Sigue cantando.)*

ISABEL

Nada, lo dicho; que estás muy alegre.

GONZALO

Y ¿sientes que esté alegre?

ISABEL

No... no... Tú sabrás porqué estás alegre. *(Pau-*

sa. Isabel rompe á llorar. Gonzalo aparece de pronto é Isabel al verle procura serenarse.)

GONZALO

Oye, Isabel: se me olvidaba decirte una cosa...

ISABEL

¿Qué?... ¿Qué quieres?

GONZALO

Pero ¿qué te pasa? ¿Porqué lloras? Estabas llorando: ¿qué tienes?

ISABEL

Nada, nada. No quería decírtelo, pero María Antonia está muy disgustada; está celosa; sabe que Pepe...

GONZALO

¡Bah!... ¡Qué tontería! ¿Quién hace caso? Nervios de niña mimada.

ISABEL

Es que... no sabes...

GONZALO

Ni ahora quiero saber nada. Tengo que escribir cartas de negocios y no puedo preocuparme por esas menudencias... ¡Además, te lo he dicho, estoy muy alegre y no quiero ponerme triste!

ISABEL

Haces bien; cuando se está alegre...

GONZALO

Pero ¿qué te pasa? ¡Dichosos nervios! En seguida escribo esas cartas y me dirás todo lo que quieras... Hasta luego. *(Entra en el despacho.)*

ISABEL

(Desde la puerta.) Hasta mañana. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN, LAURA, LUISA y GONZALO

ISABEL

Nada, no sales; convénzanle ustedes, ayúdenme ustedes.

LAURA

De ningún modo, no debe usted salir.

CARMEN

Es una locura.

GONZALO

Pero si me encuentro perfectamente y voy en coche y muy abrigado.

ISABEL

Pero ¿qué tienes que hacer?

GONZALO

Debo ir á las oficinas.

ISABEL

¿Para qué? Ya sabes lo que te dijo Ramón, que no hacía ninguna falta que fueras.

CARMEN

Ramón le tendrá á usted al corriente de todo. ¿Quedó en venir hoy? ¿No viene todos los días?

GONZALO

Sí, pero es muy molesto para él, que ya tiene bastantes ocupaciones.

LAURA

Vaya, no sea usted pesado. Es usted peor que un chico; si no está usted bueno todavía. Tiene usted mala cara.

ISABEL

¿Verdad que sí? Y está muy débil, no se alimenta.

LAURA

¿Y quiere usted salir? Fuera ese abrigo, venga el sombrero, ¡se acabó!; quietecito en casa. Y si se pone usted pesado, le acostamos á usted á la fuerza.

GONZALO

Como ustedes quieran. No porfío.

LAURA

¡Pues está bueno el día! Yo he tenido que hacer mi visita á los pobres y creí que me llevaba el aire.

ISABEL

El doctor le ha dicho que no debe salir todavía.

LAURA

Mire usted que hay una de pulmonías embozadas... Es una de morirse gente conocida...

GONZALO

Pues si se muere tan buena gente... ¿Y qué es lo que más se lleva ahora para morirse?

LAURA

No bromee usted con esas cosas. ¿Y dices que no se alimenta?

ISABEL

Nada. No sé cómo puede tenerse...

LAURA

Eso no puede ser. Ahora mismo va usted á tomar cualquier cosa. ¿Qué le apetece á usted?

GONZALO

Pero, querida amiga...

LAURA

A la fuerza. *(Toca el timbre y entra un Criado.)* Usted dirá lo que pido.

ISABEL

No: ahora debía tomar unas píldoras que le han mandado y tampoco quiere tomarlas.

LAURA

¿Que no? Vengan acá esas píldoras.

GONZALO

Pero, Laura...

LAURA

Abra usted la boca; ¿cuántas debe tomar?

ISABEL

Dos.

LAURA

Tome usted tres. Vamos, abra usted la boca; una, dos...

GONZALO

Que me ahogo.

LAURA

¡Agua, agua!

LUISA

¡Agua, pronto! ¡Que se ahoga!

GONZALO

¡Por Dios, no alarmen ustedes, ya pasó!

LUISA

¡Ay, qué susto!

LAURA

Ahora, la otra...

GONZALO

No; basta ya. Muchas gracias.

LAURA

No dirá usted que no le cuidamos.

GONZALO

Lo agradezco.

LAURA

Y cuidado que no merece usted el interés... ¡Si nos hubiera usted visto el día del arrechucho!...

LUISA

Lloramos por usted como si se hubiera usted muerto.

LAURA

Mucho más.

GONZALO

Son ustedes muy buenas conmigo.

LAURA

Yo hice un ofrecimiento. No se lo digo á usted porque se va usted á reir.

LUISA

Y yo otro.

ISABEL

¡Pobre Luisita! ¿Qué ofreciste?

LUISA

He ofrecido no ir al teatro en todo lo que queda de este mes.

CARMEN

Y no nos ha dicho nada. Su padre estaba muy preocupado porque anoche no quiso venir al Real.

LAURA

Yo he ofrecido más que eso. He ofrecido hacer las paces con mi cuñada Vicenta, con la que hace seis años que no me hablo. Y bien sabe Dios que es el mayor sacrificio que puedo hacer, porque las paces serán para reñir más fuerte á los dos ó tres días.

GONZALO

¿Y por mí va usted á tener ese disgusto? Y su pobre cuñada sin ofrecerlo.

LAURA

Que se aguante. Es una tarasca. A mi pobre hermano le mató á disgustos.

CARMEN

(A Isabel.) ¿Está usted más tranquila?

ISABEL

Sí; el médico asegura que no ha sido nada.

LAURA

Ahora debe usted descansar una temporada en un clima templado; en Málaga, en Niza... Si se deciden ustedes por Niza, les acompaño á ustedes. No le conozco, y su Casino de Montecarlo con su ruleta me seduce.

ISABEL

¡Por Dios, Laura! ¿Sería usted capaz?

LAURA

¿De probar fortuna? Ya lo creo.

CARMEN

(A Isabel.) ¿No ha hablado usted con Ramón?

ISABEL

No, ¿porqué?

CARMEN

Tenía que decirle á usted algo.

ISABEL

¿Referente á?...

CARMEN

Sí; no tardarán en volver á París.

ISABEL

¿Cree usted?...

CARMEN

Era lo natural; después del escándalo. Debe usted estar muy contenta. Ha concluido del mejor modo posible. Porque, créalo usted, esa mujer es de mucho cuidado.

ISABEL

¿Quién sabe todavía?... Nunca he visto á Gonzalo tan preocupado... Si era una verdadera pasión.

CARMEN

No lo crea usted.

LAURA

(A Gonzalo.) Se sabe todo. Estaba usted enamorado como un colegial. Paseitos por la Moncloa y la Casa de Campo... un dineral en regalos... Todas mis amigas le han visto á usted de tiendas

en esta temporada... Joyerías, floristas, confiterías... ¿También era golosa? En fin, hasta le han visto á usted comprar una pandereta con toreros y madroños.

GONZALO

¡Cuando la gente da en hablar! Como si fuera raro en mí andar de compras como esas... Encargos de corresponsales ó amigos del extranjero; á lo mejor piden cosas de España para un regalo, para un recuerdo...

LAURA

Así se explica lo de la pandereta y hasta que enviara usted un par de banderillas. Pero ¿encargar joyas y flores á Madrid?...

GONZALO

Yo tengo que obsequiar á mucha gente. Hoy es la hija de un corresponsal que se casa, mañana la mujer de otro á quien debo agradecer atenciones.

LAURA

Pues amigo mío, debe haber sido una temporada de bodas y de agradecimientos, que á pocas como ésta le dejan á usted arruinado.

GONZALO

Pero ¿qué ha oído usted? Vamos á ver. Me interesa saberlo por usted, porque usted oye á mucha gente y oye usted muchas cosas.

LAURA

Esta vez todas las versiones concuerdan; la campanada ha sido mayúscula.

GONZALO

¡Habladurías! ¿Qué sabe usted?

LAURA

Que el marido, colocado por usted en las oficinas de la Sociedad, abusaba de la protección de usted con sus subalternos; que uno de ellos, harto de aguantarle los humos, se descaró un día y allí salió la historia á relucir, con gran regocijo de todos... Se temió que hubiera lances de honor. Usted pasó el disgusto consiguiente, ella es de suponer que también lo tendría... El marido no debió disgustarse mucho, porque no se sabe que haya tomado mejor determinación que renunciar el cargo, y aun eso por consejos muy reiterados y muy expresivos de la Junta de Accionistas, de su amigo de usted Ramón sobre todo. ¿Tiene usted algo que rectificar? ¿No es esa la historia?

GONZALO

Por esta vez no está muy falseada.

LAURA

Y su pobre mujer...

GONZALO

No sabe nada.

LAURA

O usted quiere figurárselo para tener un remordimiento menos. ¡Qué hombres! ¡Qué mundo! ¡Dichosa la hora en que no me casé!...

GONZALO

Pero ¿fué cuestión de una hora?

CARMEN

Acércate, Luisita. ¡Pobrecilla! Anda de un lado para otro.

LUISA

Comprendí que no debía escuchar lo que hablaban ustedes, me acerqué allí y comprendí que tampoco debía escuchar... ¿Cuándo tendrá una edad para oirlo todo?

LAURA

Cuando menos te importe, porque ese día ya no tendrás que oir nada nuevo...

ESCENA II

Dichos y RAMÓN

RAMÓN

Veo que está bien asistido el convaleciente.

GONZALO

¿Asistido? Secuestrado. No me dejan salir, quería haber ido á la oficina.

RAMÓN

Eso no; toma esas cartas que he recogido para ti. Laura, usted perdone, no saludé al entrar. ¿Recibió usted el anuncio que me pidió del nuevo empréstito? Se lo envié á usted en seguida.

LAURA

Sí, muchas gracias. Era por curiosidad nada más.

RAMÓN

No creo que le convenga á usted. *(A Isabel.)* ¿Qué ha dicho el médico?

ISABEL

Ya le ha dado de alta; pero con este tiempo no debe salir todavía.

RAMÓN

Claro que no.

CARMEN

Ya que ha venido Ramón y está usted acompañado, le dejamos á usted.

GONZALO

Acompañen ustedes á Isabel. Nosotros pasamos á mi despacho.

CARMEN

No; Isabel ha dicho que sale también.

GONZALO

¿Tú?

ISABEL

Quiero ir un momento á casa de María Antonia; estoy intranquila; ayer mandó recado de que estaba enferma, y como hoy no ha venido, ni Pepe tampoco... ya que Ramón te acompaña...

GONZALO

Sí, sí; vé si quieres. Pero no creo que les ocurra nada... Hubieran avisado.

LAURA

Salimos juntas. Le deseo alivio por completo.

GONZALO

Descuide usted. La convalecencia se presenta muy franca.

LAURA

Así sea, y que no tenga usted una recaída, que son muy peligrosas.

CARMEN

Gonzalo...

GONZALO

Adiós, Carmen. Adiós, Luisita.

ISABEL

Que no hablen ustedes mucho de negocios ni de cosas serias, ni le deje usted fumar. Yo vuelvo en seguida. *(Salen Isabel, Carmen, Laura y Luisita.)*

ESCENA III

GONZALO Y RAMÓN

RAMÓN

¿Cómo te encuentras?

GONZALO

¡Qué se yo! Mal, aburrido, nervioso.

RAMÓN

El fracaso, ¿verdad? Porque todos sabemos que esa mujer se ha divertido lindamente á tu costa, entreteniéndote con esperanzas á cambio de realidades positivas. ¡Digno remate de un Don Juan que no supo retirarse á tiempo! Por fortuna no tardará en largarse en compañía de su bondadoso marido.

GONZALO

Está bien. Le habéis obligado á renunciar el cargo; os empeñásteis en dar proporciones al escándalo. Cuenta con mi dimisión y con que no volveré á ocuparme para nada de la Sociedad.

RAMÓN

Como si cantaras.

GONZALO

¿Puedo consentir que cualquier empleadillo insubordinado me ponga en ridículo delante de to-

dos y que vosotros celebréis la gracia y le deis la razón?

RAMÓN

Si tu recomendado hubiera sabido estar en su puesto y no hubiera molestado á nadie con sus impertinencias...

GONZALO

¿Impertinencias? Porque les obligaba á cumplir con su deber; porque está acostumbrado á los empleados de su casa en París, donde la gente sabe obedecer y respetar á sus jefes; pero aquí, con nuestra democracia chirigotera, todos somos unos, todos somos hidalgos que trabajamos como quien hace un favor á cambio de palmaditas en el hombro y de familiaridades entre superiores y subalternos. ¡Así anda todo!

RAMÓN

Eso lo dices ahora porque te conviene. Tú eres el primero en tratar con afabilidad y con llaneza á todo el mundo, á la española, y por eso no te respeta nadie menos. Ese caballerito quería imponernos todo el ridículo autoritarismo de la burocracia francesa, de aquellos empleados que, apenas se ven detrás de una mesa-ministro ó de un ventanillo oficinesco, ya se creen de una aristocracia especial, superiores á los demás mortales.

GONZALO

Y si alguien tenía quejas, ¿porqué no decírme-

lo? Di que en todo esto hay una conspiración tramada por alguien...

RAMÓN

¿Por mí? ¿No es eso?

GONZALO

Por ti solo no; por ti, influído por tu mujer.

RAMÓN

¿Por Carmen? ¿Qué dices?

GONZALO

No; tampoco precisamente por ella; por Isabel. Son muy amigas, están muy unidas...

RAMÓN

Déjate de tonterías. No hubo conspiración; ni Isabel, aunque enterada de todo, influyó para nada con mi mujer, ni mi mujer conmigo, ni ¿en qué cabeza cabe que íbamos á procurar nosotros que anduviéseis en lenguas en las oficinas primero y después por todo Madrid?

GONZALO

Pues eso es lo que habéis conseguido, y traer á mi casa un infierno sordo, que es el peor de los infiernos.

RAMÓN

¿Un infierno?

GONZALO

Sí, tú lo sabes. Isabel no habla; pero su actitud

de mártir resignada es una acusación constante que yo no puedo tolerar; mis nervios saltan y estoy decidido á romper por todo. Prefiero que hable, que se indigne; tanta resignación me parece desprecio ó conformidad ó egoísmo. Lo que sea, solo me indica falta de cariño.

RAMÓN

Me parece que juzgas mal á Isabel, ó juzgas mal de ti si crees que al protestar indignada hubiese conseguido lo que no consiguió con resignarse. Cuando el cariño se aleja de nosotros, ¿qué medio para detenerle en su alejamiento? ¿Las amenazas, la violencia, el crimen pasional? ¿No es eso? Cuando el pájaro escapa de la jaula y vuela, ¿cómo recobrarle? O le disparas un tiro pensando, mío ó de nadie, y de este modo es seguro que le recobras, pero le recobras muerto; ó si le quieres como le tuviste, no te queda otro medio que esperar, esperar á que vuelva cuando nuestra jaula le parezca más dulce que su libertad.

GONZALO

No te conocía como poeta. Es un nuevo aspecto que nunca hubiera sospechado en ti.

RAMÓN

Nunca acabamos de conocernos unos á los otros. No soy poeta, pero puedo juzgar mejor el corazón de Isabel; como ella el tuyo, en algún tiempo yo también he sentido alejarse el cariño

de mi Carmen; su espíritu era algo soñador: nuestra vida era algo prosaica. Yo soy tan cerrado á idealidades, que sin tener asegurado el día de mañana, no ya soñar, hasta dormir me parecía un crimen, y solo pensaba en trabajar, pensando en mi mujer y en mis hijos naturalmente; pero el trabajo, lo que más me sujetaba á ellos, era también lo que más parecía separarnos. Y observé en Carmen tristeza y desvíos primero; frialdad, indiferencia después; después... después... ¡qué sé yo!... Si no hubiera estado tan seguro de su honradez, pude creer que su corazón ya no era mío y quise imponerme, y mis quejas fueron violentas, amenazadoras, y solo conseguí sumisión y respeto, las apariencias del cariño; pero el cariño se alejaba más cada día, y entonces... esperé; esperé trabajando como antes, con el mismo pensamiento, mi mujer y mis hijos; con el mismo cariño... el suyo, ¡siempre el suyo!... Y un día, sentado yo ante mis libros y papeles de cuentas, á mi espalda sentí unos brazos que me estrechaban, y junto á mi cara otra cara que se asomaba sobre las cuentas, y dos lágrimas que borraban unos números, y una voz que me decía con toda el alma: «¡Qué bueno eres, Ramón! ¡Cuánto te quiero!» Era el cariño que volvía; ¡el cariño que había comprendido por fin! ¡quién sabe de vuelta de qué imaginaciones!, que en esta nuestra vida de hoy, sin lanzas, ni espadas, ni moros, ni princesas, ni trovadores, toda la poesía está en el deber cumplido, el que nos corresponde á cada uno; el trabajo pro-

saico sin poesía y sin gloria, que no todos podemos aspirar á ella... es decir, todos sí, que si para los que trabajan en algo grande, la gloria es cariño que viene de lejos y de todas partes, para los que trabajamos en reducida esfera, para nosotros... para los nuestros... su cariño es nuestra gloria, la gloria de los humildes, de los ignorados; una gloria que está muy cerca de nosotros y por eso mismo llega más pronto al corazón.

GONZALO

Pero ¿pudiste dudar nunca de que esa gloria te faltara, del cariño de Carmen, del de tus hijos?...

RAMÓN

Pude dudar de ellos; de mí no dudé nunca y esperé... como espera Isabel; por eso te dije que nada sabías de su corazón, como nada sabías del mío.

GONZALO

¡Si nunca me hablaste como hoy! ¿Qué podía yo saber? Es verdad; nunca acabamos de conocernos ó nos conocemos demasiado tarde.

ESCENA IV

Dichos, un CRIADO y después ADOLFO

CRIADO

Con permiso. *(Entregando una tarjeta.)* Este caballero desea ver al señor. Dice que si ahora no

puede recibirle esperará ó volverá cuando el señor le indique, pero que á todo trance necesita ver al señor.

GONZALO

(Entregando la tarjeta á Ramón.) «Adolfo Barona...» Diga usted que no estoy.

CRIADO

Sabe que el señor está en casa...

GONZALO

Diga usted que no puedo recibirle.

RAMÓN

Es inútil, si se ha empeñado en verte. Y mejor es saber de una vez lo que quiere. Serán explicaciones enojosas y desagradables. ¿Quieres que le reciba yo?

GONZALO

No, pero quédate. Así será más corta y menos embarazosa la entrevista... Que pase. *(Sale el Criado y á poco entra Adolfo.)*

ADOLFO

Señores: ¿la salud es mejor, yo espero?

GONZALO

Algo mejor, gracias...

ADOLFO

Don Ramón...

RAMÓN

Muy señor mío...

ADOLFO

¿Su señora buena, yo espero?

GONZALO

Muy bien, gracias...

ADOLFO

(A Ramón.) ¿La de usted buena también, yo espero?

RAMÓN

Perfectamente.

ADOLFO

¿Y su encantadora hija?...

RAMÓN

Perfectamente.

ADOLFO

(A Gonzalo.) Usted esperaba verme. He dudado si escribir á usted, si visitarle personalmente. Josefina me aconsejó que viniera; son cuestiones delicadas para escribir. Cuando se habla, si se va demasiado lejos las palabras pueden reatraparse. ¿No es eso? Cuando se escribe, si uno se deja ir, las palabras quedan; usted ya sabe todo. Usted sabe que yo he sido insultado. Usted sabe que yo he debido matar á alguien...

RAMÓN

¡Hombre! Matar...

ADOLFO

Sí, sí, matar; si yo no pensara después fríamente. No he sido yo solo insultado; ha sido insultada mi mujer, y mucho más: ¡ha sido insultada la Francia!

RAMÓN

¡Hombre! ¿Querrá usted hacer de esto una cuestión internacional?

ADOLFO

Sí, sí; se ha dicho, á propósito de mí, que yo era como los maridos franceses.

RAMÓN

No haga usted caso. De esa opinión tiene la culpa la literatura.

ADOLFO

¡Ah! ¡Si yo no hubiera pensado fríamente!...

GONZALO

Usted exagera. En todo esto solo hubo por parte de usted desconocimiento de nuestro carácter, de nuestras costumbres, exceso de rigor ó de formalismo, como usted quiera; por parte de los que se atrevieron á ofender á usted, acaloramiento, mala educación; pero de eso á que usted quiera dar mayores proporciones al lance...

ADOLFO

Es que yo veo claro en todo esto; yo he hablado seriamente con mi mujer, y sé muy bien que

si nosotros hubiéramos pasado por todo nada de esto hubiera sucedido.

RAMÓN

¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO

Yo sé que mi mujer ha sido galanteada por alguna persona muy influyente; ¡yo no sé quién... ni quiero saberlo!...

RAMÓN

(Bajo á Gonzalo.) ¡Habrá desahogado!

ADOLFO

Lo que yo sé es que mi dignidad no me permitía permanecer en mi empleo; lo que yo sé es que ahora nadie me indemnizará de mi tiempo perdido, de mis gastos de instalación en Madrid, contando con una situación estable... Esta es mi ruina, como dice mi pobrecita mujer; para este viaje no necesitábamos... ¿Cómo se dice?

RAMÓN

¡Alforjas!

ADOLFO

Eso es; que esto ha sido una tomadura de pelo y... ¡como hay Dios que estamos aviados!...; eso es, ¡estamos aviados!

GONZALO

Si usted ha hecho gastos, si usted se cree perjudicado...

RAMÓN

Ya le ofrecí lo que necesita, y me contestó que ofendía su dignidad. ¿No fué así?

ADOLFO

Cierto... Uno no sabe lo que dice acalorado; pero yo pienso después fríamente. Yo sé bien que si yo no tuviera dignidad, yo hubiera conseguido tener mi puesto siempre y subir más alto y ganar mucho dinero como otros que, sin talento, sin servicios, sin que nadie pueda explicarlo, gracias á su mujer, han llegado, y después son los primeros que censuran y hablan de los demás.

RAMÓN

¿Qué dice usted? ¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO

Yo sé lo que digo, porque lo he oído decir á todo el mundo; si usted no lo sabe...

RAMÓN

En efecto, no lo sé, pero usted debe decírmelo; no tendrá usted la cobardía de callar el nombre.

ADOLFO

Ni la cobardía de decirlo por miedo.

RAMÓN

¿Eh?

GONZALO

(A Adolfo.) Agradeceré á usted que solo á mí se dirija, puesto que está usted en mi casa y conmigo solo deseaba usted hablar.

RAMÓN

No, deja...

GONZALO

Basta... No creo equivocarme al deducir por sus palabras que su mayor preocupación en todo esto es la cuestión... digámoslo así... la cuestión práctica... Esos gastos de que usted hablaba, esa indemnización que á usted le parece muy justa y que yo no he de regatear... Yo, mejor que nadie, puedo calcular los gastos de su instalación.

ADOLFO

Sí, sí, seguro... Josefina les consultaba á ustedes para todo. Yo nunca sé lo que cuesta nada... Ahora debemos hacer... ¿Cómo se dice?... Almoneda de todo... Hoy he puesto el anuncio... Si á ustedes les conviene algo, les haré precios de amigos.

RAMÓN

Muchas gracias.

GONZALO

Quedamos, entonces, en que mañana mismo será usted indemnizado cumplidamente; creo que no llevarán ustedes un mal recuerdo de nosotros.

ADOLFO

¡Oh, no! La pobre Josefina llora al solo pensamiento de *quitar* Madrid, y ella me dice siempre que si alguna vez ella es perdida, es aquí que debo buscarla. De modo que mañana dice usted que...

GONZALO

Descuide usted. Mañana mismo.

ADOLFO

Espero que aún tendremos el gusto de vernos.

GONZALO

Seguramente.

ADOLFO

Espero que usted sabrá apreciar mi corrección en todo este asunto.

GONZALO

Exquisito, querido Alfonso... Perdón, Adolfo.

ADOLFO

Sí, sí, Adolfo. Usted sabe que Alfonso se dice en París á ciertos sujetos...

GONZALO

No creerá usted que fué con intención.

ADOLFO

Yo espero... Adiós, don Ramón.

RAMÓN

Muy señor mío.

ADOLFO

No me salude usted así... Yo lo olvido todo, yo pienso fríamente.

RAMÓN

Y yo no olvido nada, y yo saludo fríamente. ¿Qué quiere usted?

ADOLFO

Nada, nada... me *achanto*, como dice mi mujer; me achanto y me despido... ó como dicen ustedes, me las *guillo*... Servidor de ustedes. *(Sale.)*

ESCENA V

GONZALO y RAMÓN

RAMÓN

Si no pensara de quién es hijo...

GONZALO

¿Qué?

RAMÓN

No salía de aquí sin romperle algo... ¿Y parecía bobo el angelito? Por supuesto, esta combinación no es cosa suya, sino de la lagartona de su mujer.

GONZALO

Por eso me ha divertido más que otra cosa.

RAMÓN

Divertido, sí; pero ha dicho algo que...

GONZALO

Yo no le he oído nada.

RAMÓN

Algo que no le dejaste concluir; casi te anticipaste á su petición, como si temieras que de no acceder á ella hablara demasiado, y como ha conseguido lo que buscaba... pero yo sabré á quién puede referirse con sus reticencias.

GONZALO

Yo no oí nada que á ti pudiera referirse.

RAMÓN

Él no ha podido inventar, alguien le ha dicho...

GONZALO

¡Vaya, vaya! Acabaremos por volvernos todos locos; yo no veo en todo esto más que una vulgar aventura, un ridículo *chantage*, al que sería más ridículo todavía oponerse, porque ya lo dijiste: «este es el digno remate de un don Juan que no supo retirarse á tiempo». La culpa fué mía; yo la tengo y en paz; pero tú, no veo porqué has de preocuparte... ¿En qué piensas? ¿Es posible que hayas tomado en consideración?... Vamos... vamos...

RAMÓN

Déjame, déjame.

GONZALO

¡Ramón!

RAMÓN

¡Si fuera verdad, si fuera verdad! No, no...

GONZALO

Ramón. ¡Chits! Isabel vuelve; tú verás.

RAMÓN

Basta su nombre.

ESCENA VI

Dichos é ISABEL

ISABEL

¿No he tardado mucho? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué les ocurre á ustedes? ¿Qué caras son esas?

GONZALO

Nada.

ISABEL

No. Han hablado ustedes de asuntos serios; han discutido ustedes y se han disgustado.

GONZALO

Te digo que no. ¿Y María Antonia? ¿Y Pepe? ¿Los has visto?

ISABEL

No estaban en casa.

GONZALO

Entonces... Tú sí que traes cara de disgusto. ¿Ocurre algo?

ISABEL

¿No te digo que no estaban en casa? Señal de que están buenos. Me asusté al entrar y verles á ustedes así como sobresaltados, como si acabaran ustedes de reñir.

GONZALO

¡Qué tontería! Una discusión. Ramón puede decirte.

RAMÓN

Asuntos de la Sociedad.

ISABEL

¡Por Dios! que no estás bueno, no te alteres. *(A Ramón.)* No habrá sido usted quien haya empezado.

GONZALO

Tuve yo la culpa. Voy á firmar estos documentos y á escribir al padre de ese muchacho para explicarle... Ya sabes que vuelven á París.

ISABEL

¿Quién?

GONZALO

¿Quién ha de ser? ¿Para qué quieres que yo te lo diga? ¿No lo sabes ya? ¿No te alegras?

ISABEL

¿Yo?

GONZALO

No dirás nunca lo que sientes. *(Sale.)*

ESCENA VII

ISABEL y RAMÓN

ISABEL

¿Oye usted? No le basta con atormentar, quiere saber que atormenta.

RAMÓN

Isabel, perdone usted... Le extrañará á usted que le hable de cosas pasadas y de cosas tristes.

ISABEL

¿Usted?

RAMÓN

Y sé que no me dirá usted la verdad, pero no importa; sé también que solo usted puede devolverme la tranquilidad, aunque sea con la mentira.

ISABEL

¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha ocurrido entre usted y Gonzalo en mi ausencia? Sé que estuvo aquí el marido de esa mujer. ¿A qué vino? ¿Qué dijo?

RAMÓN

¿Qué sé yo? ¿Es tonto ó es pillo? Dijo algo que ha inventado ó algo que le dijeron, algo insignifi-

cante tal vez, hablar por hablar, algo que yo no pensé nunca; pero hay momentos en que una palabra cualquiera es así como un relámpago que ilumina lo más obscuro y lo más lejano de nuestra vida... ¿Porqué no se casó mi hijo Enrique con María Antonia? Dígame usted, ¿porqué?

ISABEL

Verdad que son historias pasadas. ¿No lo sabe usted?

RAMÓN

Sí, sé lo que el mismo Enrique dijo, lo que todos ustedes dijeron. Enrique había tenido relaciones con una pobre muchacha; María Antonia tuvo celos, no quiso perdonar, creyó que aquellos amores no habían terminado...

ISABEL

Pues si lo sabe usted como nosotros.

RAMÓN

Pero hasta ahora nunca pensé que esa explicación no fuera la verdadera, que solo fué un pretexto buscado por Carmen, por usted, por todos, para evitar... Hasta ahora no pensé... lo que oí hace poco... Yo no tengo gran talento, lo sé, mi inteligencia no ha podido servir de mucho á Gonzalo, y sin embargo me tuvo siempre á su lado, en los primeros puestos; gracias á él poseo un capital, soy rico, creí ser dichoso. Y ¿á qué lo debí? ¿A qué debo todo esto, Dios mío?

ISABEL

A su trabajo honrado, á su inteligencia también. ¿Porqué esas dudas? ¿Qué ha pensado usted? ¿Qué han podido decirle? Piense usted que al dudar no duda usted solo de la amistad de Gonzalo.

RAMÓN

Lo sé... y no puedo, no puedo... sería horrible. Dígame usted que no tengo razón, que no puedo pensarlo, que si eso fuera ó eso hubiera sido...

ISABEL

Carmen no sería mi mejor amiga... ¿No es eso lo que usted piensa? No la querría yo como la quiero, como una hermana... Usted lo sabe, usted lo ve. No creerá usted que yo no hubiera sospechado antes lo que usted no sospechó hasta ahora si las sospechas tuvieran fundamento... y suponga usted que yo hubiera querido disimular por prudencia ó por imposición de mi marido, la prudencia y el disimulo tienen su límite. Yo no soy una santa, y todo lo más hubiera fingido cortesía superficial ante la gente; pero de eso á la amistad que me une con Carmen, amistad verdadera, amistad sin recelos, con toda el alma, porque estoy segura de su lealtad conmigo... como usted debe estarlo... Basta con que piense usted eso, que una mujer celosa, por mucho que quiera fingir, no finge hasta ese extremo. Ya ve usted cómo no supe fingir con Josefina; no hubo prudencia ni educación que bastaran y dejé de recibirla en mi casa. Pero suponer que mi

cariño á Carmen puede ser fingido y tanto tiempo... Yo se lo agradezco á usted mucho, Ramón, pero me conceptúa usted demasiado sublime, ó conoce usted muy poco el corazón de la mujer para suponer que por discreta que sea pueda admitir á su lado á otra mujer, como yo admito á Carmen, si sospechara siquiera que ahora ni nunca... Yo sé bien que la reputación de Gonzalo hace verosímiles todas las sospechas, pero á Carmen la estamos ofendiendo solo con buscar razones para negar razón á que usted dude... no en mi corazón, en el suyo, en el de usted debe usted encontrarlas. Vamos, vamos, Ramón, yo no sé qué castigo le impondría á usted por su mal pensamiento si el haberlo pensado no fuera ya el mayor castigo.

ESCENA VIII

Dichos y MANUEL

MANUEL

¡Querida amiga! ¡Don Ramón!

ISABEL

Cuánto me alegro de su visita. Le hubiera mandado llamar si tardo un día más en verle.

RAMÓN

Me despedía cuando usted entró. Isabel, voy á

recoger esos documentos que firma Gonzalo, y ya me despido de usted... Amigo mío...

MANUEL

Siempre suyo...

ISABEL

¿Pasó ya todo? ¿Ni la sombra de un mal pensamiento?

RAMÓN

Dije que usted me haría creer lo que quisiera, verdad ó mentira, porque es usted tan buena, tan buena, que es usted capaz de todo, hasta de lo que usted asegura que no es capaz ninguna mujer por santa que sea. *(Sale.)*

ESCENA IX

ISABEL y MANUEL

ISABEL

No puedo más.

MANUEL

¿Está usted enferma? ¿Qué le sucede á usted?

ISABEL

Nada; que he mentido con tanta verdad, que á mí misma no me parece mentira nada de lo que dije. Mentiras como esas no pesan en la conciencia, nos absuelve de ellas el corazón...

MANUEL

¿Mentir usted?

ISABEL

No hablemos de mí; estaba impaciente por ver á usted, hoy más que nunca.

MANUEL

Por acordarme demasiado de usted he podido parecer olvidadizo.

ISABEL

Pero ¿no ha olvidado usted lo que me prometió?

MANUEL

Ni un momento. Y en estos días era preciso mayor vigilancia.

ISABEL

¿En estos días? ¿Porqué? ¿Sabe usted algo?

MANUEL

Sé que María Antonia y Pepe viven en continua guerra.

ISABEL

Por aquí no vienen apenas, á pesar de la enfermedad de Gonzalo. Hoy fuí yo á su casa, no estaban; la doncella, una muchacha de toda mi confianza, que yo coloqué con María Antonia, me ha contado cuanto allí pasa; escenas violentas, disgustos á todas horas, una vida imposible.

MANUEL

Y un continuo peligro para María Antonia.

ISABEL

¿Qué sabe usted?

MANUEL

Sé de unos encuentros casuales en el Museo de Pinturas.

ISABEL

¿De quién? ¿De María Antonia y?...

MANUEL

Repito que fueron casuales, puramente casuales; me consta: como si usted ahora me dijera... por casualidad... ¿Querrá usted creer que apenas conozco el Museo de Pinturas? Y yo le dijera á usted: ¿Es posible?, y usted: Pienso ir un día de éstos; y yo desde entonces fuera todos los días, hasta que, es natural, yo todos los días y usted un día de éstos, al fin habíamos de encontrarnos por casualidad, y por casualidad se encontraron.

ISABEL

Bien temía yo. ¿Y su amigo de usted le ha dicho?...

MANUEL

Figúrese usted un soñador enamorado, una mujer no comprendida... La contemplación de obras de arte, emociones artísticas que se comunican... El arte fué siempre un gran conductor del fluído amoroso.

ISABEL

No hable usted así; ese tono ligero me hace daño. Dígame usted muy seriamente cuanto usted sepa, cuanto su amigo de usted le haya confiado.

MANUEL

Hay algo más serio todavía. Una imprudencia, una verdadera imprudencia de María Antonia.

ISABEL

¡Dios mío!

MANUEL

Una carta suya.

ISABEL

¿Que usted ha leído? ¿Qué ese hombre le ha confiado á usted? ¡El miserable! ¡Como todos! ¡Por vanidad, por jactancia! ¿Y ese es el ideal que puede hacer á esa pobre niña olvidarse de sus deberes? ¿Qué dice esa carta?

MANUEL

Le dije que solo era imprudente. Es una carta en que le despide, le aleja toda esperanza; pero le suplica, y suplicar ya es confesarse débil, y confesarse débil ya es temer ser vencida.

ISABEL

¿Y ese hombre espera?

MANUEL

Se atreve á esperar.

ISABEL

Es preciso que yo hable con María Antonia delante de su madre, delante de su marido si es preciso, que todos vean claro el peligro, que María Antonia se salve á toda costa. Yo no quiero que nunca tenga que avergonzarse nunca ante su marido, que siempre sea de ella la razón, siempre; no sólo porque la quiero como á una hija y la quiero igual á mí, igual á su madre: es mi orgullo de mujer que en nuestra desigual condición ante el hombre, admite todas las desigualdades, todas las humillaciones, menos la de que nunca tengan el derecho de decirnos: ¿Con qué razón me acusas? ¡Ah! Eso no; son más penosos nuestros deberes, pues más fuertes nosotras para cumplirlos... Y así no podrán decir que somos iguales; pero nosotras también podemos decirles: «¿Iguales no? Decís bien, somos mejores».

ESCENA X

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE

MARÍA ANTONIA

¡Isabel! ¡Madre mía!

ISABEL

¡María Antonia! ¡Hija!

MARÍA ANTONIA

¡Ay! Ya puedo llorar. Ya puedo decirlo todo, á ti solo, ¡á tí, madre mía! A él solo podía contestarle con el silencio ó con el desprecio.

PEPE

Es lo mismo. Puedes callar ó puedes despreciarme. Ahora basta con que hable yo.

ISABEL

¿Qué dices, qué sucedió?

MARÍA ANTONIA

No importa lo que diga; yo solo siento que no tenga razón para decirlo.

PEPE

Isabel. Ya lo oyes. Avisa á su padre. Quiero hablar con vosotros. *(A Manuel.)* No, no salga usted, es usted de la familia, y por la amistad que le une á usted con cierta persona, deseo que se halle usted presente en esta ocasión. ¿Dónde está su padre?

MARÍA ANTONIA

Tú puedes hablar con él. Yo solo hablaré con Isabel, contigo solo. Déjanos; á mi padre puedes decirle lo que quieras.

PEPE

Bien está.

ISABEL

Sí, déjanos. Debo yo hablar á solas con María

Antonia. Vayan ustedes con Gonzalo. Tú sabrás lo que debes decirle. Yo no quiero juzgar sin oirla á ella primero; yo se que á mí no puede engañarme.

PEPE

¿Está en su despacho?

ISABEL

Sí. *(Pepe sale.)* Vaya usted, Manuel; usted que sabe la verdad, si la verdad fué lo que usted me dijo, y no puede ser otra.

MANUEL

La verdad será lo que diga María Antonia.

ISABEL

Y la verdad dirá. *(Sale Manuel.)*

ESCENA XI

ISABEL y MARÍA ANTONIA

ISABEL

Sí, la verdad para mí será lo que tú digas. Pepe ha llegado á sospechar de ti, ¿no es eso?

MARÍA ANTONIA

Ya lo oiste.

ISABEL

Pero ¿sus sospechas?...

MARÍA ANTONIA

Para él todo evidente. Ya lo ves. Me devuelve á vosotros, porque ahora es él quien me trae para que su honor no padezca... ¡Qué noble y qué delicado sentimiento ese del honor! Gracias á él he conseguido en un momento lo que no conseguí por mis lágrimas, ni por mis celos, ni por mi corazón destrozado; volver aquí para olvidar, para no padecer. Por mi voluntad nunca me hubiera él dejado venir, nunca me hubiérais admitido vosotros; todos lo impediríais... Y ahora... ahora ya no se trata de mí, se trata de su honor, y nadie se opone... ¡Necia de mí que no comprendí antes qué fácil era conseguir esta separación que yo deseaba como única seguridad para mi conciencia, como único descanso para mi corazón.

ISABEL

Habla, habla así y te escucharé tranquila, segura de que no faltaste; así, con indignación, con santa ira; no quiero ver en ti abatimiento ni tristeza, que sería humillación, sería culpa. Y no la hubo, ¿verdad? Mírame así, cara á cara; los ojos en los ojos, sin lágrimas, limpios como tu corazón. No hubo culpa, ¿verdad?... ¡Por la memoria de tu madre!...

MARÍA ANTONIA

¡Por su memoria!...; pero por su memoria también y por toda la maldad y por todos los engaños de los hombres; te aseguro que si la intención y el deseo de ser culpable son ya culpa, nadie

más culpable que yo; porque con toda mi alma lo digo: ¡quisiera que nada me hubiera detenido; ni virtud, ni vergüenza, ni el ejemplo, ni la memoria de mi madre, ni tu cariño y tu ejemplo, santo como el suyo!... ¡nada, nada!...; pero tú lo sabes; tú que también has visto destrozado tu corazón y tu vida; tú que también alguna vez, por santa que seas, habrás sentido deseo de vengar ofensas, humillaciones que no mereciste...; tú lo sabes: cuando se nace honrada, no es tan fácil dejar de serlo.

ESCENA XII

Dichos y GONZALO

GONZALO

¿Es verdad lo que dice Pepe? ¿Es verdad lo que dice tu marido? Pues ni en su casa ni en ésta puedes estar, porque si allí deshonras á tu marido aquí deshonras á tu padre.

MARÍA ANTONIA

¡Ah!

ISABEL

¡Gonzalo!

GONZALO

¡No la protejas; no la defiendas!... ¡Fuera de aquí; que yo no la vea!

ISABEL

No, no la verás; ven conmigo, no llores; ven conmigo...; ¡pobre hija mía! Pero no llores; si no eres culpable rechaza la afrenta con indignación, como antes. ¿Me juraste verdad?

MARÍA ANTONIA

¡La verdad, madre mía!

GONZALO

¡Fuera de aquí dije, fuera de aquí!

ISABEL

Sí, sí, espera; espera, ya saldrá, ya saldrá; acaso no salga ella sola. *(Salen María Antonia é Isabel, pero Isabel vuelve á poco.)*

ESCENA XIII

ISABEL y GONZALO

GONZALO

¿Que no saldrá sola?... ¿Qué dices?

ISABEL

Una vez más eres injusto, eres cruel, eres egoísta, eres... eres... ¡hombre!... ¿Crees que María Antonia ha faltado?...; lo crees, ¿verdad? Y te indignas. Pues yo solo te digo que si eso fuera, yo la

... y la comprendo, y la diré: ¡has hecho ... has hecho bien!... ¿lo oyes?

GONZALO

... dices porque no es tu hija.

ISABEL

¡Siempre! Si lo fuera, con mayor razón se lo diría una y mil veces: ¡has hecho bien, has hecho ... hija mía!

GONZALO

Y no habrás dejado de decírselo y de disculparla. Ahora y antes; lo presumí siempre.

ISABEL

Solo te falta decir que di yo el ejemplo. Dilo también. ¿Qué importa? Hoy es uno de esos días decisivos en que la vida parece presentarnos el balance de muchos años. La vida lo suma todo; todas nuestras acciones, nuestras palabras, lo más insignificante. Hoy es día de cuentas para ti... ¡ya era hora!...; para todos llega cuando menos lo esperamos, por medios indirectos casi siempre, para lo bueno y para lo malo. Hay quien trabaja toda su vida sin conseguir la menor recompensa, y cuando más desespera de su trabajo, es una herencia que llega: es la lotería; algo que parece suerte y es la vida que paga. Hay quien comete las mayores maldades, y vive rico y dichoso muchos años; pero un día llega el dolor, que la riqueza no evita: es la muerte de un hijo adorado,

una enfermedad penosa, la ruina imprevista... es la vida que cobra... Contigo se valió de tu hija, el cariño mayor de tu vida; el que era compendio de toda la sumisión y todas las virtudes de las mujeres que hemos nacido para esposas honradas. Y ahora es la indignación, la sorpresa; ahora quieres castigar á tu hija, cuando es tu hija la que te castiga por su madre... por mí y por ella.

GONZALO

¿Que es mi castigo, dices? ¿Porqué? ¿porqué?

ISABEL

¿Qué sabéis los hombres del corazón de las mujeres? De las que os engañan sí podéis conocer las mentiras; de las buenas, de las que os quieren de verdad, no sabéis nunca ni cuánto es su cariño, porque en la mujer honrada puede siempre más el pudor que el cariño. Y por pudor calla nuestro cariño, y callan nuestros deseos, y callan nuestros celos muchas veces. Y no comprendéis, no sabéis comprender que el corazón de la esposa honrada no puede luchar sin impudor cuando siente alejarse vuestro cariño. Y hemos de padecer la humillación de vernos compadecidas por mujeres indignas, que cuentan para atraeros con todas las coqueterías y todas las resistencias calculadas, que en nosotras serían repugnantes, porque nunca deben confundirse sus *boudoirs* con nuestras casas. Pero allá va con vuestros caprichos todo lo alegre y fácil de cierta vida. Allí se

gasta sin contar lo que en nuestra casa se regatea; allí se imploran las caricias que desdeñáis en nosotras, porque nuestro deber las asegura cuando les exige vuestro deseo; vuestro deseo, en que muchas veces se lee otro deseo no logrado que os acerca á nosotras con apariencias de cariño... Así son los hombres y así juzgas tú sin piedad la apariencia solo de una falta; que lo aseguro: ya solo siento que no sea verdadera y que no fuera mía si con serlo pudiera causarte mayor pena.

GONZALO

No, Isabel; tú sí que eres injusta si pensaste que por grandes que sean mis culpas contigo merecían el castigo de no creer en ti, de dudar de ti siquiera un instante. Tú si que no sabes lo que es mi cariño para ti. Habré sido cruel, egoísta, como dices; habré atormentado tu corazón; pero no puedes, no debes dudar de mi cariño. Quizás á nadie atormentamos como á nuestra madre; quizás por ningún cariño sacrificamos menos, tan seguros estamos de poseerlo siempre, de que siempre perdona. Con vivir y mostrarse alegres, ya nos parece que hemos pagado el cariño de nuestra madre. Pero es la misma fe que nos inspira, la que nos hace menos devotos en apariencia; más creyentes, en el fondo, de estos cariños santos y verdaderos de que nuestro corazón está seguro. Pero ¿qué otros cariños en la vida valen como éstos, que son siempre creencia y esperanza del corazón? Dime si nunca te hubieras cambiado por otra mujer de

las que pasaron por mi vida; dime si nunca creiste que el compararte con todas ellas no fué su recuerdo la aureola, el altar de tu imagen santa... ¿Qué sabes tú de mi orgullo al decirme... entre todos, ella solo en mi corazón; ella solo fiel; ella siempre honrada; ella mi esposa, como mi madre?... ¿Y dices que María Antonia hizo bien? No, tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por ti; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo, como el cielo de nuestra vida... No, no digas que María Antonia hizo bien... no digas que debiste ser tú... Si yo hubiera tenido de qué acusarte... no sé... no sé... ¿Cómo saber, si de ti no puedo suponerlo siquiera?

ISABEL

¡Gonzalo! ¡Mi Gonzalo! Dices bien... perdonar siempre... esperar siempre... Yo he sabido esperar, y ahora siento que no esperé en vano.

ESCENA XIV

Dichos y CARMEN

CARMEN

¡Isabel! Mi amiga, mi hermana...

ISABEL

¡Carmen!

CARMEN

¡Ya sé!... Ramón me lo dijo llorando como un niño; me pidió perdón por haber dudado... ¡Perdón á mí, que no podré perdonarme nunca!... Me dijo que usted... y, no pude contenerme, necesitaba ver á usted, arrodillarme ante usted, si usted lo permite. ¡Qué tormento! Intención tuve de ser yo misma quien lo confesara todo, si no hubiera pensado que ya no era solo mía la pena, sino de usted, y de usted sin culpa.

ISABEL

Sin culpa, sí. ¡Qué hermoso es no tener culpa! ¡Ah! Gonzalo, llama á tu hija; si crees en mí, yo te juro por lo más sagrado que no hubo culpa en ella.

GONZALO

Te dejo...

ESCENA XV

Dichos y MANUEL, y después MARÍA ANTONIA

MANUEL

Isabel; he conseguido que Pepe atienda á mis razones; está convencido de su error. Es él quien debe y desea perdonar; pero teme que María Antonia...

ISABEL

No.

CARMEN

¡Dios mío! ¿María Antonia y Pepe?

ISABEL

Sí, es tan difícil resignarse y esperar... María Antonia, hijos míos; ven, ven ahora á mis brazos, á los de tu pádre... después con tu esposo.

MARÍA ANTONIA

No, todo acabó, yo no perdono.

ISABEL

Sí perdonarás... para ser un día tan feliz como yo.

MARÍA ANTONIA

¿Tú, tú eres feliz?

ISABEL

Sí, muy feliz... ¿Verdad? Los amores alegres, los amores fáciles que solo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las Rosas de Otoño: no son las flores del amor, son las flores del deber cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno. ¿No es verdad, esposo mío?

GONZALO

¡Mi esposa santa! De rodillas para adorarte.

ISABEL

¡Ya lo ves, soy muy feliz! Son mis Rosas de Oriente. (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

BUENA BODA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Basada en la comedia *Un beau mariage*, de Emilio Augier
Representada en teatros de sociedad.

PERSONAJES

EMILIA.
GABRIELA.
ENRIQUE.
FÉLIX.
D. CESÁREO.
MARTÍN.
UN CRIADO.

BUENA BODA

ACTO PRIMERO

Jardín de un hotel en los alrededores de Madrid.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE sentado y leyendo, después D. CESÁREO

D. CESÁREO

Buenos días, Enrique.

ENRIQUE

Muy buenos. ¿Cómo tan madrugador?

D. CESÁREO

Esta vida hace de mí otro hombre. ¡Ah, si yo pudiera desterrarme de aquel infernal Madrid para siempre!...

ENRIQUE

Acabaría usted por cansarse del campo, que ahora tanto le encanta por la novedad. Vea usted si no á la dueña de esta preciosa quinta, que obligada á pasar aquí algunas temporadas, no puede resistir esta vida monótona, y solo desea hallar un comprador á quien endosar la finca.

D. CESÁREO

Y no será difícil que lo encuentre...

ENRIQUE

Ya lo pensa usted comprarla...

D. CESÁREO

Es un sitio delicioso, ameno y saludable... Y luego tan cerca de Madrid...

ENRIQUE

Es verdad.

D. CESÁREO

Yo, querido Enrique, aunque bien conservado gracias á mi vida ejemplar y metódica, soy un viejo.

ENRIQUE

Si usted lo dice...

D. CESÁREO

No lo digo yo solo desgraciadamente; lo dice también la fe de bautismo. ¿Crees tú que por mi gusto no me quitaría una docenita de años sin reparo?

ENRIQUE

¡Bah! No ha de ser la gente tan curiosa que vaya á enterarse...

D. CESÁREO

La gente que á mí me importa, sí.

ENRIQUE

¡No comprendo!...

D. CESÁREO

Pues comprende. A ti, sin duda alguna, te habrá extrañado nuestra repentina venida de Londres, sin más objeto, al parecer, que pasar unos días con estas señoras que me habían invitado galantemente...

ENRIQUE

Así es.

D. CESÁREO

Te habrá extrañado también que se prolongue tanto nuestra permanencia.

ENRIQUE

Eso no. Estas señoras son tan amables, se desviven de tal modo por retenerle en su compañía... Además, si piensa usted adquirir la posesión...

D. CESÁREO

Vamos á ver, ¿no te parece que yo estoy muy mal?

ENRIQUE

¿De salud?

D. CESÁREO

No. Gracias á Dios soy un roble. Quiero decir... vamos, de vida. Ya sabes que siempre he sido algo extravagante. Enemigo del mundo y del trato de gentes, busqué un refugio desde mi juventud en el estudio, y solo por él y para él he vivido.

ENRIQUE

Cierto. Singularidad en quien, como usted, no necesitaba, por su posición...

D. CESÁREO

¡Vanidades! Pero, vamos al caso. De mí se puede decir que no he vivido en este mundo. Si las paredes hablaran, las cuatro de mi laboratorio podrían referir mi vida entera. Cuando la soledad empezaba á pesarme, la muerte de tu padre, mi único amigo, que te dejaba encomendado á mis cuidados, me proporcionó con tan sagrada misión el consuelo de tu filial cariño. Gracias á ti he podido permanecer soltero, sin echar de menos la dulzura de los afectos familiares. Pero ahora, ya lo ves, tú, como es justo, mirando á tu porvenir, te marcharás á tus minas apenas recibas el nombramiento, y yo me quedaré solo, solo, en manos de gente extraña... ¿No vale la pena de tomar una resolución? ¿Y cuál más lógica, más sencilla y más conveniente que casarme?

ENRIQUE

Ahora sí que lo comprendo todo, como dicen en las comedias.

D. CESÁREO

Ahí tienes el motivo de nuestra venida á esta quinta. Ahora dime tu opinión francamente.

ENRIQUE

¿Mi opinión? ¡Cómo quiere usted que yo, sin conocer!... En primer lugar, ¿de quién se trata? Aun cuando lo supongo...

D. CESÁREO

¿De quién ha de ser? De la madre, como es na-

tural. Una excelente señora, como habrás podido apreciar en estos días.

ENRIQUE

¿De modo que es cosa hecha?

D. CESÁREO

¡No tanto, no tanto!... Hasta ahora solo he indicado indirectamente mis pretensiones. Indirectamente también me han contestado que lo pensarían.

ENRIQUE

Aceptará, de seguro.

D. CESÁREO

Temo que la hija influya con su madre en contra mía. Como la pobre señora, viuda á los dos años de matrimonio, no ha tenido más cariño que el de su Gabriela...

ENRIQUE

Pero si Gabriela no tardará en casarse...

D. CESÁREO

Eso sí.

ENRIQUE

¿No tiene novio?

D. CESÁREO

¡Ca! ¡Bonita es la niña! Acostumbrada al mimo de su madre, no puede tolerar á ninguno. Hay que oirla hablar pestes de los hombres... Luego ha dado en la gracia de sospechar que á todos les

guía el interés de sus millones, y en notando á un galán falto de fondos, calabazas sin compasión.

ENRIQUE

¿No viene usted á corregir las cuartillas?

D. CESÁREO

¡Si vieras qué poca gana tengo!...

ENRIQUE

A ese paso no podrá usted publicar la obra cuando pensaba...

D. CESÁREO

¡Qué más da! Diré como el Mágico prodigioso:

> Ya ni libros ni estudios quiero,
> porque digan que es amor
> homicida del ingenio;

lo que quiere decir, querido, á la vejez viruelas. Repasa las cuartillas, corrige sin miedo. De tu inteligencia no hay que temer.

ENRIQUE

Voy... ¡Ah! ¿Cuántos días estaremos aquí todavía?

D. CESÁREO

¡Qué sé yo! No depende de mí. De todos modos no serán muchos. Si me dicen que sí, no me parece bien quedarme. Si me dicen que no, entonces adquiriré la posesión sin la poseedora, y á lo menos tendré un retiro para la vejez.

ENRIQUE

¿Estaremos el jueves en Madrid?

D. CESÁREO

¡El jueves, el jueves! Sí, es probable.

ENRIQUE

Tengo que avisar á un amigo...

D. CESÁREO

Sí, el jueves. Hoy mismo expondré claramente mi pretensión. Estas cosas, cuanto antes...

ENRIQUE

Sí, no es bueno pensarlas mucho.

ESCENA II

Dichos, MARTÍN y un CRIADO

MARTÍN

(Al Criado.) Que no se molesten por mí, soy de confianza. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

¡Cómo! ¿Tú aquí?

MARTÍN

¡Tío! ¡Qué agradable sorpresa!

D. CESÁREO

¡Cuánto tiempo sin vernos!

MARTÍN

Verdad es.

D. CESÁREO

Cualquiera diría que estábamos reñidos.

MARTÍN

Bien sabes que si no te visito á menudo es por temor de molestarte. ¡Estás siempre tan ocupado!...

D. CESÁREO

¡Ya, ya! No te disculpes... Pero ¿á qué debo el placer de encontrarte cuando y donde menos lo pensaba?

MARTÍN

Tiene mucho que contar.

D. CESÁREO

¡Cuenta, cuenta!...

ENRIQUE

Voy á corregir las cuartillas.

D. CESÁREO

Sí. *(Sale Enrique.)*

ESCENA III

D. CESÁREO y MARTÍN

MARTÍN

¿Quién es ese joven?

D. CESÁREO

Enrique Gutiérrez, ingeniero de minas; un excelente muchacho, hijo de mi mejor amigo. Le quiero tanto, que no acierto á separarme de él. Además, su ilustración y su inteligencia me prestan su apreciable concurso en mis trabajos.

MARTÍN

¿Sigues con la chifladura de publicar un infolio todos los años? En casa tengo la colección de todas las obras, y una siempre á la cabecera; no hay remedio más eficaz contra el insomnio.

D. CESÁREO

¡Bah! Si tu opinión significara algo...

MARTÍN

Es la opinión de todo el mundo á quien le tiene sin cuidado la formación de las rocas, los estudios sobre terrenos terciarios, la composición química del sol y de la luna y demás zarandajas.

D. CESÁREO

Hablando de otra cosa: ¿qué historia es esa tan larga de contar, que me has prometido?

MARTÍN

Es verdad. Ya conoces, querido tío, el estado de mi peculio...

D. CESÁREO

El que era de presumir y tantas veces te prevenía sin resultado.

MARTÍN

¡Qué quieres! Me encontré joven, libre, rico... La juventud me hizo abusar de la libertad, la libertad de la riqueza, la riqueza de la juventud, hasta que del abuso, originándose la destrucción, me encuentro con que todo se ha perdido, menos la libertad, afortunadamente...

D. CESÁREO

¡Te veo! Aquí de tus mañas. Piensas hacerte pagar muy caro el sacrificio de tu libertad... Ahora me explico tu presencia en esta casa.

MARTÍN

Las señoras de Arambol, mis antiguas amigas, me habían invitado muchas veces á visitarlas un día este verano. Y encontrándome aburrido en Madrid, esta mañana tomé el tren, que en dos horas me ha dejado á un kilómetro de esta magnífica posesión.

D. CESÁREO

¡Ah, pillo!

MARTÍN

Me comprendes. Y como estas señoras te estiman mucho, cuento con tu protección.

D. CESÁREO

¡Hacerme cómplice de tus picardías!

MARTÍN

Se trata de mi regeneración y... *questa è l'ora di riposar*, como cantan en «Los Hugonotes». ¿Y si te dijera que no me guía solo el interés?...

D. CESÁREO

¿Querrás hacerme creer que estás enamorado? ¡Como si no te conociera!...

MARTÍN

Y no me conoces. Apenas me has tratado, ni de mí has sabido nunca más que fechorías y calaveradas.

D. CESÁREO

No era fácil que supiera otra cosa.

MARTÍN

¡Bah!... Soy mejor de lo que parezco. Ultimamente, los apuros pecuniarios habían hecho de mí un perdido, pero con dinero soy la persona más cabal y más decente del mundo.

D. CESÁREO

Si estas señoras están enteradas de tu vida...

MARTÍN

Un poco... pero no importa. A Emilia le soy muy simpático y me distingue mucho.

D. CESÁREO

Emilia es tan amable... pero Gabriela...

MARTÍN

Gabriela es una chiquilla tonta, con unas pretensiones...

D. CESÁREO

¡Ah! ¿Y dices que estás enamorado?

MARTÍN

Enamorado, precisamente, no. Pero en fin, muy predispuesto á estarlo.

D. CESÁREO

Martín, no lo sueñes. Gabriela no se casa contigo.

MARTÍN

¿Quién piensa en casarse con Gabriela?

D. CESÁREO

¿Cómo quién? Tú.

MARTÍN

¿Yo? Ni engarzada en oro la quiero.

D. CESÁREO

Entonces...

MARTÍN

Es con Emilia, con quien...

D. CESÁREO

¡Qué disparate!

MARTÍN

¿Disparate? Una mujer encantadora...

D. CESÁREO

Que puede ser tu madre.

MARTÍN

Exageras... Aún no ha cumplido cuarenta y dos años. Y no los representa. ¡Parece hermana de su hija!

D. CESÁREO

¡Déjame en paz! Contigo había de casarse... Necesitaba estar loca.

MARTÍN

Pero...

D. CESÁREO

Yo sería el primero en disuadirla, cumpliendo un deber de amistad.

MARTÍN

No quieras perderme. Esa boda es mi salvación.

D. CESÁREO

¡Es indigno!

MARTÍN

No me queda otro recurso.

D. CESÁREO

¡Así habla un hombre!

MARTÍN

Á menos que no me prometas dejarme por heredero universal tuyo.

D. CESÁREO

Y procure morirme lo antes posible. ¿No es eso?

MARTÍN

¡Qué cosas dices!

D. CESÁREO

¿Casi, casi, lo preferiría á verte convertido en un busca dotes.

MARTÍN

¡Tío!

D. CESÁREO

Sabré estorbarlo con todas mis fuerzas.

MARTÍN

Déjate de andanzas caballerescas... Emilia me quiere, y no es cosa de que por ti...

D. CESÁREO

¡Te quiere! ¿Y en qué te fundas?

MARTÍN

¿No ves, tío, que yo entiendo muy bien á la gente?... Las personas, como las fortalezas, se toman siempre por su lado flaco. Regla estratégica invariable: los hombres, en general, y las mujeres, en particular, prefieren ser admiradas por sus defectos á serlo por sus virtudes... Y se comprende... ¡La virtud se admira, porque es virtud... donde se encuentra, y los defectos solo donde se ama!

D. CESÁREO

¡Metafísico estás!

MARTÍN

No tengo un cuarto.

D. CESÁREO

En suma, ¿tú crees seguro el triunfo?

MARTÍN

Seguro. Conozco bien el terreno.

D. CESÁREO

Emilia es muy juiciosa y...

MARTÍN

¡Bah!

D. CESÁREO

Te digo que no puede ser.

MARTÍN

¡Vaya!

D. CESÁREO

¡Martín! Eso es indigno...

MARTÍN

¿Pero qué interés?... Hablemos claro. ¿Qué haces en esta casa?

D. CESÁREO

¿Yo? Lo que me da la gana. No tengo que darte cuenta de mis acciones.

MARTÍN

Hablemos claro. Empiezo á vislumbrar...

D. CESÁREO

Pues bien, sí, somos rivales.

MARTÍN

¿Es posible? ¿Tú? ¿A tus años?

D. CESÁREO

¿Cómo á mis años?

MARTÍN

¡Es ridículo!...

D. CESÁREO

¿Cómo ridículo?

MARTÍN

¡Qué disparate! ¡Una mujer encantadora, que puede ser tu hija!

D. CESÁREO

¡Martín!

MARTÍN

Necesitaba estar loca.

D. CESÁREO

¡Calla!

MARTÍN

Y yo seré el primero en disuadirla.

D. CESÁREO

¡Pobre de ti!...

MARTÍN

Cumpliendo un deber de amistad.

D. CESÁREO

¿Quieres la lucha?

MARTÍN

¡Ya lo creo! ¡La lucha por la existencia!

D. CESÁREO

¡Pues á luchar! Todos los medios son buenos.

MARTÍN

¡Guerra á muerte!

D. CESÁREO

¡A muerte!

MARTÍN

Con ciertas condiciones: Si triunfo, te comprometes á dejarme por heredero.

D. CESÁREO

Allá veremos. ¿Y si quedas vencido?

MARTÍN

Entonces me pagas todas las deudas.

D. CESÁREO

¡Hombre!...

MARTÍN

Algo he de salir ganando.

D. CESÁREO

Emilia viene...

MARTÍN

Conste que somos enemigos.

ESCENA IV

Dichos y EMILIA

MARTÍN

¡Señora!...

EMILIA

¡Bien venido! Veo que es usted de los pocos amigos fieles capaces de sacrificarse un día.

MARTÍN

¡Eso no!

EMILIA

¿Sabía usted que estaba aquí su tío?

MARTÍN

No, señora. He tenido esa agradable sorpresa.

EMILIA

A fuerza de ruegos he podido conseguir que nos acompañe una temporada. Pero sí, ¡acompañar!.. ¡Qué sabios estos! Todo el día se lo pasa en el pabellón independiente que le hemos destinado, entre sus librotes y sus pedruscos, faltando notoriamente á los deberes que le imponen nuestra hospitalidad.

D. CESÁREO

¡Emilia!

EMILIA

¡Sí, sí! Contenta me tiene usted... Esta mañana ni siquiera ha venido usted á saludarme.

D. CESÁREO

En este momento me dirigía...

EMILIA

Créalo usted, Martín. Me muero de fastidio. ¡Qué insoportable veraneo! ¡Sepultadas en estas soledades!

MARTÍN

¿Porqué no viaja usted?

EMILIA

¿Y adónde van dos mujeres solas?... ¡Mientras mi hija no me proporcione un acompañante, ha-

brá que pasar aquí los veranos, á trueque de achicharrarse en Madrid... Y usted, ¿no ha salido fuera este año?

MARTÍN

No, señora. Los negocios me han retenido en Madrid hasta ahora... En otoño sí pienso hacer una escapadilla á París, Londres...

EMILIA

¡No me hable usted! ¡Felices los hombres que pueden correr impunemente por esos mundos!... ¡Bien sabe Dios que, si por algo deseo ver casada á mi hija, es por desquitarme de estos años de reclusión!...

MARTÍN

¿Y si no congenia usted con su yerno?

EMILIA

Conmigo es muy fácil congeniar.

MARTÍN

Sin embargo... Él querrá vivir con su mujer, como es natural... y la dejarán á usted sola...

EMILIA

¡Eso sí que no! Mi hija se casará solamente á condición de no separarse de mi lado.

MARTÍN

Eso se dice y se promete; pero luego...

EMILIA

Es que yo haré que no tenga más remedio que vivir conmigo...

D. CESÁREO

¿Cómo?...

EMILIA

Casando á mi hija con un hombre sin fortuna. Así me casaron á mí, y los dos años de mi matrimonio fueron los más felices de mi vida. Mamá y su yerno se adoraban. Verdad es que mi Esteban era un ángel.

MARTÍN

¿De modo que piensa usted casar á su hija con un pobre de solemnidad?...

D. CESÁREO

¿Sin profesión alguna, para quitarle todo medio de emanciparse?

EMILIA

Eso no. En fin, yo me entiendo. Afortunadamente Gabriela se dejará llevar en todo de mis consejos.

D. CESÁREO

¡Fíese usted de Gabriela... Es de las de doble fondo.

EMILIA

¿Qué quiere usted decir?

D. CESÁREO

Desengáñese usted. A pesar de sus ideas contrarias al amor, Gabriela amará un día con toda su alma.

ESCENA V

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¿Hablaban ustedes de mí?

D. CESÁREO

Precisamente.

MARTÍN

¡Gabriela!

GABRIELA

¿Por fin tenemos una persona agradable que nos anime?

D. CESÁREO

Muchas gracias.

GABRIELA

No hay de qué. ¡Tendrá usted la ilusión de que nos divierte!... Ya puede usted recoger sus libros, si no quiere que mamá y yo decretemos un auto de fe.

MARTÍN

Siempre ha sido un hurón...

GABRIELA

¡Es insoportable!

MARTÍN

Has hecho bien en no casarte, porque hubieras hecho á tu mujer muy desgraciada.

EMILIA

Cierto que sí.

D. CESÁREO

Exageran ustedes.

GABRIELA

Vamos á ver, ¿ha descubierto usted la piedra filosofal?

EMILIA

No hay cosa más tonta que un sabio, la verdad sea dicha...

MARTÍN

¡Y después, nadie aprecia sus obras! y aun hay quien pone en duda su mérito y hasta su originalidad.

D. CESÁREO

¡Martín!

MARTÍN

Tus colegas académicos aseguran que tu última *Memoria*, tan celebrada, es obra de un joven desconocido.

D. CESÁREO

¡Envidias! ¡Calumnias! Ya sé quién ha hecho correr esas voces... Un amigo entusiasta de mi ayudante y protegido Enrique, revistero científico, poeta, novelista y qué se yo cuántas cosas más... Un *quidam* que me tiene declarada la guerra sin saber porqué. Y no pierde ocasión de molestarme, propalando la falsedad de que todas mis obras son de Enrique...

GABRIELA

Lo sentiría por él... es muy simpático.

EMILIA

¡Y gracias á él no nos hemos muerto de fastidio! Tiene una conversación muy agradable y es muy ilustrado.

ESCENA VI

Dichos, y un CRIADO con cartas y periódicos.

CRIADO

El correo...

MARTÍN

Yo, con su permiso, voy á quitarme el polvo.

EMILIA

(Al Criado.) Acompañe usted á este caballero.
(Salen Martín y el Criado.)

ESCENA VII

EMILIA, DON CESÁREO y GABRIELA

GABRIELA

Carta de Joaquina.

EMILIA

¿Está usted de mal humor?

D. CESÁREO

Sí, señora. Acabo de tener un disgusto con mi sobrino.

EMILIA

¿Porqué?

D. CESÁREO

¡Es un loco, un perdido!... Ya lo sabe usted... Los acreedores le acosan, pide á todo el mundo, anda á caza de dotes...

EMILIA

¡Jesús!

D. CESÁREO

(Aparte.) Me parece que de esta hecha...

EMILIA

Algo había oído decir, pero...

D. CESÁREO

Todo es poco.

EMILIA

¡Vea usted! Un muchacho tan agradable...

D. CESÁREO

En visita. Pero tratado á fondo...

EMILIA

¡Me asusta usted!

D. CESÁREO

Eso sí. Él se cree irresistible, porque cuatro

mujeres de poco más ó menos se han dejado aprisionar en sus redes.

EMILIA

¡Y pensar que ha pretendido á mi hija!

GABRIELA

(Dejando de leer.) No hay cuidado. Penetré pronto sus intenciones. Sin embargo, de todos los que me han pretendido es el único á quien he perdonado. Me habló con franqueza, y no es pequeña virtud para estos tiempos.

D. CESÁREO

Por lo visto, Gabriela, ha sido usted muy desgraciada con sus pretendientes.

GABRIELA

¡Yo, no! Los desgraciados han sido ellos.

D. CESÁREO

Espere usted. El ideal aparece cuando menos se piensa.

GABRIELA

Dicen que soy muy exigente y no les pido más que desinterés.

D. CESÁREO

¡Ahí es nada!

GABRIELA

Ha habido alguno que se ha atrevido á preguntarme la edad de mamá. *(Abrazándola.)* ¡Mi pobre mamá!

EMILIA

¡Hija mía!

GABRIELA

Que me quieran como tú me quieres, y entonces veremos.

EMILIA

¿Qué dice Joaquina?

GABRIELA

Que se divierte mucho. Todos los días hacen expediciones, jiras...

EMILIA

¡Y nosotras aquí! ¿Qué dicen los periódicos? *(Leyendo.)* «Revista veraniega.» Carta de Biarritz... Allí debiéramos estar... ¿A ver? En Zarauz también se divierten mucho... Nada, yo no pasó aquí otro verano... Hija mía, es preciso tomar una determinación.

D. CESÁREO

Cásese usted.

EMILIA

¿Yo? ¡Nunca!

D. CESÁREO

Ese nunca tan rotundo hace el elogio de su primer marido.

EMILIA

Eso no, era un hombre perfecto. Por eso mismo. La suerte es mudable y sería raro que me favoreciera dos veces.

ESCENA VIII

Dichos, ENRIQUE y un CRIADO

EMILIA

Muy buenos días.

ENRIQUE

¡Señora!...

EMILIA

¿Dónde ha estado usted metido toda la mañana? ¡Por Dios! No imite usted á don Cesáreo, porque reñimos...

ENRIQUE

(A Don Cesáreo.) Ya tiene usted corregidas las pruebas.

D. CESÁREO

Voy...

EMILIA

¡No tarde usted!... Le esperamos para dar nuestro paseo de todas las mañanas.

D. CESÁREO

Vuelvo en seguida. *(Entra un Criado.)*

EMILIA

¿Qué ocurre?

CRIADO

Un caballero pregunta por don Enrique.

ENRIQUE

¿No ha dicho quién es?

CRIADO

Don Félix Mendarias.

ENRIQUE

¡Ah, Félix!

EMILIA

¿Qué pasa? *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

¡Cómo! ¡Mendarias! ¿El revistero que?...

ENRIQUE

Mi mejor amigo.

EMILIA

(A Gabriela.) Vamos á ponernos los sombreros... Hasta ahora...

ESCENA IX

ENRIQUE, DON CESÁREO y FÉLIX

ENRIQUE

¡Félix!...

FÉLIX

Déjame que te mire... Estás desconocido... ¡Qué modo de engordar!... ¡La buena vida!...

ENRIQUE

La vagancia...

FÉLIX

Despídete de ella.

ENRIQUE

¿Cómo?

FÉLIX

No tiene otro objeto mi viaje. Es preciso que vengas inmediatamente á Madrid, si no quieres quedarte sin plaza.

D. CESÁREO

¿Qué dice usted? Hace ocho días recibí una carta del principal accionista, en que me daba toda clase de seguridades...

FÉLIX

Sí, señor. Pero parece ser que hay empeños... En fin, es necesaria tu presencia. Dentro de dos horas sale el correo y no hay que perder tiempo.

ENRIQUE

Sí, sí...

FÉLIX

Yo, como puedes suponer, he revuelto á Roma con Santiago en previsión de una injusticia.

D. CESÁREO

¿Tiene usted buenos conocimientos?

FÉLIX

No señor. Aunque no tengo el gusto de conocerle á usted...

D. CESÁREO

De vista no, pero de oídas sí... ¿No es usted el encargado de la revista bibliográfica en *El Universal*?...

FÉLIX

Para servir á usted.

D. CESÁREO

Para servirme, precisamente, no. ¡Buenas palabras me ha dado usted!

FÉLIX

Usted dispense.

D. CESÁREO

Por dispensado. Las críticas solo me inspiran...

FÉLIX

¿Desprecio?

D. CESÁREO

¡Oh, no! Gratitud, cuando proceden de personas respetables. ¡Caballero! He tenido tanto gusto en conocerle...

FÉLIX

El gusto ha sido mío. *(Sale don Cesáreo.)*

ESCENA X

ENRIQUE y FÉLIX

FÉLIX

No acabo de pasar á tu don Cesáreo.

ENRIQUE

¿Porqué? En esta ocasión no eres imparcial.

FÉLIX

No lo soy, dices bien. ¿Cómo he de perdonarle que explote tu talento?

ENRIQUE

En primer lugar, yo no tengo talento...

FÉLIX

¿Qué sabes tú? Ese señor abusa de tu bondad.

ENRIQUE

No estás en lo cierto.

FÉLIX

¿Querrás negarme que su último descubrimiento es obra tuya?

ENRIQUE

Aunque así fuera. Eso y más le debo.

FÉLIX

En fin, ya es hora de declararte independiente.

No hay tiempo que perder. Arregla tu equipaje y andando...

ENRIQUE

Voy.

FÉLIX

Espera... Te estoy observando desde mi llegada, y aunque me cuesta trabajo creerlo, noto...

ENRIQUE

¿Qué?

FÉLIX

Frialdad, desabrimiento...

ENRIQUE

¿Contigo?

FÉLIX

No me recibías así otras veces.

ENRIQUE

(Abrazándole.) ¡Félix!

FÉLIX

¿Qué te pasa? ¿Porqué no me hablas de tus proyectos, de tus ilusiones, como siempre? ¿Y tu nuevo descubrimiento? ¿Vas muy adelantado en los trabajos? ¿Lo ves?...

ENRIQUE

¡Vámonos, Félix; vámonos!...

FÉLIX

Dime antes que soy el mismo para ti...

ENRIQUE

¿Lo dudas?

FÉLIX

Entonces, invoco los derechos de mi amistad para obligarte á revelar tu secreto.

ENRIQUE

¡Félix, estoy enamorado!

FÉLIX

No es tan grave el mal como yo creía, ni adivino porqué el amor, siendo la felicidad, según dicen, pone tan tristes á las gentes.

ENRIQUE

Mi amor es un imposible.

FÉLIX

Al amor le pintan ciego y con alas. Ciego, para no ver los obstáculos; con alas, para salvarlos.

ENRIQUE

¡Déjate de madrigales!...

FÉLIX

En resumidas cuentas. Estás enamorado de la señorita Gabriela de Arambol... Hasta ahora no veo el imposible.

ENRIQUE

¿Y su fortuna?

FÉLIX

¡Su fortuna!... Y ¿qué? ¿No posees tú otra? Fortuna es también la bondad y el genio.

ENRIQUE

¡Genio!...

FÉLIX

¿Tú qué sabes?

ENRIQUE

El cariño te ciega.

FÉLIX

¿No pudiera también cegar á esa señorita?

ENRIQUE

¡Oh! Para ella, como para todos, no soy más que un hombre vulgar que puede tener mucho talento, pero que no habiéndolo demostrado no puede exigir que se le reconozca.

FÉLIX

Lo reconocerán algún día, y entonces bien valdrá una fortuna el honor de llevar tu nombre.

ENRIQUE

¡Vámonos, Félix, vámonos! Si, como tú dices, algún día...

FÉLIX

¡Ya! Leyenda antigua... El paje se enamora de la princesa... La princesa le adora, pero el Rey no puede consentir la desigual unión... El paje pide un plazo, se le otorga; corre á buscar fortuna y... El final de la leyenda es conocido... En la historia suele suceder que el paje vuelve sin dinero y encuentra á la princesa casada con otro... Es preciso refundir la leyenda. De que el paje adora á la

princesa no cabe duda... ¿Y la princesa corresponde al paje?

ENRIQUE

No, Félix. Ni se ha fijado en mí, ni puede sospechar siquiera que yo...

FÉLIX

Vamos por partes. Tú no eres un chiquillo. Cuando te has enamorado de esa manera por algo será. Que Gabriela es hermosa, ya lo sé. Sin embargo, he oído decir que su carácter...

ENRIQUE

Cuando la conocí, la primera impresión que me produjo fué de antipatía.

FÉLIX

A bien que pronto la modificaste.

ENRIQUE

Por mi desgracia.

FÉLIX

Si ese amor fuera un imposible como tú crees, por tu desgracia verdaderamente. Te conozco bien, y puedo asegurarlo. Pero, como Dios mediante, todo se arreglará...

ENRIQUE

Sí, echándome de aquí para siempre.

FÉLIX

¡Quién piensa en eso! Deja las minas á otro más necesitado.

ENRIQUE

¡Félix!

FÉLIX

Serás rico.

ENRIQUE

¡Qué afán!...

FÉLIX

Es lo único que te falta ¡Fuera timidez y adelante!

ENRIQUE

Timidez, no.

FÉLIX

¡Fuera orgullo, entonces!

ENRIQUE

Es inútil, Félix. ¡Vámonos!...

ESCENA XI

Dichos y DON CESÁREO

ENRIQUE

¿Quiere usted algo para Madrid?

D. CESÁREO

¡Cómo! ¿Te marchas?

ENRIQUE

Sí, ahora mismo.

D. CESÁREO

¿Y desde allí, á las minas? De modo, que sabe Dios cuándo nos volveremos á ver...

ENRIQUE

¡Sabe Dios!...

D. CESÁREO

Pues bien, ahora te lo digo: eres un ingrato. ¡Dejarme solo! ¿Qué necesidad tenías de trabajar mientras yo viviera? Y después...

ENRIQUE

¿Y sus parientes, don Cesáreo? ¿No sabe usted que murmuran de mí?

D. CESÁREO

¡El diablo cargue con ellos!

ENRIQUE

Mi dignidad no me permite seguir ocupando á su lado un lugar que no me corresponde. ¿Puedo despedirme de esas señoras?

D. CESÁREO

Pregúntalo. *(Sale Enrique.)*

ESCENA XII

DON CESÁREO y FÉLIX

D. CESÁREO

Algo le pasa á su mejor amigo... ¿Puede usted decírmelo?

FÉLIX

Muy sencillo. Enrique está enamorado de Gabriela.

D. CESÁREO

Debí haberlo adivinado.

FÉLIX

Ahí tiene usted el principal motivo que le decide á marcharse.

D. CESÁREO

¿Le han dado calabazas?

FÉLIX

¡Qué!... ¡Ni siquiera se ha declarado! Ya sabe usted lo que es él...

D. CESÁREO

¡Ah, tonto! De seguro le hubieran aceptado.

FÉLIX

¿Qué dice usted?

D. CESÁREO

Que yo me comprometo á hacer esa boda. —

FÉLIX

¿De veras? Cuente usted con mi admiración y mi gratitud.

D. CESÁREO

¡Nada, nada! Quítele usted de la cabeza esas minas...

FÉLIX

¡Qué bueno es usted! No me consolaré nunca de haberle criticado.

D. CESÁREO

Aquí viene.

ESCENA XIII

Dichos, EMILIA, GABRIELA, ENRIQUE y MARTÍN

EMILIA

¡Cuánto siento que nos deje usted!

GABRIELA

(Aparte.) Y yo que creí que estaba enamorado de mí... *(A don Cesáreo.)* ¿Nos acompañará usted á paseo?

D. CESÁREO

En seguida... Voy por el sombrero... *(Sale.)*

FÉLIX

(A Enrique.) Ya no hay viaje.

ENRIQUE

¿Cómo?...

EMILIA

¡Cuánto me alegro!

FÉLIX

Acabo de recibir un telegrama en que me anuncian que tu plaza está dada.

ENRIQUE

¿Dónde está el telegrama?

FÉLIX

(Sacando uno del bolsillo.) Aquí... Lee...

MARTÍN

¡Señoras! Vamos..

EMILIA

Espere usted á su tío...

GABRIELA

¡Qué pesado!

EMILIA

(A Enrique.) ¿De modo, que se queda usted?...

ENRIQUE

¡Ya ve usted!

D. CESÁREO

(Entrando.) Cuando ustedes quieran. *(Bajo á Félix.)* Aprovecharé la ocasión para insinuar...

EMILIA

(A Enrique.) Hasta ahora... *(Al pasar por delante de Félix saluda con una inclinación.)*

D. CESÁREO

(Presentándole.) Don Félix Mendarias, estimado amigo mío.

FÉLIX

(Saluda. Emilia habla un momento con él. Después sale hablando con don Cesáreo.)

MARTÍN

Mi tío no se descuida. ¡Qué suerte tengo! *(Salen Martín y Gabriela.)*

ESCENA XIV

ENRIQUE y FÉLIX

ENRIQUE

(Devolviendo el telegrama á Félix.) ¿Qué significa esto? «La madre y el niño siguen bien. Gracias. Antonio.»

FÉLIX

Es de un amigo que acaba de tener un hijo.

ENRIQUE

¿Y qué tiene que ver?...

FÉLIX

Por casualidad, le llevaba en el bolsillo, y me

he aprovechado de él para disimular tu permanencia.

ENRIQUE

Hablemos claro. ¿Qué significa esto?

FÉLIX

Significa, que todos los pillos tienen suerte.

ENRIQUE

No te burles.

FÉLIX

Y que el cielo te había destinado una buena boda. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

EMILIA, sentada, leyendo un periódico, y después GABRIELA, que entra seguida de un CRIADO que trae una caja muy grande.

GABRIELA

¡Mamá!

EMILIA

¿Han llegado los trajes?

GABRIELA

El de Enrique... Los nuestros llegarán pasado mañana, ¿no es eso?

CRIADO

Sí, señora. *(Sale el Criado.)*

EMILIA

Pero ese hombre... ¿en qué piensa? ¿Porqué no los ha mandado juntos? Vamos á ver, vamos á

ver... *(Abren la caja y sacan un traje de época.)* ¡Precioso!

GABRIELA

¡Elegantísimo!

EMILIA

¡Qué serio y qué distinguido! Tiene un gusto ese hombre...

GABRIELA

¡Es un artista!

EMILIA

¡Un genio!

GABRIELA

Falta que le guste á Enrique... Como aún no sabe nada...

EMILIA

Pues díselo, y que no empiece con rarezas. Ya sabe que no podemos faltar... Y que á un baile de trajes no se puede ir con traje de sociedad á descomponer el conjunto.

GABRIELA

Veré si le convenzo.

EMILIA

La verdad es que tu señor marido va haciéndose cada día más dificultoso.

GABRIELA

Nunca me figuré que sus complacencias y su cariño iban á ser eternos.

EMILIA

¡Eso no! Enrique te adora; nos adora, mejor dicho. Pero acostumbrado á vivir en otra esfera, no se halla á gusto en la nuestra.

GABRIELA

Sí se halla, sí. Mira cómo ya no se acuerda de sus estudios. Es que le aburre la sujeción. Él quisiera divertirse, pero divertirse á su manera.

EMILIA

No, hija mía; le calumnias. Es que no le quieres como él á ti.

GABRIELA

¿Á mí sola?

EMILIA

¡Bah! Naturalmente, que la fortuna que se le entraba por las puertas no habrá contribuído poco á su cariño. Pero tú fuiste la primera en reconocer sus grandes cualidades, y le aceptaste muy complacida.

GABRIELA

Es verdad.

EMILIA

Cualquiera diría que no eras dichosa.

GABRIELA

Y diría bien.

EMILIA

¡Hija mía!

GABRIELA

Enrique nos ha engañado. Cariñoso al principio, dócil á las condiciones que le impusiste; ahora solo desea emanciparse.

EMILIA

¿En qué te fundas?

GABRIELA

Ayer me dijo terminantemente que le humilla vivir á tus expensas; que aborrece la ociosidad.

EMILIA

Eso es muy suyo. Pero no veo nada malo. Que trabaje si quiere... Yo le impuse la condición de la ociosidad, creyendo haceros más dichosos. Pero desde ahora puede buscar ocupación. En no separándote de mi lado, me avengo á todo.

GABRIELA

¡Eso es lo que él quiere precisamente!... Separarme de tu lado.

EMILIA

¡Imposible!

GABRIELA

Dice que le humilla vivir á tus expensas... Lo que le humilla es no disponer de todo y tener que sujetarse á tus decisiones. Lo que le pesa es no haberte exigido que me dotaras para ser ahora libre.

EMILIA

¡No será porque no hablamos claramente!... Bien sabía que tuyo, y por consiguiente suyo, no era nada. Que no llevabas dote, precisamente, para que no intentara separarnos, como se librará muy bien de intentarlo.

GABRIELA

Piensa colocarse en unas minas y llevarme con él.

EMILIA

¡Lo veremos!

GABRIELA

¿Y si se empeña? Separándome de tu lado tratará, á su vez, de imponerte condiciones... Te exigirá una renta que le permita ser independiente. Es muy orgulloso, y á duras penas sufre lo que sufre.

EMILIA

¡Lo que sufre! ¿Cuándo había soñado semejante fortuna? ¿Qué nombre era el suyo; qué porvenir? Descuida, hija mía: si llega el caso, yo sabré bajarle los humos. Por ahora, creo que son suposiciones tuyas.

ESCENA II

Dichos y MARTÍN

MARTÍN

(Dentro.) ¿Dónde están? *(Entrando.)* Señoras...

EMILIA

¡Ah, Martín! Denos usted su opinión.

MARTÍN

Veamos...

EMILIA

Es el traje que hemos encargado á París para Enrique.

MARTÍN

¿Están ustedes invitados al baile de los de Ansúrez?

EMILIA

Sí, señor. ¿Y usted?

MARTÍN

¡No faltaba más! Soy íntimo...

GABRIELA

¿De qué va usted?

MARTÍN

Aún no he pensado... Lo tengo en estudio. Yo quisiera una cosa original, distinguida...

EMILIA

¡Claro está! Creo que preparan maravillas. Yo prefiero los trajes históricos. Me parecen más serios, más en carácter... ¡Mire usted!...

MARTÍN

¡Precioso!

GABRIELA

¿Verdad que sí?

MARTÍN

No le falta detalle. Es una verdadera reconstrucción arqueológica.

EMILIA

Francisco I... Los nuestros no han llegado todavía. El mío es de Isabel de Inglaterra.

GABRIELA

Y el mío de Titania.

MARTÍN

Á propósito... Me ha inspirado usted... Yo iré de Oberón. Haremos pareja. Usted la reina de las hadas y yo el rey de los silfos...

EMILIA

Tendría usted que quitarse el bigote... Decídase usted por un Felipe II. Yo le buscaré figurines.

MARTÍN

Ya veremos... ¿Ha venido mi tío por aquí?

EMILIA

No. Ahora nos visita de tarde en tarde... Ya sabe usted... Desde el desengaño...

MARTÍN

¡Cuándo se convencerán algunas personas!...

EMILIA

Usted comprenderá que hubiera sido un disparate casarme.

MARTÍN

Con él, sí, señora.

EMILIA

¡Y con cualquiera! Y una vez casada mi hija, ¡dígame usted si no sería una locura!

MARTÍN

¿Una locura? ¿Porqué?

EMILIA

Sí, señor, sí; locura.

MARTÍN

Si encontrara usted un hombre digno...

EMILIA

¿Más digno que su tío de usted?

MARTÍN

Mi tío, señora, no es lo que parece. Siento de-

cirlo: pero es fatalidad en mí que cuanto más quiero á una persona, más noto sus defectos.

EMILIA

Suplico á usted que no se moleste en hablar mal de don Cesáreo.

MARTÍN

No haría más que imitarle.

GABRIELA

Enrique viene. ¿Se guarda esto?

EMILIA

No; déjalo. Cuanto antes se entere...

GABRIELA

Tú se lo dices. Supongo que hoy se quedará usted á comer con nosotros.

MARTÍN

Muchas gracias. Tengo que ver á un amigo en el Congreso y volveré en seguida.

GABRIELA

Con su permiso... *(Sale.)*

ESCENA III

EMILIA y MARTÍN

MARTÍN

Gabriela está triste.

EMILIA

Sí; un poco.

MARTÍN

¿Ve usted lo que yo le decía? Gabriela se casa sin amor; Gabriela será desgraciada.

EMILIA

¿Quiere usted decirme quién la ha obligado á casarse contra su gusto?

MARTÍN

¡Eso no!

EMILIA

No negará usted que Enrique es un hombre de los que se encuentran pocos en estos tiempos.

MARTÍN

Sí... pero...

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE

ENRIQUE

¡Muy buenas tardes!

MARTÍN

¡Amigo Enrique! ¿Qué tal desde ayer?

ENRIQUE

Perfectamente.

EMILIA

¿Has hecho todos mis encargos?

ENRIQUE

Todos. El mueblista no se encuentra dispuesto á rebajar nada; ¡le he puesto de vuelta y media!

MARTÍN

¡Abusan de una manera esas gentes!...

EMILIA

Ya te dije que no anduvieras regateando.

ENRIQUE

Comprende que es un robo. ¡Diez mil pesetas por cuatro trastos, sin valor alguno material ni artístico!

EMILIA

Los caprichos hay que pagarlos; ya se sabe. ¡Como no estás acostumbrado!...

ENRIQUE

Ni es fácil que me acostumbre... ¿Qué es esto?

EMILIA

Una sorpresa para ti.

ENRIQUE

¿Para mí? ¿Pensáis representar comedias en casa?

EMILIA

¡Qué horror!

ENRIQUE

Entonces...

EMILIA

¿No sabes que estamos invitados al baile de trajes de los de Ansúrez?

ENRIQUE

Sí; lo sé. Pero como ya os dije que no iría...

EMILIA

No hay más remedio; nosotras no podemos ir solas. Y nosotras no podemos faltar... ¡Se ofenderían!...

ENRIQUE

Y pretendéis vestirme de mamarracho.

EMILIA

¿Mamarracho? ¡Un traje divino! ¡De Francisco I! ¿Oye usted? ¡Mamarracho... un traje que cuesta cuatro mil francos!

ENRIQUE

¡Lástima de dinero!

EMILIA

Vamos... No digas tonterías. Otros más serios que tú irán mucho más ridículos. ¡La de Cortázar piensa ir de odalisca! Y su marido irá de guardia del serrallo... Y eso no le quitará de ser ministro en la primera crisis.

MARTÍN

¡Y lo que el pobre está cavilando para que no le falte detalle!... El otro día fuí á verle y me le encontré con la cara embetunada.

EMILIA

Es preciso que te pruebes el traje.

ENRIQUE

Es inútil.

EMILIA

¡Enrique!

ENRIQUE

¡Señora!

EMILIA

Vamos, no seas ridículo. Si tú no vas, no pue-

de ir Gabriela, ni yo tampoco. Á mí no me importa... Ya ves: yo, á mis años... Pero la pobrecita bastantes sacrificios hace dejando perder todas sus relaciones porque á ti no te gustan las visitas ni tratarte con nadie.

MARTÍN

Tiene usted razón. ¡La pobre Gabriela vive muy retirada desde su matrimonio!...

ENRIQUE

¿Á que llaman ustedes retirada? ¿Quieren ustedes saber las horas que me dedica y las que dedica al mundo? Llevo la cuenta. En seis meses de matrimonio hemos estado solos unas cuarenta y ocho horas.

EMILIA

¡Qué disparate! Lo que hay es que eres un egoísta. Y si dijera que un poquito celoso, no mentiría.

MARTÍN

Es natural. ¿Quién, poseyendo tal tesoro, no teme perderlo?

EMILIA

En resumidas cuentas, ¿irás al baile?

ENRIQUE

¿Á qué? ¿Á ponerme una vez más en ridículo? ¿Á que todos me señalen con el dedo, preguntándose burlones: ¿quién es ese advenedizo? ¿qué méritos le han traído á mezclarse con nosotros, los

privilegiados del mundo? ¿Nobleza?... no. ¿Riqueza?... menos. ¿Talento?... nadie le conoce. ¿Distinción, barniz que encubre tantas vulgaridades y es pasaporte á falta de otro mejor?... tampoco. Vedle, encogido y avergonzado... Bien muestra que es novicio en nuestras artes. ¿Quién es? El marido de Gabriela. Eso dicen. ¡Desdichado el marido á quien nadie conoce más que por su mujer!

EMILIA

Y ¿quién tiene la culpa? ¿No procuras obscurecerte cuanto puedes?

MARTÍN

Dice usted bien. Un jóven de sus méritos debía aspirar... Con las relaciones de estas señoras... ¿Porqué no se mete usted en política?

ENRIQUE

Por no meterme en lo que no me importa.

MARTÍN

¿Es alusión?

ENRIQUE

No creo que entienda usted de alusiones. De otro modo, hubiera usted comprendido hace tiempo que está de más en esta casa.

MARTÍN

¡Caballero!

EMILIA

¡Enrique! ¡Qué imprudencia!

MARTÍN

Y ¿con qué derecho me arroja usted de ella? ¿Es usted el dueño, por ventura? Solo esta señora...

EMILIA

Es verdad.

MARTÍN

En cuanto á su falta de tacto, que no quiero calificar más duramente, tenga usted en cuenta que solo por respeto á esta señora...

EMILIA

¡Por Dios, Martín! ¡No se hable más!... Enrique está hoy algo nervioso y no sabe lo que ha dicho.

MARTÍN

Ya sé que él y mi señor tío pretenden hacerme saltar de esta casa, y no perdonan medio para conseguirlo.

ENRIQUE

¿Cree usted?...

MARTÍN

Que protege usted á su protector más de lo conveniente, sin notar que la gente murmura.

ENRIQUE

¿Murmura?

MARTÍN

De sus frecuentes visitas á esta casa; de su situación equívoca respecto á esta señora...

EMILIA

¡Á mí no me meta usted en belenes!

MARTÍN

Repito lo que hablan, cumpliendo un deber de amistad. Don Cesáreo anuncia á todo el mundo su próxima boda con usted, y Enrique parece que le apoya con todas sus fuerzas...

ENRIQUE

¿Yo?...

EMILIA

¿Habéis establecido una sociedad de casamientos mutuos?

ENRIQUE

¡Señora, hablemos claros!

MARTÍN

Ahora permitan ustedes que me retire.

EMILIA

¿Espero que no se habrá usted ofendido?

MARTÍN

¡No faltaba más!... ¿Á qué hora comen ustedes?

EMILIA

A las ocho en punto. *(Sale Martín.)*

ESCENA V

EMILIA y ENRIQUE

EMILIA

Vamos á ver: ¿te parece bien lo que has hecho?

ENRIQUE

Hay que concluir. Aceptando por igual las galanterías de tío y sobrino, sin decidirte por ninguno, das lugar á que la gente murmure.

EMILIA

Y ¿qué?...

ENRIQUE

Que no estoy dispuesto á tolerarlo. Cásate, si bien te parece, pero déjate de amoríos impropios de tu edad.

EMILIA

¿Cómo se entiende?

ENRIQUE

Como quiera usted entenderlo.

EMILIA

¡Vaya, vaya!... Tranquilízate y hablaremos. El traje de Francisco I te ha despertado instintos belicosos.

ENRIQUE

¿Dónde está Gabriela? Tengo que hablarle.

EMILIA

Poco á poco... Sé razonable y podremos entendernos.

ENRIQUE

No es fácil.

EMILIA

Eres muy altivo y muy desconfiado.

ENRIQUE

Altivo... no debo serlo mucho, cuando he sufrido con paciencia tantas humillaciones.

EMILIA

¿De quién?

ENRIQUE

De todo el mundo.

EMILIA

¡Amigo mío! Cuando se ha logrado una fortuna, para no ser calificado de intruso es preciso justificar que se ha merecido.

ENRIQUE

Pues bien, me he engañado; confiaba en mí. Creí que mi nombre podría valer un día tanto como la fortuna de Gabriela... Debí esperar. Pero creí que la tranquilidad de la posesión sería incentivo para mi talento... Dice usted bien; soy un orgulloso. Yo no tengo talento, ni constancia, ni fe en mí mismo.

EMILIA

Por de contado, yo nunca creí, al casar á mi hija contigo, que la casaba con ningún genio. Lo que sí creí es que la casaba con un hombre capaz de hacerla dichosa.

ENRIQUE

Gabriela no me quiere.

EMILIA

¡Aprensión tuya! Confiesa que eres muy receloso. Siempre soñando con humillaciones, exiges que todos sean los primeros en rendirte homenaje. Y ¿qué haces para merecerlo? Descubrir una alusión en la frase más inocente; un motivo de cavilosidad en cada gesto. Porque crees á Gabriela disgustada, apenas hablas con ella considerándote ofendido. Si me oyes alguna frase que puedes aplicarte sutilizando su intención, hablas de marcharte en seguida, creyéndote rebajado con vivir en mi casa. ¡Esto es ridículo, Enrique! Bien lo comprendes. Ya sabíamos todos á qué atenernos... ¿Qué esperabas correspondernos con tu nombre? Cuenta era tuya; nadie te lo exigía. ¿A qué vienen ahora esos puntillos de amor propio y dártelas de agraviado, cuando las verdaderamente agraviadas somos nosotras?

ENRIQUE

Está bien. Concluyamos... Estoy dispuesto á recobrar mi independencia.

EMILIA

¿Cómo?

ENRIQUE

Con mi trabajo.

EMILIA

¿Intentarás separarme de mi hija?

ENRIQUE

Si fuera preciso...

EMILIA

¡No lo pienses siquiera! ¡Sepultarla en algún poblachón minero!...

ENRIQUE

¡De modo que me prohibes hasta la redención por mi trabajo!...

EMILIA

Discutamos con calma. Sabes cuánto te quiero, y puedes suponer si me disgustarán tus quejas injustificadas. Vengamos á un acuerdo. Lo que te sucede es que estás aburrido, que no te hallas en la ociosidad...

ENRIQUE

Eso es.

EMILIA

Yo, francamente, creí más fácil tu aclimatación. ¿Quién resiste á los encantos del lujo? Solo tú, que aún no has perdido las ilusiones.

ENRIQUE

¿Permites, pues, que modifiquemos el contrato?

EMILIA

¡Qué remedio! Trabaja. Por supuesto, no olvides que tu posición impone deberes.

ENRIQUE

Descuida. Por ahora no aceptaré ningún empleo.

EMILIA

Mejor es. Escribe obras ó da conferencias. Eso es bonito.

ENRIQUE

No. Continuaré mis estudios interrumpidos.

EMILIA

¡Ah, vamos! El famoso descubrimiento...

ENRIQUE

Justamente. Os pido un plazo, como Colón. Si dentro de tres meses...

EMILIA

Bueno. Entretente con tu dichoso descubrimiento. ¡Con tal de que no nos salga caro!...

ENRIQUE

Descuida.

EMILIA

Estoy viendo tu estatua «Al inmortal...» ¡Digo... tener un yerno inmortal!

ENRIQUE

Convenimos entonces en que durante tres meses no me obligaréis á acompañaros á bailes, á reuniones, á teatros...

EMILIA

¡Por Dios! Sé razonable. ¿Piensas estarte las veinticuatro horas del día, estudia que te estudia?

ENRIQUE

Poco menos.

EMILIA

¡Estás loco! ¿Y mi hija no podrá ir á ninguna parte? Vamos, Enrique: déjate de tonterías... Desciende á la realidad, y acepta la vida tal como se te ofrece.

ENRIQUE

¡No, mil veces no!

EMILIA

Pues bien. Estudia, trabaja, busca una fortuna; sacrifícate en aras de tu orgullo, pero no nos sacrifiques á los demás. Cuando se piensa hacer vida de buho, encerrado entre librotes, se busca una mujer acostumbrada á repasar las camisas del marido al amor del brasero.

ENRIQUE

Tienes razón. Una mujer de quien fuera marido, no criado.

EMILIA

¡Vaya, vaya! No es fácil entenderse contigo. En fin, ya sabes que dentro de quince días salimos para Italia.

ENRIQUE

¿No hemos acabado de corretear?

EMILIA

Ya sabes que los viajes fueron la cláusula principal de nuestro tratado.

ENRIQUE

¿No podíais dejarlo para más adelante?

EMILIA

¡Imposible! El caso es asistir en Roma á las fiestas de Semana Santa. ¡Sé razonable! Ya ves que solo procuro vuestro bien. Durante el viaje puedes empezar tus estudios. Aunque sea poquito á poco... Haz como yo con este almohadón que estoy bordando... Ahora lo tomo, luego lo dejo... Hoy bordo cinco minutos, dentro de un mes otros cinco... Y así, con calma, ya ves si me cunde.

ENRIQUE

Tú crees que la ciencia es como los almohadones.

EMILIA

¡Bah!

ESCENA VI

Dichos y FÉLIX

ENRIQUE

¡Félix!

FÉLIX

¿No me esperabas?

ENRIQUE

Ciertamente que no.

FÉLIX

Asuntos imprevistos. Acabo de llegar y he venido á darte un abrazo. ¿Cómo está usted, señora?

EMILIA

Perfectamente. No sabe usted cuánto me alegro de su venida. Enrique anda muy necesitado de sus consejos.

FÉLIX

¿Cómo se entiende? ¡En plena luna de miel! ¿Qué es ello, señora, qué es ello?

ENRIQUE

No hagas caso.

EMILIA

Figúrese usted que, á cambio de tanto como le quiero, no hace más que darme disgustos.

FÉLIX

¡Enrique!

EMILIA

Quiere separarse de mi lado, llevarse á mi hija por... ríase usted, porque no trabaja. Como si alguien le pidiera cuenta de sus acciones.

ENRIQUE

Me la pide mi conciencia.

EMILIA

Nada, nada. Predíquele usted. En primer lugar procure usted convencerle de que nadie se rebaja por ir á un baile de trajes vestido de Francisco I. Con su permiso...

FÉLIX

A los pies de usted.

ESCENA VII

ENRIQUE y FÉLIX

ENRIQUE

Dame otro abrazo... Siéntate.

FÉLIX

¡Malo, malo!

ENRIQUE

Tú pensarías encontrarme en plena realidad de tus sueños; feliz, célebre...

FÉLIX

Célebre no. Ya suponía que con Venus y Ceres, *friget* Minerva.

ENRIQUE

Lo que no suponías es que Gabriela no me quiere, no me ha querido nunca. Que soy el juguete de dos mujeres y el hazme reir de todo el mundo, que he perdido la fe, el entusiasmo, todo...

FÉLIX

Eso no puede ser. ¿Que Gabriela no te quiere?

ENRIQUE

Gabriela solo piensa en mí cuando tengo que acompañarla á alguna parte. Solo me habla cariñosa cuando quiere conseguir algún capricho. Me desprecia profundamente creyendo, y con razón, que me he casado por el interés.

FÉLIX

De modo que en seis meses de matrimonio no ha aprendido á conocerte.

ENRIQUE

Dices bien, no me conoce. Comprende mi horrible situación. Gabriela desconfía de mí y no hay medio de vencer su desconfianza. ¿Intento recobrar la independencia con mi trabajo? Cree que mi objeto es separarla de su madre para imponer condiciones y hacerme dueño de su fortuna. ¿Me

dejo llevar de la corriente, procuro olvidarlo todo? Soy un infame que vive á expensas de su mujer, que ya no piensa en el trabajo, ni en el estudio, ni en ilustrar su nombre; que se contenta con que le conozca la gente por ser el marido de su mujer. ¡Y cuánta humillación entre esa gente! Gabriela no disimula su desvío, y yo he de aparentarlo por fuerza si no quiero aparecer más ridículo. Si me mostrara enamorado creerían que exageraba mi papel, porque para todos es evidente que no me he casado por amor. Y como me suponen satisfecho con la fortuna, hay quien no vacila en galantear á mi mujer. Y finjo bien si soy celoso, y si no lo soy es que nada me importa. ¿Qué más? Ayer felicitaban á Gabriela unas amigas porque no hallándose aún en estado de tener hijos podía divertirse más á su sabor. Y cómo yo mostrara deseos de ver pronto mi hogar bendecido por un ángel, una más imprudente me dijo sonriendo: «Se comprende». Y Gabriela me miró ofendida, y yo corrí á ocultar mis lágrimas desesperado.

FÉLIX

Es forzoso tomar una determinación.

ENRIQUE

¿Cuál? La única es marcharme á vivir de mi trabajo con Gabriela.

FÉLIX

Eso es,

ENRIQUE

Eso sería si Gabriela me quisiera lo bastante para dejar por mí á su madre, para no echar de menos en la modesta posición que yo podía ofrecerle el lujo á que está acostumbrada.

FÉLIX

Entonces, querido Enrique, si no cuentas con el cariño de Gabriela...

ENRIQUE

¿Qué he de hacer?

FÉLIX

Conquistarlo.

ENRIQUE

¿Cómo?

FÉLIX

Con tu inteligencia y con tu corazón no se pregunta cómo.

ENRIQUE

¿Tú crees que Gabriela?...

FÉLIX

Adorará en ti cuando te conozca. Haz por conseguirlo.

ESCENA VIII

Dichos y D. CESÁREO

D. CESÁREO

¡Amigos!

FÉLIX

¡Señor don Cesáreo!

D. CESÁREO

¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo le ha ido á usted en sus viajes?

FÉLIX

Perfectamente.

D. CESÁREO

¿Y las señoras?

ENRIQUE

Por allá dentro... ¿Saben que está usted aquí?

D. CESÁREO

No.

ENRIQUE

Diré que las avisen.

D. CESÁREO

No te molestes. Esta visita es para ti.

FÉLIX

Pues yo dejo á ustedes.

ENRIQUE

¿Tan pronto?

FÉLIX

Tengo que hacer.

ENRIQUE

No dejes de venir con frecuencia.

FÉLIX

Descuida... Don Cesáreo...

D. CESÁREO

Que usted siga bien. ¡Ah! ¿Dónde vive usted?

FÉLIX

Tome usted una tarjeta.

D. CESÁREO

Muchas gracias. Mañana le enviaré á usted un opúsculo que acabo de publicar. El juicio imparcial de una persona inteligente como usted no podrá menos de serme grato. A sus órdenes.

ENRIQUE

Hasta mañana.

ESCENA IX

ENRIQUE y D. CESÁREO

ENRIQUE

Ahora dígame usted todo lo que tenga que decirme.

D. CESÁREO

¡Por Dios!, no empieces con tus impaciencias. Déjame ir preparando un exordio, porque el asunto lo requiere.

ENRIQUE

Vamos, sin rodeos.

D. CESAREO

¿Estás de mal humor?

ENRIQUE

No. Pero conseguirá usted ponerme si no habla pronto y claro.

D. CESÁREO

Pues allá va. Quiero casarme con tu suegra.

ENRIQUE

Eso no es cuenta mía.

D. CESÁREO

¡Vaya! Emilia te quiere mucho y se deja guiar en todo por tus consejos.

ENRIQUE

En un asunto tan delicado...

D. CESÁREO

¡Qué delicado! Me parece que cualquiera puede salir fiador por mí. No era asunto tan obvio el de tu boda y te ayudé con todas mis fuerzas. Y si gustara de vanagloriarme bien podría decir que me debes tu suerte.

ENRIQUE

Sienta usted un precedente, don Cesáreo, que si las tuviera me quitaría las intenciones de mezclarme en bodas de nadie.

D. CESÁREO

En resumen. Estoy harto de mi soledad, estoy decidido á casarme. Emilia es la única mujer que me conviene, y por lo tanto...

ENRIQUE

Por lo tanto, consulte usted con ella.

D. CESÁREO

¿Qué es esto, Enrique? ¿Te negarás á prestarme tu apoyo? ¿Será verdad lo que dicen?

ENRIQUE

¿Qué dicen?

D. CESÁREO

Que Martín es tu mejor amigo. Que no sale en todo el día de tu casa...

ENRIQUE

Le advierto á usted que esta no es mi casa.

D. CESÁREO

El resultado es que él también pretende casarse con Emilia.

ENRIQUE

Repito que no es cuenta mía.

D. CESÁREO

¿Que no? Pues bien, vas á saberlo todo. La gente murmura. Ven á Martín siempre á tu lado, ó lo que es peor, al lado de Emilia y de Gabriela, y cada uno dice lo que le parece.

ENRIQUE

Lo suponía. *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Acaban de traer esta carta.

ENRIQUE

De Félix... ¿Qué puede haberle ocurrido? Acaba de dejarme... Con su permiso... *(Lee la carta.)*

D. CESÁREO

¡Pues sí, murmuran!...

ENRIQUE

(Al Criado.) Avise usted á la señora. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

Y te advierto que hay quien cree que no es á Emilia, sino...

ENRIQUE

¡Calle usted, calle usted!

ESCENA X

Dichos y EMILIA

EMILIA

¡Ah! Don Cesáreo...

D. CESÁREO

¡Señora!

EMILIA

¿Qué ocurre?

ENRIQUE

Entérate de esta carta. Félix me pide un favor

EMILIA

¿Dinero?

ENRIQUE

No ha podido cobrar una letra, y necesitando esa cantidad, me ruega...

EMILIA

(Abriendo un «secreter».) Bien, bien. Para eso sirven los amigos. Toma y procura esquivar estos compromisos. Dile que no tenemos tanto como suponen...

ENRIQUE

Guarda tu dinero.

EMILIA

¡Enrique!

ENRIQUE

Ofendería á mi mejor amigo aceptándolo de ese modo...

EMILIA

Eres insoportable. Don Cesáreo, ¿cómo nos ha tenido usted tan abandonadas?

D. CESÁREO

Señora, sabiendo lo que dicen, no he querido importunar con mi presencia...

EMILIA

¡Me asusta usted! ¿Qué dicen?

D. CESÁREO

Que se casa usted con mi sobrino.

EMILIA

¡Qué disparate!

ENRIQUE

El caso es que la gente murmura.

EMILIA

¡Ah! ¿Tú también?

ENRIQUE

Hablemos claros. ¿Piensas casarte con Martín?

EMILIA

¿Sabes que estás fastidioso de veras?

ENRIQUE

Entonces, ¿porqué te comprometes aceptando sus galanterías?

EMILIA

¡Ah, vamos, entiendo!... Hablas por boca de ganso... ¿Es don Cesáreo, que tiene celos, quien te ha inspirado esa retahila? No puede usted quejarse de su protector... Es muy agradecido... Ya ve usted, qué si por él fuera, ya estaríamos casados.

ENRIQUE

¡Señora! Su voluntad es de usted. Pero su honra es la de Gabriela; la mía, por lo tanto; y no consentiré que la exponga usted imprudentemente.

EMILIA

Sé muy bien lo que debo hacer, y no necesito consejos de nadie.

ENRIQUE

¡Está bien!... ¡Gabriela!

EMILIA

¿Para qué la llamas?

ENRIQUE

Para que decida entre su madre y su esposo.

EMILIA

¿Llevártela? Lo veremos.

ENRIQUE

Lo veremos.

ESCENA XI

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¡Mamá! ¡Enrique!

D. CESÁREO

¡Señores, por Dios!

EMILIA

Tu marido, faltando á su palabra, intenta separarte de mi lado. Procura convencerle, si quieres evitar un disgusto.

ENRIQUE

Es inútil. O Martín no pone más los pies en esta casa, ó seré yo quien...

EMILIA

En mi casa no manda nadie más que yo, y puedo recibir á quien me parezca. Al casarte con mi hija, no pensé darme un amo que no necesitaba.

ENRIQUE

Ya lo sé. Era un criado lo que necesitaba usted.

EMILIA

Criado, no. Un hombre agradecido, que tuviera siempre muy presente todo lo que me debe.

ENRIQUE

Ni una palabra más, señora. Ha dicho usted bastante. Como su hija de usted no ha recogido sus palabras, es señal de que las hace suyas. Estoy de más aquí. *(Sale.)*

ESCENA XII

Dichos, menos ENRIQUE

EMILIA

¿Qué es esto? ¡Qué escándalo!

GABRIELA

(Aparte.) ¡Dios mío! ¿Si le creo indigno, porqué me acusa la conciencia?

EMILIA

¿Pero ha visto usted?... ¡Ese hombre está loco! ¡Corra usted á buscarle! ¡Es preciso que atienda á razones; que no vaya á ponernos en ridículo!

D. CESÁREO

Descuiden ustedes. Volverá.

GABRIELA

¿Usted cree?...

D. CESÁREO

¡Vaya! ¡Qué remedio! Ha sido un efecto teatral. Así consigue imponerse.

EMILIA

Sí volverá.

D. CESÁREO

Ha probado el lujo, y no se renuncia á él tan fácilmente. Descuida, Gabrielita: de esta hecha no te quedas sin marido.

GABRIELA

(Aparte.) ¡Si vuelve es un infame! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala modesta en casa de Félix.

ESCENA PRIMERA

FÉLIX y MARTÍN

MARTÍN

No se empeñe usted en ocultármelo. Sé que está aquí.

FÉLIX

¡Cuando digo que no!...

MARTÍN

¡Bah! Demasiado comprendo los motivos que tiene para no exhibirse... ¡Pero entre amigos! Fíen ustedes en mi discreción. Enrique ha llegado esta mañana con el objeto de arreglar en Madrid un asunto concerniente á su empresa. ¿No es eso? Le tiene usted en su casa, oculto á todas las miradas para que nadie pueda extrañar que, hallándose en Madrid, no viva con su mujer. Lo que una vez vislumbrado por la pícara gente, no dejaría de le-

vantar polvareda. ¡Atrévase usted á decirme una vez más que vengo equivocado!

FÉLIX

Tiene usted razón; no me atrevo. Enrique está en mi casa, aunque solo por unas cuantas horas.

MARTÍN

Descuide usted. Yo lo he sabido por una casualidad.

FÉLIX

Y es muy probable que, como usted, por otra casualidad, lo sepa á estas horas todo Madrid.

MARTÍN

¡Es muy probable! ¿Cómo se encuentra?

FÉLIX

En apariencia, bien. Pero yo, á quien una amistad de toda la vida ha enseñado á leer en su corazón, leo esta vez cosas muy tristes.

MARTIN

¡Pobre muchacho! Gabriela es una chiquilla sin corazón, que merecía haberse casado conmigo. ¡No dirá usted que no me conozco!

FÉLIX

En efecto.

MARTÍN

Hablando de mi asunto. Porque supondrá usted,

sin duda, que algún asunto interesante me fuerza á romper la consigna.

FÉLIX

En efecto.

MARTÍN

Sepa usted que si mucho ha podido contrariar á Enrique el fracaso de su matrimonio, á mí, como suéle decirse, me ha partido por el eje.

FÉLIX

¡No comprendo!

MARTÍN

Sí, señor, sí. La separación de Enrique y Gabriela es la ruina para mí. ¿No sabe usted nada?

FÉLIX

No. ¿Qué ocurre?

MARTÍN

Mi tío se casa con Emilia dentro de quince días.

FÉLIX

¿De veras?

MARTÍN

Tan de veras. Y es indudable que Emilia nunca hubiera dado este paso viviendo en armonía con su yerno. Pero comprende que todo arreglo es imposible mientras se obstine en no separarse de Gabriela. Comprende también, que situación tan falsa es insostenible, y decidida á todo trance á intentar la reconciliación, para lo cual cree, con

fundamento, que Enrique exigirá la separación de hija y madre, acepta la mano de mi tío, persona formal y de garantías, como recurso contra la soledad en sus últimos años.

FÉLIX

No está mal pensado.

MARTÍN

¡Si yo no fuera la víctima de tan buen pensamiento!

FÉLIX

¿La víctima?

MARTÍN

¡Digo! ¡La herencia de mi tío perdida!... ¡Mi última esperanza!

FÉLIX

¿Porqué? Su casamiento no impide... No es de suponer que vayan á tener hijos á su edad.

MARTÍN

Seguramente. Pero no importa. Mi tío testa á favor de Emilia antes del matrimonio. Los dos son muy prácticos y han ajustado en regla sus condiciones.

FÉLIX

¡Tiene gracia!

MARTÍN

...ique puede salvarme. ¡Ayúdeme us-

FÉLIX

¿Cómo?

MARTÍN

Reconciliándose con su mujer y su suegra. Tal vez así desista del matrimonio.

FÉLIX

No veo porqué.

MARTÍN

Porque conozco á Emilia, y estoy seguro de que si después de una reconciliación sin reservas vuelve Enrique á su casa y consiente en no separarla de su hija, le faltará tiempo para desistir de la boda y dejar plantado á mi tío aunque fuera delante del cura.

FÉLIX

¡Pero comprenda usted que Enrique!...

MARTÍN

Me consta que le esperan con los brazos abiertos.

FÉLIX

Pero él no se contenta con que le esperen.

MARTÍN

¡Son señoras!

FÉLIX

Por eso mismo no les puede guardar más consideraciones. Espera que le llamen para presentarse.

MARTÍN

¿Podría hablar con él dos palabras?

FÉLIX

Creo inútil cuanto intente usted en ese sentido. Conozco á Enrique. Aunque tarde, he conocido á Gabriela; y créame usted, los matrimonios descompuestos tienen siempre muy mala compostura. Pero éste, ni mala ni buena.

MARTÍN

¡Bah! En fin, por una tontería que no vale la pena. ¿Puedo hablar con Enrique?

FÉLIX

Ha salido.

MARTÍN

No lo creo.

FÉLIX

Gracias.

MARTÍN

No hay de qué. Pero repito que no lo creo. Con todo, no quiero ser pesado.

FÉLIX

¿Se marcha usted? Siento mucho no poder complacerle, pero...

MARTÍN

¡Ya! Tiene usted el encargo de no recibir á nadie. Descuide usted. Hasta dentro de media hora no volveré.

FÉLIX

¿Media hora?... Que usted siga bien. *(Sale Martín.)*

ESCENA II

FÉLIX y ENRIQUE

ENRIQUE

¡Gracias á Dios!

FÉLIX

¿Nos escuchabas?

ENRIQUE

Sí. Afortunadamente, dentro de dos horas no estaré ya en Madrid.

FÉLIX

¿Te marchas hoy?

ENRIQUE

Sí. Arreglados los asuntos que hacían ineludible mi presencia, solo deseo marcharme para no volver nuñca.

FÉLIX

¡Nunca!... ¡Pobre Enrique!

ENRIQUE

¡Parece un sueño!

FÉLIX

¡Vamos, vamos!... ¿Serás capaz de amarla todavía?

ENRIQUE

Sí, Félix. Al pronto, su inexplicable conducta, la enormidad misma del desengaño me produjeron más ira que tristeza... El orgullo se dolió más que el corazón... Pero después habló mi conciencia...

FÉLIX

¿De qué te acusa?

ENRIQUE

De ningún crimen, pero sí de muchas imprevisiones.

FÉLIX

¡Bah! De la ciencia de ayer todos somos sabios.

ENRIQUE

Es verdad. ¡Quién había de decirte, cuando aún no hace un año me abrazabas loco de alegría, exclamando alborozado: «¡Buena boda, bribón, buena boda!», que tan buena boda sería mi desgracia, mi remordimiento para toda la vida!...

FÉLIX

¿Remordimiento? ¿Porqué?

ENRIQUE

Porque no soy yo solo el desgraciado. Porque

es indudable que, aunque no como yo, Gabriela sufre también á su modo...

FÉLIX

¡Bah! Y tu suegra el suyo... ¡Si eso te preocupa!... A propósito: ¿te has enterado de sus planes de matrimonio?

ENRIQUE

Era de esperar.

FÉLIX

Como es también de esperar que no tarde mucho en presentarse algún embajador imponiendo ó demandando condiciones de paz.

ENRIQUE

¿Crees?...

FÉLIX

Y lo deseo como tú.

ENRIQUE

No, desearlo, no. Por sincera que fuera en apariencia una reconciliación, siempre dudaré de que no fué por cariño, sino por temor al qué dirán; por respeto á las conveniencias sociales. ¿Qué felicidad será posible entre nosotros? *(Entra un Criado y entrega una tarjeta á Félix.)*

FÉLIX

¿Ves lo que yo te decía?

ENRIQUE

¿Don Cesáreo?

FÉLIX

Embajador extraordinario... Que pase. *(Sale el Criado.)*

ENRIQUE

No quiero verle.

FÉLIX

¡Qué ridiculez! Ya es inútil andar ocultándote. Esas señoras tienen, por lo visto, buena policía, y tu paso por Madrid no ha sido un secreto para ellas.

ESCENA III

Dichos y D. CESÁREO

D. CESÁREO

¡Señores!... ¿Cómo vamos?

FÉLIX

Perfectamente; gracias. Tome usted asiento.

D. CESÁREO

¡Hermoso día!

FÉLIX

Muy hermoso.

D. CESÁREO

¡Gracias á Dios! ¡Mire usted que hemos tenido unos días!...

FÉLIX

¡Horribles! *(Pausa.)*

D. CESÁREO

¡Horribles! Y en Londres ¿qué tal?...

ENRIQUE

Bien.

D. CESÁREO

¡Qué triste es Londres! Quince días estuve allí y creí morirme de tristeza. *(Pausa.)* ¿Tú has llegado hoy?

ENRIQUE

Hoy.

D. CESÁREO

Y ¿piensas permanecer mucho tiempo en Madrid?

ENRIQUE

(Mirando el reloj.) Una hora.

D. CESÁREO

¿Qué dices?... De modo que... ¡Y yo perdiendo el tiempo, sin saber por dónde empezar! De seguro que habrás adivinado los motivos que me traen á visitarte...

ENRIQUE

Sí, los adivino. Hable usted.

D. CESÁREO

¿Qué he de hablar? Hay ocasiones en que las palabras son inútiles.

ENRIQUE

¡Ya lo creo! Cuando las palabras son malas.

D. CESÁREO

Ante todo, y para que mi intervención no pueda calificarse de entrometimiento, anuncio á ustedes mi próximo enlace con Emilia.

ENRIQUE

Mi enhorabuena.

D. CESÁREO

Ahora, á título de individuo de la familia, creo deber mío interesarme por su felicidad y su buena armonía.

ENRIQUE

De modo que al dar este paso solo obedece usted á sugestiones propias.

D. CESÁREO

Y ajenas, amiguito, ajenas. Como comprenderás bien, si consideras la situación desairada y ridícula en que has colocado á aquellas pobres señoras.

ENRIQUE

Bien á pesar mío.

D. CESÁREO

Y todo ¿porqué?

ENRIQUE

Suplico á usted que no se remonte á las causas que motivaron el rompimiento. Sería muy largo de explicar y no tengo tiempo que perder.

D. CESÁREO

Pero ¿te marchas?

ENRIQUE

Ya lo ha oído usted; esta misma tarde.

D. CESÁREO

¡Imposible! Ayúdeme usted á convencerle. Comprende que... Ayúdeme usted... Gabriela te quiere; Emilia te ofrece condiciones...

FÉLIX

Oye las condiciones...

D. CESÁREO

En primer lugar, señala á su hija una renta anual de seis mil duros, que tú administrarás con toda independencia. En segundo lugar, viviréis en piso distinto, aunque en la misma casa. Además, podréis disponer de un coche solo para vosotros.

Y en fin, sobre todo, creo que mi entrada en la familia debe ser para ti, que sabes lo mucho que te quiero, la mejor garantía de futura concordia.

FÉLIX

¿Quién lo duda?

D. CESÁREO

En fin, ¿qué respondes?

ENRIQUE

Espere usted... *(Llama y sale el Criado.)* Vaya usted á buscar un coche y baje usted mi maleta en seguida. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

Me pondrás en el caso de decirte cuatro verdades desagradables.

ENRIQUE

Diga usted cuantas quiera, pero pronto, porque el tiempo urge.

ESCENA IV

Dichos y MARTÍN

MARTÍN

Muy buenas tardes.

D. CESÁREO

¿Tú? Me alegro de encontrarte. Tenemos que ajustar unas cuentas.

MARTÍN

¡Por Dios, tío! Ya te pagaré cuando pueda.

D. CESÁREO

No hablo yo de esas cuentas.

MARTÍN

¿Entonces?...

D. CESÁREO

Sé que, por cuantos medios están á tu alcance, procuras desbaratar mi boda.

MARTÍN

¡Calumnias, tío, calumnias!

D. CESÁREO

Los anónimos que Emilia recibe con frecuencia son tuyos.

MARTÍN

Falso.

D. CESÁREO

Conozco el estilo. Pero todo inútil. A pesar de tus buenas intenciones me caso.

MARTÍN

Mi enhorabuena.

D. CESÁREO

Y te advierto que no pondrás los pies en mi casa.

MARTÍN

Enhorabuena.

D. CESÁREO

Y que he concluído de pagarte deudas.

MARTÍN

Los que han concluído de cobrar son mis acreedores.

ENRIQUE

Conque, señores...

MARTÍN

¿Cómo? ¿Se marcha usted?

D. CESÁREO

¿Te marchas?

MARTÍN

Yo que esperaba...

D. CESÁREO

Yo que creía...

MARTÍN

Sea usted generoso.

D. CESÁREO

Estás destrozando tu vida.

MARTÍN

Y la de Gabriela.

D. CESÁREO

¡Pobre Gabriela!

MARTÍN

¡Pobre muchacha!

D. CESÁREO

¡Vamos, Enrique!...

ENRIQUE

(A Félix.) ¡Vámonos, Félix, vámonos!

FÉLIX

Cuando quieras.

D. CESÁREO

Es decir, ¿que no hay medio?... Está bien *(Sale.)*

MARTÍN

¡Parece mentira! Es decir, ¿que mi amistad no significa nada para usted?

ENRIQUE

¡No, señor, nada! Hemos concluído. *(Sale Martín.)*

ESCENA V

ENRIQUE y FÉLIX

FÉLIX

¿De modo que para siempre? ¡Y yo creía que deseabas más que nadie la reconciliación!

ENRIQUE

Sí, la deseaba. ¡Porque estoy muy solo, porque amo á Gabriela, porque sufro mucho!

FÉLIX

Entonces, si la deseabas...

ENRIQUE

Hace años ya, ¿te acuerdas?, por no sé qué palabras imprudentes, regañamos tú y yo. ¡Parece mentira! ¿Verdad?

FÉLIX

Sí que lo parece.

ENRIQUE

Regañamos y estuvimos quince días sin hablarnos, sin vernos... ¡Qué horrible tormento! Si viniera á verme, me decía yo á cada instante...

FÉLIX

Si me perdonara, me decía yo á cada paso...

ENRIQUE

Yo iría á buscarle, pero el pícaro orgullo...

FÉLIX

Yo correría á arrojarme en sus brazos, pero el pícaro amor propio...

ENRIQUE

Y el corazón habla que habla. Hasta que al fin no pensé más. Corrí á buscarte, y sin hablar una palabra nos dimos un abrazo muy apretado, y echándonos á reir exclamamos á un tiempo: «Qué tontos hemos sido, pero qué tontos». Y la reconciliación estaba hecha para siempre. ¿No es verdad?

FÉLIX

Para siempre.

ENRIQUE

Qué poco necesitamos de embajadores ni de intermediarios. Bastó con nuestro corazón.

ESCENA VI

Dichos y un CRIADO

CRIADO

Una señora pregunta por usted.

ENRIQUE

¿Por mí? Emilia, sin duda. No quiero verla. Saldré por aquí.

FÉLIX

Espera... ¿Si es Gabriela?...

ENRIQUE

No, es su madre, que vendrá á proponerme una componenda para evitar el escándalo.

FÉLIX

Diga usted á esa señora que pase.

ENRIQUE

¿No me acompañas á la estación?

FÉLIX

Espera...

ENRIQUE

No. Todo es inútil. Adiós...

FÉLIX

Un momento... ¿Si fuera Gabriela?... No. Tienes razón, es Emilia.

ENRIQUE

¿Lo ves?

ESCENA VII

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¡Enrique

ENRIQUE

¿Eh?...

FÉLIX

Me burlaba. Márchate, si te atreves.

GABRIELA

¿Te marchas?

ENRIQUE

Sí.

GABRIELA

Pues bien, Félix: haga usted el favor de avisar á mi madre que no me espere. Voy contigo.

ENRIQUE

¡Gabriela!

GABRIELA

¡Ni una palabra; ni una explicación! No quieras avergonzarme. Ya sé que me perdonas... Me per-

donas, ¿verdad? ¡Y yo te amo!... ¿Qué más prueba quieres que ver mi orgullo humillado? Y ¡si supieras cómo se revolvía el infame!... Pero el corazón me ha traído, y ahora sé que hice bien. Y soy dichosa; ¡muy dichosa!... Pero, ¡por Dios, Enrique, dime que tú también lo eres!

ENRIQUE

Sí, Gabriela, ¡muy dichoso! Tanto, que me parece un sueño.

GABRIELA

No; sueño fué lo pasado. Un sueño de mi alma que no supo conocerte, y que hoy te conoce y te adora.

FÉLIX

¿De modo que?...

GABRIELA

Despídame usted de mi madre, que no sabe que he venido aquí. Se afligirá la pobre, pero...

FÉLIX

Padre y madre dejarás por tu esposo. ¡Voy, voy!... ¡Ah, bribón!... ¿Ves cómo habías hecho una buena boda? *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

INDICE

Págs.

Rosas de Otoño (comedia en tres actos y en prosa). 7
Buena boda (comedia en tres actos). 167

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

Teatro fantástico.

Vilanos.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo séptimo.

Alma triunfante (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo octavo.

Los favoritos (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Porqué se ama* (comedia en un acto). Precio: 3,50 pesetas.

Tomo noveno.

Al natural (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna), en cuatro actos.—*No fumadores* (entremés en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo undécimo.

Rosas de otoño (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Manón Lescaut.—La Cenicienta.
Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

Jacinto Benavente, por G. MARTÍNEZ SIERRA.—Noticias biográficas.—Estudio crítico.—Autocrítica.—Opiniones.—Bibliografía.—Retrato, por R. CASAS.—Caricatura, por SANCHA.—Apunte, por R. MARÍN.—1,50 peseta.

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López-Gómez Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano, López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabó la impresion de este tomo XI, en el Establecimiento tipográfico de Fortanet, el día 30 de Mayo de 1905.